

# EL COJO ILUSTRADO

AÑO VI

1º DE FEBRERO DE 1897

Nº 123

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. . . . . B. 4  
UN NUMERO SUELTO. . . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



SANTA CECILIA — Cuadro de A. Pozzi — Museo S. Luca — Roma

## RONDEL

A JESUS DEL CORRAL

Las brisas de la montaña  
Van soplando dulcemente;  
Ya el sol asoma fulgente  
Y su luz la tierra baña.

Se oye la música extraña  
De las aguas del torrente,  
Y perfuman el ambiente  
Las brisas de la montaña.

Muéstrame tu faz sonriente,  
Sál, niña, de la cabaña,  
Que quiero besar tu frente  
Mientras soplan dulcemente  
Las brisas de la montaña.

JOSÉ VELÁSQUEZ GARCIA.  
(Colombiano.)

## PRO PATRIA

A ALFONSO CARO

Quiero morir conforme lo he soñado:  
En medio del fragor de la pelea,  
Con la muerte gloriosa del soldado  
Que muere por su causa y por su idea.

Un cielo azul, esplendoroso, arriba;  
Al frente, turba denodada y fiera,  
Y caer con el cuerpo hecho una criba  
Envuelto en un jirón de mi bandera.

Los clarines por místicas canciones;  
Por templo, el campo de batalla inmenso;  
Por plegaria, el rugir de los cañones,  
Y el humo del combate, por incienso.

Quiero morir así; ferviente aspiro  
A que el beso de fuego de la gloria  
Venga á arrancarme el último suspiro  
Al toque de clarín de la victoria.

Morir en pie; con el pendón en alto:  
Grande, glorioso, soberano y fuerte;  
Y llegar, de la vida con un salto,  
Al regazo piadoso de la muerte.

Destrozar la frenética falange;  
Ser á mis huesos como firme roca  
Y caer bajo el filo de un alfange  
Con el grito de «Patria» entre la boca.

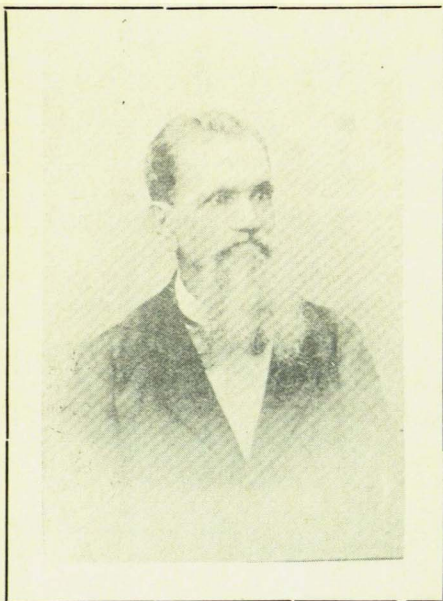
Burlando de la suerte los agravios,  
Rodar sobre la tierra ensangrentada,  
Puesta en Cristo la fe, puestos los labios  
Sobre la cruz del puño de mi espada.

ENRIQUE VILLAR.  
(Colombiano.)

Diciembre de 1896.







JOSÉ JESÚS MARTÍNEZ MATA

Hemos estampado el nombre de un benemérito de la instrucción pública y del progreso legítimo en nuestra patria.

El modesto ciudadano que venimos a presentar en este esbozo biográfico a los lectores de EL COJO ILUSTRADO, como humilde tributo de justicia y gratitud, es uno de aquellos varones útiles que, llevando vida silenciosa y apacible, contribuyen, no obstante, en grande escala al desenvolvimiento de la civilización en medio de los pueblos a cuyo servicio se consagran totalmente.

El señor Martínez Mata pertenece a la pléyade de institutores modelos que enaltecen los anales de la enseñanza pública en Venezuela; figura en el glorioso número de los que consideran el profesorado como un sacerdocio y arrostran denodadamente las escabrosidades de tal ministerio, bien persuadidos de que no alcanzarán otra recompensa en este mundo sino la satisfacción de haber cumplido un deber patriótico formando hombres rectos é ilustrados.

Cuando echamos una ojeada retrospectiva hacia nuestra vida de estudiante, no podemos menos que detenemos ante el recuerdo del señor Martínez Mata, para saludar con efusión de afecto á tan digna personalidad, bajo cuya inmediata y desinteresada dirección dilatáronse los horizontes de nuestra inteligencia en la inquisición y el conocimiento de la verdad científica. Y tal es, sin duda alguna, el magnífico honor que le rinden varias generaciones educadas por él, que por su esfuerzo incesante han pasado de las tinieblas á la luz, y á las que pertenecen ciudadanos muy distinguidos que hoy brillan notablemente en el cielo de nuestras Ciencias y Letras.

El señor Martínez Mata es oriundo de Cumaná, la egregia ciudad oriental que tan honorífico puesto llena en los fastos intelectuales de Venezuela. Fueron sus padres don Carlos Martínez Vallenilla y doña Josefa Valeria Mata Quintero. Después que hubo cumplido el curso de sus estudios, conquistando los títulos académicos de Bachiller en Filosofía y Licenciado en Leyes, se dedicó al ministerio de la instrucción.

La ciudad de Río Caribe recogió las primicias de su consagración á tan arduo apostolado, cuyos preciosos frutos se manifestaron muy luego, alcanzando el eximio institutor los más cordiales testimonios de satisfacción de parte de aquella sociedad, tan culta como honorable. Pero los sucesos de la política, en la que estuvo mezclado hasta 1863, le obligaron á salir de Río Caribe pa-

ra domiciliarse en Margarita, donde continuó sus faenas en el noble magisterio, fundando en Pampatar un establecimiento de enseñanza que dirigió por espacio de cinco años. Los resultados aquí fueron no menos brillantes, y los homenajes de la estimación social se le tributaron, de consiguiente, en la medida que lo requerían sus merecimientos.

Habiendo trasladado su residencia á Carúpano, el señor Martínez Mata estableció allí, en junio de 1870, otro plantel de educación, que elevado más tarde á la categoría de Colegio, con el nombre de Santa Rosa, y gozando de privilegio oficial para la lectura de cursos de Filosofía, ha contribuido no poco á la ilustración y adelanto de la juventud en aquella importante ciudad de nuestro Oriente. Es en esta población donde nuestro biografiado ha multiplicado las pruebas de su alto y abnegado patriotismo. Durante la larga serie de años que hace allí reside, su cooperación eficaz y asidua no ha faltado en ninguna de las obras de progreso cumplidas, ni se ha desmentido su acrisolada honradez en el servicio de los cargos que se le han confiado.

Como institutor, ha sobrellevado con ánimo fuerte las penurias y desazones que son gaje inevitable del magisterio entre nosotros; su generosidad ha estado siempre dispuesta en favor de toda aptitud intelectual, y aun de los libros y útiles necesarios para el estudio, ha provisto muchas veces á sus alumnos indigentes. Ninguna inteligencia se ha anulado porque él le negase el soplo y el apoyo indispensables para dilatarse y robustecerse; antes bien, cuántos talentos que hoy resplandecen deben sólo á los esfuerzos y abnegación del señor Martínez Mata la gloria de sus fúlgidas irradiaciones!

Como ciudadano ha desempeñado funciones públicas con gran desasimiento de sí propio y harto provecho de la comunidad. Bástenos decir que hace quince años ejerce la Presidencia de la Junta de Instrucción Primaria, desplegando así en más amplia esfera, con sus trabajos y esmerada vigilancia, su ahinco en favor de los adelantos de la juventud; que, Presidente del Concejo Municipal del Distrito Bermúdez, en su período se proyectaron y realizaron obras de gran trascendencia, iniciándose la construcción del Acueducto de Carúpano, cuya caja de agua se edificó; que, sirviendo desde el año de 1875 la Agencia de Estampillas, su pulcritud y contracción en el manejo de esas rentas le han valido los más honrosos elogios y una especie de inamovilidad en aquel cargo, pues muchas veces lo ha renunciado sin que haya querido admitírsele la renuncia.

Los documentos que reproducimos á continuación, altamente satisfactorios para el señor Martínez Mata, y autorizados por personas harto notables, constituyen el argumento más irrefragable que pudiéramos aducir en pro de nuestros asertos.

“Estados Unidos de Venezuela.—Colegio Federal.—Cumaná: 23 de diciembre de 1885.—Año 22 de la Ley y 27 de la Federación.—Núm. 185.—*Ciudadano Br. José Jesús Martínez Mata, Representante de los derechos de la Instrucción Popular y la Beneficencia Nacional.*—Carúpano.

“No puedo menos que manifestar á usted mis sentimientos de profunda gratitud y estimación sincera por los importantes y generosos servicios que ha prestado usted á la civilización del país, ya en el ramo de la enseñanza, ya en el de rentas, á favor de los institutos benéficos; de tal modo que gran parte del capital con que cuenta hoy este Colegio, que nada tenía, es debido al celo patriótico, al desinterés, inteligencia y eficacia con que usted ha sabido representar ante los tribunales y extrajudicialmente los

derechos de la instrucción popular. Acepte usted mis expresiones de reconocimiento, ya que no puedo premiar ni recompensar sus virtudes cívicas, ni retribuir de manera más positiva y permanente sus fecundos trabajos en obsequio del plantel que regento, por la munificencia del Gobierno Federal.—Dios y Federación.—*José Silverio González.*”

“Estados Unidos de Venezuela.—Fiscalía de Instrucción Popular.—Número 210.—Cumaná: 9 de noviembre de 1891.—28º y 33º.—*Ciudadano Presidente de la Junta Subalterna de Instrucción Popular del Distrito Bermúdez.*

“Me es grato dar á usted una vez más el testimonio de mi reconocimiento, en mi doble carácter de patriota y de empleado público, por el interés y cabalidad con que viene usted desempeñando con ejemplar constancia las funciones de su delicado encargo. Estoy muy satisfecho de usted, y así lo declaro al acusarle recibo de las cien planillas que con mil doscientos ocho bolívares (B 1.208) adheridas á ellas en estampillas de escuelas presentadas á la inutilización por los industriales de ese Distrito, en pago del impuesto sobre ventas al contado en el año en curso, me remitió usted con oficio de octubre último, número 30, y relación adjunta. Humilde es mi testimonio, sin duda; pero si algo más valiera la palabra de un pobre Fiscal, mayor sería mi complacencia al rendirle este justo homenaje.—Dios y Federación.—*Bartolomé Millá de la Roca.*”

“*Nota.*—Este oficio es personalísimo para el Br. José Jesús Martínez Mata, que es el Presidente de la Junta de Instrucción Pública del Distrito Bermúdez, á quien se alude arriba.—Cumaná, fecha *ut supra.*—*Millá de la Roca.*”

El señor Martínez Mata es padre de muy honorable familia, á la cual, como cristiano práctico y ferviente que es, ha sabido educar en los principios de nuestra divina Religión. Es amigo sincero, y por su carácter servicial y sus maneras cultas, sabe captarse las simpatías de cuantos le tratan. De ahí que posea el aprecio general de la sociedad en que vive, la cual le considera como una de sus personalidades más honorables y le rinde los obsequios de estima y gratitud que merece por los beneficios con que ha contribuido á su progreso y civilización.

En su larga carrera de profesor y hombre público ha recibido distinciones asaz enaltecedoras: está condecorado con el Busto del Libertador y la Medalla de la Instrucción, es miembro honorario de la Sociedad Colombina de Carúpano, y últimamente ha sido nombrado Cónsul de Nicaragua en la misma ciudad.

Todavía hoy, cuando ya su vigor declina y después de 30 años de incesante y agobiadora labor, el señor Martínez Mata se ocupa con el mismo tesón de los primeros tiempos en sus meritorias tareas, y los alumnos de su plantel presentan exámenes que son éxitos brillantísimos. ¡Ojalá que el Gobierno Nacional recompensara sus afanes, para hacerle menos angustiosa la vejez, de manera más positiva que con medallas y elogios!

Entretanto, es un acto de justicia el que cumple EL COJO ILUSTRADO incluyendo en su galería de venezolanos conspicuos el retrato de tan eximio compatriota. Así muestra una vez más el noble Director de esta afamada Revista, su empeño de hacer resaltar el mérito dondequiera que lo encuentra; y al aceptar estas líneas, mal pergeñadas por nuestra inhábil mano, nos obliga doblemente, pues nos facilita la ocasión de ofrendar este homenaje de honra y agradecimiento á nuestro antiguo y generoso maestro, el señor Br. José Jesús Martínez Mata. Recibalo él como una débil muestra del afecto inviolable que le guarda nuestra alma.



## CARTA AUTOBIOGRÁFICA

Caracas: 15 de enero de 1897.

Señor don Biógrafo Titular de EL COJO ILUSTRADO.

Presente.

Estimado colega y amigo:



ENGO á honra saludarle, si usted no lo lleva á mal, del modo más afectuoso, porque como este es el país de las anomalías, no es raro que dos individuos que no se conocen ni siquiera de vista, á lo mejor se saluden dándose de palmaditas en el lomo. Si usted quiere comprobar esta observación pregúnteselo á Pepe

Roldán, quien, desde la noche aquella en que se durmió archivero y se despertó Ministro de la Política, tiene á estas horas las espaldas como las de Sancho después del manteo, así le han dado de abrazos y achuchones ciudadanos á quienes él no conocía ni siquiera de referencia.

No extrañe, pues, de modo alguno, lo zalamero de esta carta; y permítame que me vaya al bulto, como toro matrero, aunque la comparación sea un poco pecaminosa tratándose de un hombre casado.

\*\*

Es el acaso, que hace algún tiempo me pidió el señor Herrera Irigoyen un retrato mío para publicarlo en las columnas de EL COJO ILUSTRADO. Como usted comprenderá, esta petición halagaba mi vanidad—que la tengo bien gorda—; pero debo confesarle que no había podido hasta la hora presente arreglarme una levita propia para retratarme como Dios manda, y luego un letrero que se halla en todos los talleres fotográficos, y que dice:

¡TODO TRABAJO SE PAGA ADELANTADO!

me detenía siempre estupefacto, á las puertas de aquellos establecimientos. Como usted sabe, la paciencia vence lo que la dicha no alcanza, y al fin he logrado retratarme de contado, cosa que á mí mismo me tiene sorprendido. Le acompaño una tarjeta imperial de este *tour de force* fotográfico-económico, y en ella verá usted que el artista, ó la máquina, ó quien sea, me sacó parecido á Juan de Dios Peza, lo cual no me desagrada, como no me enfadé tampoco cuando otro fotógrafo, siendo Luis Ramón Guzmán quien pagaba el retrato, me sacó idéntico á Leoncio Quintana, así salí de épico. Ni en el Guayabo habría salido más encoarginado!

\*\*

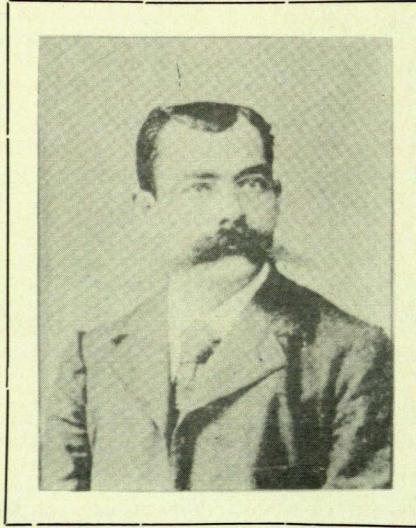
Lo que es el *cliché*, el fotograbado ó como se diga, corre de cuenta del señor Vidal; pero lo que es el esbozo de estilo, corre de cuenta suya, y paso á darle los datos del caso, á fin de que no vaya usted á mentir como un chalán.

\*\*

Que nací en Cagua, es cierto. Lo dijo el señor Landaeta Rosales, y yo no me atrevo á desmentirlo; pero él no mentó la fecha de mi nacimiento, ni yo quisiera hacerlo tampoco, porque nada gana el público con eso, y además que algún trabajo debe dejarle uno á la posteridad. Ya me parece que veo á los biógrafos del porvenir buscando mi partida de bautismo en la S. I. P. de San José de Cagua; y barrunto que algún gobierno literario del siglo que viene, comprará la casa en que nací y le pondrá en la puerta de entrada la lápida de mármol con mi nombre y la correspondiente inscripción latina. Si esto no llega á suce-

der niego desde hoy que mi país sea la tierra de las anomalías.

Los recuerdos de mis primeros años se pierden en una vaguedad soñolienta; y sólo puedo asegurarle, fundándome en referencias de mi madre, que soy sietemesino y que cuando fui bebé ó roró tuve los ojos muy azules. En esto de mis ojos, y creyendo en la certeza de aquel dato, he observado una muy acentuada evolución fisiológica, y



RAFAEL BOLIVAR

es: que los tuve azules al principio, después verdes, y ahora *los uso* rayados y amarillentos, como culebra de cascabeles. De estos cambios sucesivos le toca á usted deducir las consecuencias.

Cuando chico corté leña, cargué agua, vendí café molido, manducas, rosquitas fritas, gofios, escapularios y conserva de coco; y estas ocupaciones múltiples no me impedían asistir á la escuela con unas bragas de *gerbilla* y aprender, á pellizcos de doña Zoila Toledo, mi preceptora de primeras letras, el ilustre Catón de San Casiano y las *cuatro reglas* en la famosa *Tabla* de los señores Antero Hermanos.

Salí de esta escuela para entrar en la que regentaba don Lucas del Ciervo, hombre respetable, gramático superfirólítico, pero de un genio atravesado, que le daba á uno cuatro palmetazos por la muerte de Mónica Pérez; y por último, entre don Juan Carlos Hernández Nadal y don Ambrosio Ramos completaron mi educación.

Fuí comerciante luego; y de una pulpería salí para la vida pública. Me hice periodista y político así como se hacen bufuelos; y de golpe y porrazo me encontré Diputado al Congreso sin más capital intelectual que la levadura que me había dejado la lectura de algunas novelas de Pérez Escrich y Fernández y González, y unas cuantas nociones del honor y del deber que me había imbuido mi buena madre.

De mi vida parlamentaria, no guardo sino recuerdos ingratos: orador consuetudinario de las sociedades benéficas de mi tierra, quise aplicar á la política los principios filantrópicos más bellos, y me sucedió que no abrí una sola vez la boca en la Cámara Popular, que no llevara una paliza soberana. Por último, cambié de táctica. Me hice orador de corte maratiano, y esta evolución inaudita me condujo á la Rotunda el día 21 de junio de 1888. ¡Métase usted á brujo sin conocer las yerbas!

De la Rotunda salí para una quesera de mi propiedad; de aquí, asalté de nuevo la tribuna de la prensa; y aquí caigo y allá me levanto, llegué á ser Secretario General del Estado Miranda, que era mi sueño do-

rado, aunque este fulano ideal bien merecía unos palos, como verá usted en seguida.

Pues sí: la Secretaría me cayó encima á tiempo que daba Crespo en el Totumo el toque de uno y catorce; y aunque este toquecito me alojó un tanto mis ímpetus secretariles, hice de tripas corazón y salí en el famoso ejército de Miranda—famoso porque le componíamos los hombres más pacíficos de toda la República—con el doble cargo de Secretario General en campaña y Comisario de Guerra.

Después de un paseito cuasi triunfal por tres de los Estados de la Federación, y digo triunfal, porque aquel ejercitazo no se metió absolutamente con nadie, dí con mi humanidad en Valencia, donde caí prisionero el 17 de agosto de 1892, día nefasto en los anales de mi vida regalona. ¡ En eso vino á parar la fulana Secretaría.

De la cárcel de Valencia dí, no por mi gusto, un paseito al Castillo de Puerto Cabello; luego volví á la mazmorra de la capital de Carabobo; y el 28 de enero del año de 93, fui puesto en libertad.....

\*\*

Políticamente he sido todo cuanto se puede ser en esta tierra, á saber: liberal amarillo, liberal unificado, liberal desunificado, guzmancista caribe, crespista furibundo, rojista agazapado, anduecista intemperante—como todo el anduecismo—y si no soy legalista de tuerca y tornillo á la hora presente, es porque yo no acostumbro tenerle la vela del alma ni á agrupaciones políticas, ni á personas más ó menos prominentes.

Desde el punto de vista literario, me debe usted estudiar con algún detenimiento y tratarme con guante de seda, porque yo tengo mucho de merogoto y ni olvido ni perdono. Debe usted de decir, por lo menos, que yo soy un talentazo que me pierdo de vista, que soy el jefe del criollismo en Venezuela, que tengo un estilo propio, fácil, sencillo, sobrio, ameno, pintoresco, lleno de vigor y de colorido. En fin, que no quede por adjetivos, y agregue usted que mi libro *Guasa Pura* es lo que se llama un eserito, que aunque no fue premiado por la Academia, le premió el público, ciudadano que sabe más que todos los clásicos juntos, y cierre usted el palique diciendo que los libros que tengo escritos y los pensados, son otros tantos éxitos inéditos..... Con eso creo que basta.

\*\*

Físicamente soy lo que se puede llamar un buen bocado. Tengo la cabeza friega, el pelo negro, crespo y brillante, la frente byroniana. No diga nada de mi nariz, porque la tenga un si es no es semejante á papa retoñada; pero esmérese en elogiar mis bigotes, á los que atribuyo todo el éxito de mi físico. En fin, yo sería un muchacho sumamente gallardo, pero por una parte los callos que *poseo á título de inventario*—hasta ahora son once—y cierta tendencia á tirar las patitas para el monte, me quitan toda mi bizarría personal, toda mi esbeltez, y ando como las chinas, tambaleándome, ó yéndome para los lados como un sauce llorón.

\*\*

Moralmente soy un mozo bueno: si no soy mejor no es porque no quiero sino porque no puedo; y la prueba de que estoy adornado de los mejores sentimientos consiste en que nunca he sido sino periodista oficial ú oficioso y en que á pesar de haberme hecho general don Fausto Teodoro de Aldrey, jamás he perturbado el orden público, ni por mi causa se ha hecho ninguna recluta, ni se le ha quitado su caballo de silla á nadie.



Soy de genio alegre y de temperamento sanguíneo; y aunque me gusta la buena mesa, soy parco como un árabe cuando estoy limpio y sé pasar hambre como lagarto de invierno.

Tome usted buena nota de todos estos datos y hágame un esbozo digno de su brillante pluma y de mi justa fama.

Soy su amigo y colega,

RAFAEL BOLIVAR.

## H A D A

En las leyendas famosas  
De los años infantiles  
Do surgen niñas gentiles  
Del pétalo de las rosas;  
Donde azules mariposas  
Truécanse en Corte real,  
Y en que, como en un fanal,  
En la torre alta y lejana,  
Hila una hechicera anciana  
En su rueca de cristal;  
Allí, donde lo divino  
Brotó de la maravilla,  
Y hay un palacio en que brilla  
La lámpara de Aladino;  
Un misterioso camino  
Que deja brillante rastro,  
Como el reflejo de un astro,  
De alcázares transparentes,  
Frescos jardines, y fuentes  
De mármol y de alabastro;

Allí, donde se presenta  
Bajo una luz argentada,  
La Caperuza encarnada  
O el chapín de Cenicienta:  
Mágica historia que cuenta  
Grandes luchas, grandes viajes,  
Y que con lucientes trajes  
Viste imposibles proezas  
De encantadoras princesas  
Y de enamorados pajes;

Allí las he visto aladas,  
Nebulosas, peregrinas,  
En las penumbras divinas  
De las cosas encantadas.  
Genios misteriosos, hadas  
Que dibujan en la bruma  
El castillo que se esfuma  
En los oscuros confines,  
Y se cubre de jardines  
Como las ondas de espuma.

Esos delirios de niño  
Al verte se despertaron,  
Y estos versos me inspiraron  
Sin belleza y sin alifión.  
Mas tu blancura de armiño  
Que coloran los sonrojos,  
Tus fragantes labios rojos,  
La fosforescencia extraña  
De tu dorada pestaña  
Sobre el azul de tus ojos;

Exaltan mi fantasía  
Que rompe lindes reales,  
Y se hunde en ideales  
Abismos de poesía.  
Entonces, de lira mía  
Bajo mis manos crispadas,  
Canta tus dulces miradas,  
Creyéndote misterioso  
Genio, que huyó vaporoso  
De los cuentos de las hadas.

LUIS G. URBINA.

## BOLIVAR

SUS ULTIMAS ANGIUSTIAS, SUS ULTIMOS DOLORES,  
SU MUERTE

(Reminiscencias históricas)



El héroe coronó su grandiosa obra en aquel memorable 9 de diciembre de 1824, día en que vino al mundo de la libertad la jornada de Ayacucho. El genio creador fue Bolívar, y Sucre el brazo ejecutor.

Aquella inmortal batalla puso eterno y reluciente sello á tres lustros de luchas, de heroísmos, de sangre y de incontables catástrofes.

Todo lo había dominado la personalidad de SIMÓN BOLÍVAR, desde la ciudad en que viera la primera luz,

hasta la cuna de Manco-Capac; desde el amor de los americanos, hasta el valor que parecía indómito de los peninsulares.

Desde el Orinoco hasta el Plata, Bolívar había levantado inmenso pedestal y erigido sobre él la imagen majestuosa de la República.

En su lucha titánica, cruel en ocasiones, terrible á veces y siempre sostenida por una voluntad incomparable, le salió al encuentro la fortuna, varia como las cosas humanas, irisada como los sueños de ventura ó amarga como los tristes desengaños; y hélo ahí combatiendo sin tregua contra el español fiero, contra la perfidia de amigos tornadizos, contra la oscura superstición y contra el desastre de la airada naturaleza.

Para plantear la República lo sacrificó todo: fortuna, rango nobiliario, bienestar social, placer de hogar, salud y vida.

Funda la República en los pueblos de Venezuela, de Cundinamarca y del Ecuador; pero no ha completado la obra de sus ensueños, aquella que años atrás había predicho en sus entusiasmos de Casacoima, que creyeron delirio sus atónitos oyentes; y marcha hacia el sur impetuoso, grande, irresistible, semejante al huracán del desierto, y así aparta á San Martín, por inútil para los altos fines de la democracia, como derriba del antiguo trono de los incas á los soberbios dominadores de tres siglos.

Ayacucho fue la alta cumbre de la extraordinaria contienda sur-americana, y hasta allí alcanzó BOLÍVAR la más sublime de las complacencias, porque trepó la inmensa altura con el apoyo de Sucre, personificación de la lealtad y el menos imperfecto de los seres humanos.

Después de Ayacucho comienza la organización de la victoria, tarea difícil, quizá más amarga que la lucha.

Al pie de esa alta cumbre de Ayacucho, como justamente la calificó BOLÍVAR, comienza el rugido de la intriga: los adoptivos aspiran á ocupar el puesto que corresponde á los legítimos, los menos meritorios le cierran el paso á los más beneméritos, las aspiraciones innobles se yerguen altaneras pretendiendo abatir á la modesta competencia; y entre tanto el caudillo victorioso, desprendido, generoso, sereno en sus concepciones y perspícaz en sus juicios, comienza á percibir que se dibuja en el ámbito de la gran patria la oscura silueta del monstruo de la anarquía.

Algunos se sustraen á la epidemia de la ambición insana y de la ruín envidia, y es Sucre el primero de esos sustraídos, porque la Divina Providencia hizo á este hombre el más abnegado de los mortales, y quizá por ello le otorgó la gloria inmarcesible de cerrar el sangriento período de la independencia sur-americana, que bien necesitaba aquel terrible drama un epílogo de generosidad, de grandeza y de perdón.

Todavía no se había organizado la victoria, y ya la ingratitud mostraba su deforme cabeza: el grito de los malvados aspiraba á confundirse con el eco de la última batalla.

El Caudillo comenzó á desfallecer.

Mientras duró la lucha por la libertad y por la independencia, fue constante, audaz, sufrido, incorruptible y majestuoso. Desafió todas las iras é hizo frente á todos los peligros. Quiso morderlo la envidia rastrera, y la golpeó con su planta. Le salió al encuentro la traición, y la acribiló á balazos. Pero hé ahí que aquel hombre duro, que parecía forjado en la turquesa de la infinita resistencia, comenzó á ceder, porque todo lo humano tiene marcado su límite y el cuerpo languidece y el espíritu sucumbe.

Ha luchado con denuedo quince años, durante los cuales jamás le faltó el aliento varonil, pero no está hecha su alma para esa otra lucha de las intrigas y de las veleidades, de las ingratitudes y de las traiciones, y ya no es el inspirado del Chimborazo, ni el delirante de Casacoima, ni el sublime entusiasta de Calabozo, sino el poseído de los crueles desengaños.

A las dificultades que brotan del suelo de los incas, añádase un rumor, tan triste como siniestro, que sale de su patria nativa.

Los que desde Bogotá trataron de estorbarle el glorioso complemento de su alta misión, ahora le ofrecen suspicacias y oposiciones. Los que en Venezuela lo debieron todo á su autoridad incontrastable, ahora comienzan á maldecirlo. Allá la envidia, acá la ingratitud. Qué armas Dios eterno!

BOLÍVAR conocía y esgrimía á maravilla las armas que immortalizaron á Pelayo y al Cid, pero esas otras no, porque jamás las había usado, ni podía su noble pecho dar asilo á las pasiones miserables.

Empero, quiso salvar la patria y su propia gloria.

Del sur voló á las tierras de Colombia, trayendo todavía en su corazón un vestigio de esperanza. No venía á vencer, sino á convenecer. No venía á derramar sangre, sino á dar consejos, porque le parecía indigno de su gloria asistir al estruendo de una guerra fratricida, cuando todavía vibraba en las ondas del espacio el trueno que conmovió el planeta desde el campo de Ayacucho.

A su palabra, que ardía en fuego patriótico, unos se doblegaron, otros se persuadieron. Santander se recogió rencoroso. Páez se sometió disimulado. Los tinterillos entonaron palinodias. ¡Paso al Libertador! dijeron todos, pero hubo muchos que gritaron la palabra y escondieron la siniestra intención.

Así no fue la lucha con Cajal, con Boves, con La-Torre, con Barreyro, con Morillo, con Canterac, con La-Serna. Esta fue contienda ruda y sangrienta, pero leal y franca. Aquella fue lucha misteriosa, suspicaz y baja. En ella no podía BOLÍVAR ser héroe y tuvo que ser mártir.

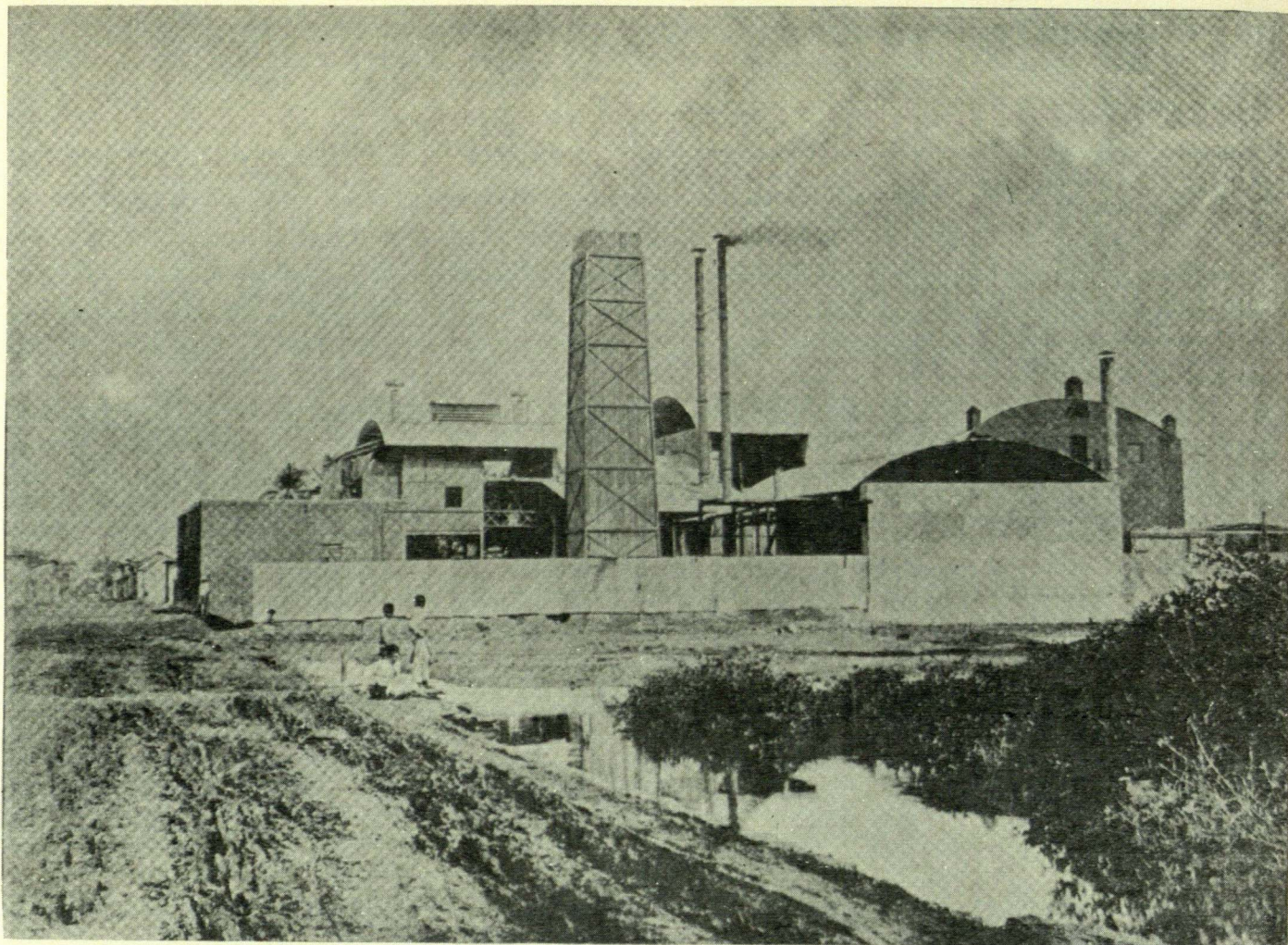
La envidia y la demagogia celebraron nefando pacto, Dos franceses, Argañil y Horment, de aquellos que deshonraron la revolución trancesa de 1789, vinieron á Bogotá á calentar los cerebros de unos jóvenes enfermos á quienes había indigestado el manjar de la libertad. La maldad de aquellos extranjeros germinó como semilla de maldición y dio sus amargos frutos en aquella noche, siempre lóbrega y eternamente pavorosa, del 25 de setiembre de 1828. Merced á los altos designios de la Divina Providencia, salió ileso el cuerpo de BOLÍVAR, pero su alma quedó traspasada por emponzoñado dardo.

¡Tiranicidio! encomia la demagogia, y la envidia le hace eco.

En vez de coronas para la alta cabeza del Padre de la Patria, puñales para su pecho generoso.

“Murió el tirano,” grita la enfurecida turba, pero no hay eco para esa voz de muerte, y el





CERVECERIA DE PUERTO CABELLO—Vista tomada por el Poniente

silencio de la atónita ciudad de Bogotá es la más elocuente protesta contra el nefando crimen.

Al grito de los malvados despierta la desprevénida lealtad, y aparecen por millares los defensores del Libertador.

Del arroyo de San Agustín surge un hombre. ¡Viva BOLÍVAR! grita la multitud delirante, pero el hombre está frío. Millares de manos lo tocan, pero el hombre está pensativo. Lágrimas á torrentes derrama sobre sus manos la multitud emocionada, pero el hombre es una sombra. No es aquel el Júpiter que disparó los rayos de Junín!

También tiene su límite la fortaleza de alma. No culpéis al grande hombre porque empezara aquí el decaimiento de su espíritu. La ingratitude y la traición amellan los más cortantes filos. No enardecen, sino que posttran. No despiertan los bríos del corazón, sino que anonadan las impulsiones del alma.

Aquí comenzó la lenta agonía de BOLÍVAR, y hubo de seguir en progresión creciente hasta su término fatal.

Los vocingleros de la libertad lo apellidaban tirano: los envidiosos aspiraban á sustituirlo: los ingratos querían matarlo; y como si aquella hubiera sido una conjuración contra la gloria excelsa y la virtud sublime, estalla más tarde el trueno de la fusilería en la tétrica montaña de Berruecos, y cae sin vida Sucre, el más grande de los capitanes de BOLÍVAR, cuya lealtad era bastante á compensar la negra inconsecuencia de todos los protervos.

¿Tenía enemigos Sucre? No podía tenerlos en justicia. Los émulos ruines no pueden merecer el calificativo de enemigos. Esos van

buscando el empleo, la posición, la cumbre y suprimen con mano criminal al hombre que envidian, por más alto y virtuoso que sea.

Por eso mataron á Sucre . . . . .

El Libertador viajaba hacia la costa del mar, tomando sus medidas para cruzar la vía dolorosa de la expatriación. En los pueblos que había libertado hervía la pasión satánica. En Bogotá procuran matarlo, y en Venezuela lo declaran fuera de la ley; á él por quien alcanzaron vida cinco naciones, á él que dictó leyes para amparar á sus compatriotas. No puede el destino humano tener una manifestación más cruel, ni más ruin, ni más sarcástica.

El Libertador pensaba bien; y al resolver su propio ostracismo, renunciaba á una lucha innoble con la ingratitude y la traición y fiaba la alta gloria de su nombre á las grandiosas y siempre inapelables decisiones de la posteridad.

Con el alma destrozada llegó á Cartagena á fines de julio de 1830.

Allí lo reciben bien los cartageneros y le rinden homenajes de admiración y de gratitud, como bien los merecía el Fundador de naciones. A pesar de aquellos obsequios, no cambia de sentimientos, y es el ostracismo su idea dominante; pero hasta en esta resolución suprema surgen á su encuentro las insalvables contrariedades, como siempre aconteció en los grandes instantes de su accidentada existencia.

Manda su equipaje á bordo del paquete inglés, pero éste, que carecía de comodidades, encalla al salir de la bahía. Registra el peculio de sus gastos de viaje, y encuentra que está casi agotado por las frecuentes dádivas de su

incomparable beneficencia. Resuelve esperar á que le lleguen nuevos fondos, que ha pedido al administrador de sus bienes. Aguarda la fragata *Shanon*, pero esta fragata tiene que cumplir órdenes superiores de viajar hacia barlovento. La fragata tarda en regresar á Cartagena, así como en llegar los fondos pedidos al administrador.

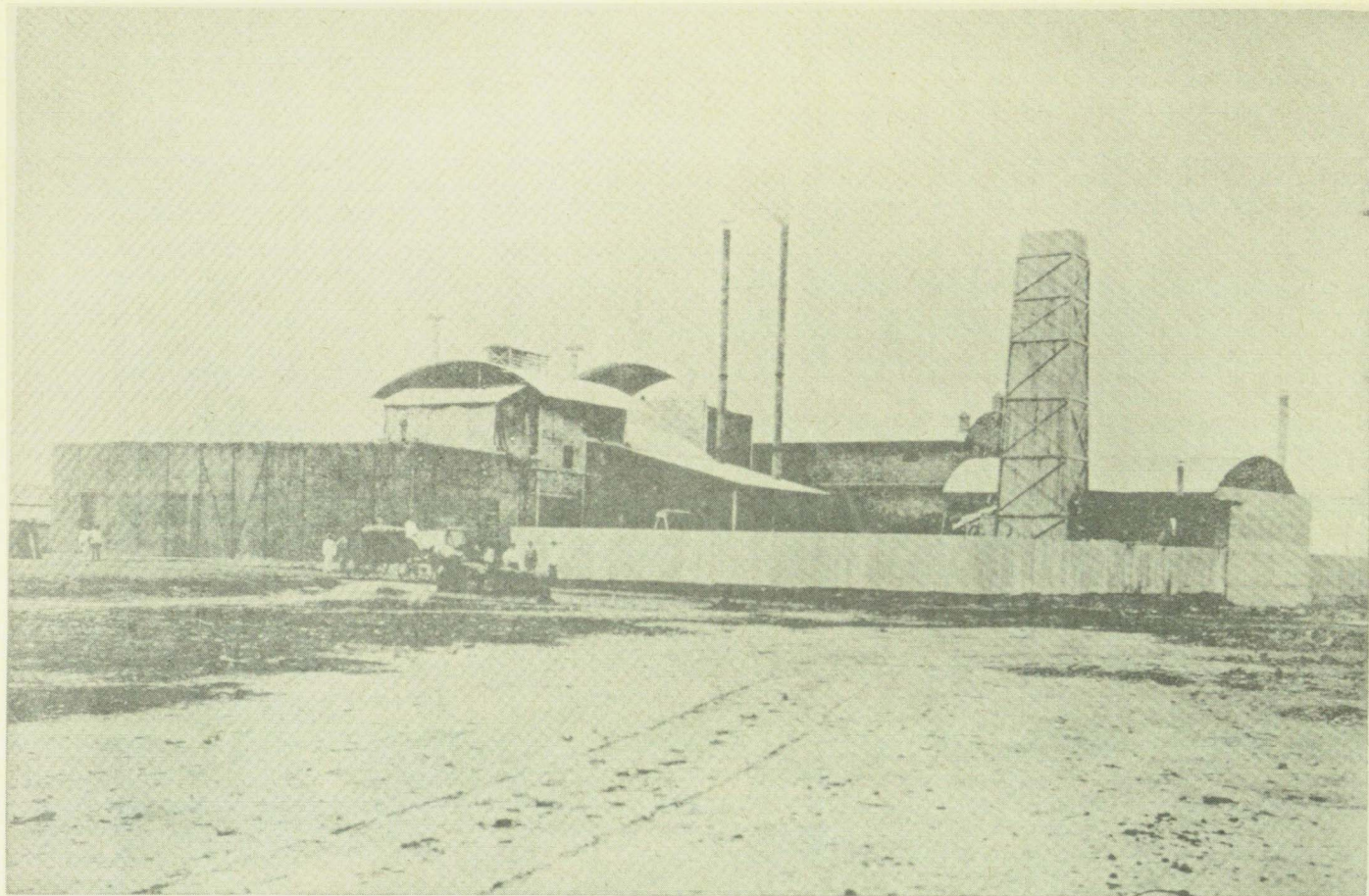
Tales contrariedades impacientan al Libertador; y mientras el fatalismo de las circunstancias lo retiene en un suelo del cual quiere huir, espantado por las ruindades humanas, los amigos lo cercan y lo inquietan con sus reclamos, Montilla y Briceño Méndez y Carrero y García del Rfo y Diego Ibarra y mil más tenientes fieles le piden con lágrimas su permanencia en la patria que ha libertado; pero él, desde el abismo de sus crueles desencantos, les grita: imposible!

Empero no descansa la amistad leal en suplicar. Locos importunos, los llama BOLÍVAR, é insiste en partir, demorando su partida tan sólo el tiempo preciso de la vuelta de la *Shanon*.

En tales circunstancias llega á Cartagena la desoladora nueva del asesinato del Mariscal de Ayacucho. El Libertador estaba de residencia en un campo al pie del cerro de la Popa. Eran las nueve de la noche del 10 de julio, y aún no estaba recogido, cuando recibió la nueva terrible. Su dolor fue tan grande como el desgraciadísimo suceso. "Santo Dios, exclama, se ha derramado la sangre de Abel," (1) y cae en un profundo abatimiento. No increpa, no acusa, no vocifera, ni condena. Calla, con ese silencio melancólico en que cae el genio cuando el dolor lo hiere mortalmente.

(1) Ceballos Historia del Ecuador, tomo 4º pág. 460.





CERVECERIA DE PUERTO CABELLO—Vista tomada por el Naciente

¿Qué restaba de la gran Colombia?

Amenazada desde 1826 por la ingratitude y por la intriga, sacudida por el disimulo y la malicia, conflictada por la ambición bastarda, herida en aquella noche pavorosa del 25 de setiembre, perseguida cruelmente en su egregio fundador, asesinada en Berruecos en la persona del héroe de Ayacucho, consternada, agitada y sombría, Colombia era presa de la ardiente fiebre de la disolución.

Desde que el Libertador tuvo noticia del asesinato de Sucre cayó enfermo, porque era aquella desgracia inmensa el colmo de sus dolencias morales. Lacerada el alma hasta el máximo de los infortunios, el cuerpo tenía que doblegarse al peso de los dolores; y si algo hubiera faltado para ese abatimiento, si era menester un golpe de gracia, se encargó de darlo la debilidad inconveniente del Presidente Joaquín Mosquera, permitiendo á su ruin Ministro Azuero que comunicase oficialmente al Libertador el infame decreto en que el Congreso de Venezuela lo declaraba fuera de la ley.

A un mismo tiempo agonizaban Colombia y su Fundador.

A la nota de Azuero nada contestó BOLÍVAR. Guardó el mismo silencio que había mostrado cuando supo la infausta suerte del más perfecto de los hombres y del más leal de sus amigos.

La patria y el patricio caminaban penosamente por una misma dolorosa vía. El furor de las pasiones arreciaba cada vez más. Periodistas vehementes, á quienes ningún beneficio debía la República, lanzaban desde las oscuras columnas de *El Demócrata* y *La Aurora* las más groseras imprecaciones y osaban santificar el nefando 25 de setiembre.

Entre tanto el Libertador se consumía.

La exaltación de las pasiones llega á su período más alto y estalla la guerra civil. La situación que había venido siendo convulsiva, pasa á ser sangrienta; rueda al abismo el go-

bierno de Bogotá y un gobierno de hecho lo reemplaza.

La nueva situación política, viciosa en su origen, demanda el apoyo del Libertador y aun lo aclama como Jefe; pero el mando que se le ofrece y las súplicas que se le hacen no bastan á satisfacer sus principios, ni á detener sus angustias. Mira con tristeza que algunos de sus fieles amigos se hayan mezclado en los sucesos y los exhorta y aconseja por medio de O'Leary. Urgen las exigencias del pueblo de Bogotá, y apenas se limita á ofrecer sus influencias para el restablecimiento del orden, para la reconciliación de los colombianos y para reintegrar la gran patria. No quiere ya servir sino como ciudadano y como soldado, en bien de la comunidad.

Sus palabras, vertidas con intención patriótica, son malamente tomadas como la aprobación de los sucesos de Bogotá, y tiene que decir á García del Río: "He ofrecido en una proclama que serviré al país como ciudadano "y como soldado, pero decid á vuestros comitentes que por respetable que sea el pronunciamiento de los pueblos que han tenido "á bien aclamarme como Jefe supremo, sus "votos no constituyen aún aquella mayoría "que solo puede legitimar un acto semejante."

A Vergara le dice: "Me exige usted que "marche á Bogotá á consumir una usurpación... "No, mi amigo, yo no puedo ir, ni estoy "obligado á ello, porque á nadie se le debe "forzar á obrar contra su conciencia y las "leyes. Tampoco he contribuido en la menor "cosa á esta reacción ni he comprometido á "nadie á que la hiciera. Si yo recogiese el "fruto de esta insurrección, yo me haría cargo "de toda su responsabilidad."

Más luégo anunciaba su partida para Santa Marta, en busca de otros climas que pudiesen mejorar su arruinada salud, como si las dolencias del alma, que arrastran fatalmente al cuerpo, cediesen ante las manifestaciones de la

naturaleza. "Yo estoy aquí renegando, decía, "contra toda mi voluntad, pues he deseado "irme á los infiernos para salir de Colombia, "pero una porción de importunos me han "tiranizado haciéndome quedar donde no pue- "do ni quiero vivir."

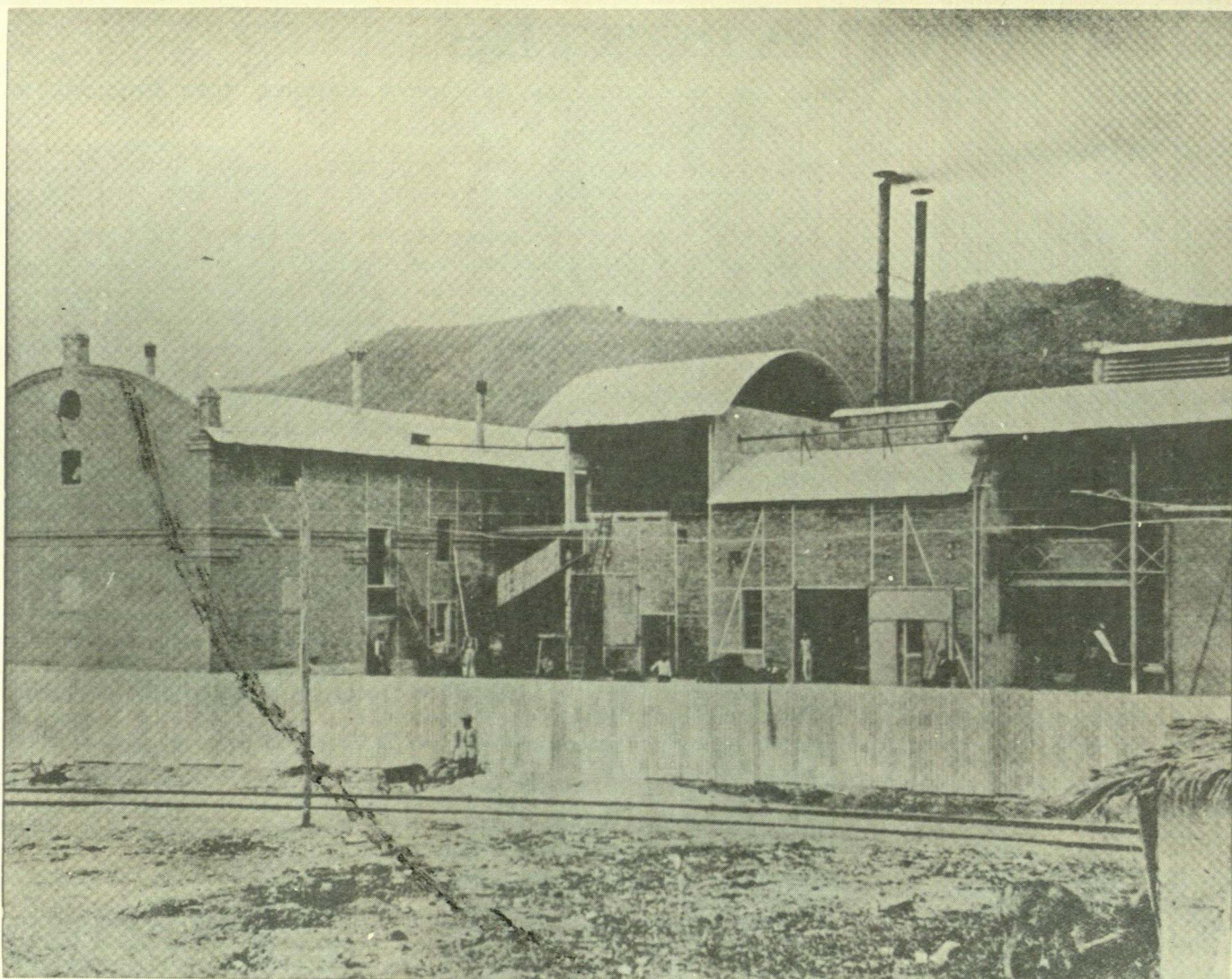
¿Puede haber mayor angustia?

El héroe que ha fundado una patria no encuentra en ella reposo para su espíritu, ni aplauso para sus hechos, ni justicia para sus actos; y sus mismos fieles amigos acuden á la reacción armada, yendo en pos de reparaciones, como si las vías de hecho condujesen al anhelado punto del derecho. Parece que todos en Colombia hubiesen perdido la razón.

Sólo el Libertador leía claro en aquel antro el triste porvenir de la patria, como si éste se reflejase lealmente en sus terribles angustias y en sus incomparables dolores.

De aquí que viendo aparecer al leal Urdaneta á la cabeza de la reacción en Bogotá, le dijese: "Yo compadezco á usted y á todos "mis amigos que se han comprometido sin "esperanza de salir bien, pues nunca debieron "contar conmigo para nada, después que ha- "bía salido del mando y que había visto tan- "tos desengaños. A nadie le consta más que "á usted mi repugnancia á servir, y la buena "fe con que insté por mi separación. Desde "aquel momento he tenido mil motivos para "aprobar mi resolución; de consiguiente sería "absurdo de mi parte volverme á comprometer. Añadiré á usted una palabra más para "aclarar esta cuestión: todas mis razones se "fundan en una: *no espero salud para la "patria*. Este sentimiento, ó más bien esta "convicción íntima, ahoga mis deseos y me "arrastra á la más cruel desesperación. Yo "creo todo perdido para siempre, y la patria "y mis amigos sumergidos en un piélago de "calamidades. Si no hubiera más que un sa- "crificio que hacer, y éste fuera el de mi vida, "ó el de mi felicidad, ó el de mi honor,.....





CERVECERIA DE PUERTO CABELLO—Vista del frente

“créame usted, no titubeara. Pero estoy con-  
“vencido que ese sacrificio sería inútil, porque  
“nada puede un hombre contra un mundo en-  
“fermo; y porque soy incapaz de hacer la felici-  
“dad de un país, me deniego á mandarlo.  
“Hay más aún: los tiranos de mi país me lo  
“han quitado, y yo estoy proscrito; así yo  
“no tengo patria á quien hacer el sacrificio.”

No puede pintarse mejor la cruel angus-  
tia del alma. Bajo tales impresiones, el Liber-  
tador marchaba precipitadamente á su ocaso.  
El cuerpo cedía al imponderable peso de los  
infortunios del espíritu. Marchóse á Soledad,  
y de ahí á Barranquilla, cada vez más en-  
fermo y más atribulado. De todas partes le  
venían imprecaciones y dicitos. *Tirano*, le  
gritaban la envidia y la demagogia; y *tirano*  
repelían las turbas inconscientes, manifestán-  
dose así la más incalificable y ruin de las  
persecuciones de los libertos con el Li-  
bertador, de los ciudadanos contra aquel que  
les había otorgado carta de ciudadanía.

De Barranquilla se trasladó el Libertador á  
Santa Marta, donde sus amarguras hallaron  
algún lenitivo en el dulce afecto del Obispo  
Esteves, del General Montilla y de otros  
amigos; pero ya la dolencia (catarro pulmo-  
nar) había hecho su estrago. Una aparente  
mejoría hizo concebir alguna ilusión á los que  
lo rodeaban y él mismo pidió ser trasladado  
al campo, en busca de mejores aires, y fue  
llevado á la quinta de San Pedro Alejandrino,  
para entonces propiedad del señor Joa-  
quín de Mier. Algunos de sus fieles tenientes  
lo acompañan: el dueño de la quinta lo sirve  
con esmero: el médico francés Alejandro

Próspero Reverend lo asiste con asiduidad.  
Todos vigilan, todos velan al rededor de aquel  
lecho, donde próxima á extinguirse se encuen-  
tra una gran luz.

Un día dijo el Libertador al médico: Quie-  
ro saber su opinión sobre el término de mi  
mal, ¿cree usted que esta dolencia me lle-  
vará al sepulcro? ¿debo prepararme?

El doctor Reverend se encontró perplejo  
para contestar, é inventó frases para salir del  
paso. Sin embargo, no queriendo en absoluto  
traicionar sus convicciones, se aventuró á con-  
cluir así: “todos somos hijos de la muerte,  
Vucencia lo sabe, y es prudente estar pre-  
parados.”

El Libertador pareció salir de su póstra-  
ción, y fijando su ardiente mirada sobre el  
médico, le dijo casi en tono declamatorio:  
Doctor! ¿y es usted Doctor? (2)

Después de este incidente ya la estancia  
del ilustre enfermo parecía invadida por fu-  
nerario crepúsculo y la muerte se aprestaba  
á descargar su último golpe.

En pleno ejercicio de sus facultades men-  
tales, el Libertador cumplió los últimos de-  
beres del cristiano, recibió la Eucaristía de ma-  
nos del Obispo Esteves y dictó su testamento  
particular y también su testamento político,  
documento este último digno del hombre que  
tanto fatigó la fama con la heroicidad de sus  
hechos, con las reverberaciones de su talento  
múltiple y con la generosidad de su alma su-  
perior.

*Mis últimos votos*, dijo al concluir, *son por*

[2] Referencias del doctor Reverend al General  
Miguel Caraballo.

*la felicidad de la patria: si mi muerte contribuye  
para que cesen los partidos y se consolide la  
unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.*

Heroicidad en la vida y santidad en la muerte.  
Precioso complemento!

Ya en sus últimos días el Libertador era presa  
de continuos delirios, casi todos referentes á la  
grandiosa obra política de que había sido autor.

El 17 de diciembre de 1830, en el medio  
día, la estancia del Libertador se hallaba úni-  
camente con éste y el médico, quien atisbaba  
los progresos de la última agonía; y cuando  
creyó que la inmensa antorcha que iluminó  
á Colombia iba á dar su postrera llamarada,  
corrió hacia la sala vecina, donde reposaban  
instantáneamente los amigos que velaban, y  
con voz conmovida les dijo:

—Venid, si queréis presenciar los últimos  
momentos del fundador de Colombia.

Todos corrieron en tropel y rodearon el  
lecho del ilustre moribundo, y vieron, derramando  
lágrimas á mares, cerrarse para siempre  
aquellos ojos fulgurantes y enmudecer á  
perpetuidad aquellos labios que hablaron el  
lenguaje de los encantos y de las maravillas....

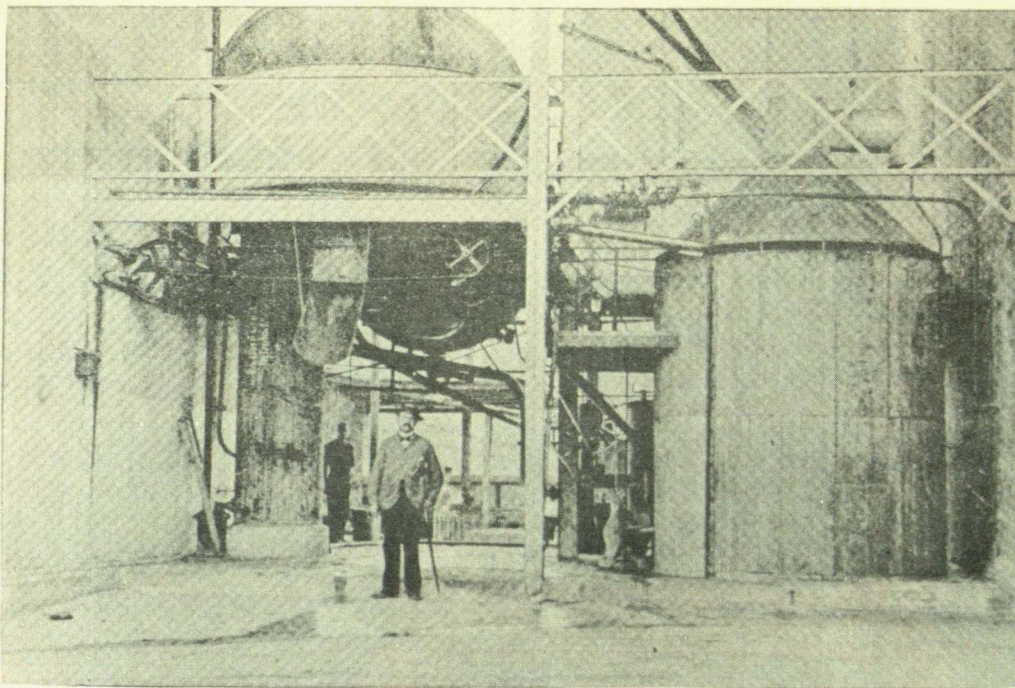
Era la una de la tarde, casi la misma hora  
que en idéntico día de 1819 había proclamado  
á la Gran Colombia ante el soberano Con-  
greso de Angostura.

A un mismo tiempo desaparecían el artífice  
y la obra; y hé aquí que al lado de la tumba  
de BOLÍVAR, como dijo un eminente hombre  
de estado, reposa el Genio errante y gemebundo  
de Colombia.

F. GONZÁLEZ GUINAN.

Valencia, Venezuela, Diciembre 17 de 1806.





CERVECERÍA DE PUERTO CABELLO. — Departamento de calderas

## EL CONFLICTO SOMBRERIL EN LOS TEATROS DE EUROPA



Me lo estaba sospechando; y como lo sospechaba ha ocurrido al cabo y al fin.

La cuestión de los sombreros de señora, en el teatro, hase trocado en un conflicto poco menos que pavoroso.

Las señoras, en Europa (y vaya la aclaración para quien lo ignore) concurren, por lo general á butacas, á lo que en Venezuela llamamos arbitrariamente "patio;" y esta costumbre, hecha moda simpática hasta ayer, porque constituía para nosotros los hombres el aliciente, quizás, del espectáculo, acaba por ser hoy una verdadera espantosa calamidad: las señoras ya no llevan sombrero al teatro, sino algo como cestas de frutas y tientos de flores enormes.

De aquí la formidable campaña que varios escritores han abierto sin grandes contemplaciones contra esos complicados, florecientes y archiabusivos armatostes que impiden á los hombres la vista clara de la escena.

Ya se sabe como en París "un espíritu valiente," Claretie, suprimió de una pluma el terrible sombrero de señora, logrando que las damas fuesen á butacas ostentando un graciosísimo y vaporoso peinado; sábase también como triunfó en Bruselas y en este mismo sentido un empresario irónico, fijando á la puerta del teatro un car-

telito que decía: "Sólo se permite entrar con sombrero á las señoras de cierta edad." Lo que nadie sabe, ni intenta saber, á pesar de lo mucho que se escribe sobre el particular, es el modo, la manera de conseguir definitivamente que las señoras españolas vayan á butacas sin sombrero.

En un país donde los vagos de la calle de Sevilla no tienen á menos usar y abusar del vocabulario de la hampa cuando pasa por aquellos lugares una dama y donde á una dama se le dirigen irrespetuosos chicleos porque va sola, no se encuentra la fórmula precisa para suprimir de una vez por todas el estorboso sombrero de teatros.

Cavia propone que vayan de mantillas; Bonafoux dice que no, que la mantilla requiere juventud y belleza y que no todas las mujeres son jóvenes y bellas.

Por meterse en todo la Pardo Bazán también ha metido el pie, y opina que las señoras vayan al teatro *en pelo*..... ¡Qué modo de señalar tiene doña Emilia: en pelo! ¿No hubiera sido más correcto, más natural decir en buena prosa: con el pelo, ó con la cabeza al aire?

La literatura apayasada y carnavalesca de Taboada ha caído de firme sobre las señoras: así habla él en su eterno idioma chancletero á propósito del armatoste femenino, de las de Ombliguete, de las sartenes con patatas fritas y de otras vulgaridades por el estilo.

Pero ellas firmes y en sus trece: mientras más alzan los hombres la voz—observa un articulista insigne—más alzan ellas el sombrero; es decir que le colocan más plumas, más flores, más hojas, más pájaros muertos, más alfileres y más tules: una verdadera selva, un bosque de la virgen América, como escriben los amantes de la crónica primaveral y cursi.

La noche del estreno de *El señor Feudal*, en la Comedia, noche azarosa por ser la obra del autor de *Juan José*, tuve yo la fortuna de ocupar una butaca de segunda fila que me regaló el mismo Dicenta.

Pero en uno de los entreactos me llamó un amigo que tenía la fila 12 y me dijo con acento lastimoso:—Siéntate aquí un instante y compadéceme.

Y en verdad era digno de compasión el pobre hombre: la butaca delantera estaba ocupada por una opulenta y robustísima señora, cuyo sombrero en relación á las condiciones físicas de su dueña, parecía un Samán de Güere con añadiduras de palmeras, plátanos, chirimoyas, mangos de hilacha y enredaderas tales que el mismo Dr. Ernst se hubiese visto apurado para estudiar allí todo un curso de botánica.

Ah! Si las señoras supieran—escribía yo en cierta ocasión—lo que es tener un sombrero delante de las narices, un sombrero que nos come la vista, que nos oculta los actores, que nos suprime, en una palabra, orquesta y concha y bambalinas, de fijo se compadecerían de nosotros y optaban por el peinado sencillo, sin moños, ni cintajos, ni peinetas.

¡Si lo supieran! dije entonces, y dije mal: ellas lo saben; pero basta que los hombres indiquemos algo de moda á las mujeres para que nos lleven la contraria.

—¿Qué sabéis vosotros de esto? —nos replican muy enfadadas.— Ocupaos de vuestros gabanes de invierno que parecen faldas echadas á perder, y de vuestros sombreros de copa que semejan chi-

meneas de cocina, y no toquéis los adornos femeninos que bien están así de plumas rizadas, de flores altas, de hojas secas, de alfileres de á vara y de pájaros muertos.....

Y hay que dejarlas, porque en cuanto una mujer empieza á probarnos la belleza de sus trapos, no hay más remedio que callarse: boca abajo todo el mundo. La mujer tratando de modas es como Castelar cuando la emprende con la Historia: una trompetería de citas, de trops y de símils capaz de aturdir el juicio mejor puesto.

Lo sé por experiencia; y como lo sé le pongo punto "redondo" á este artículo, temiendo, y con razón, el enojo de aquellas simpáticas venezolanas que saben mover la moda lo mismo que la pluma.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

## MARGINALES

(A VUELA PIUMA)

Un corresponsal de *Le Temps* visitó en días pasados al señor doctor Suess, eminente sabio austriaco, profesor de Geología en la Universidad de Viena y miembro del Consejo Imperial. Se habló de política, y luego de haber explicado el profesor la situación de los partidos en su país, dijo: "Pero qué valen todas estas querellas de partidos efímeros que de la noche á la mañana cambian de nombre, de forma y de programa. Qué mezquino aparece todo esto ante la espantable crisis que amenaza á la Europa. La historia no registra nada semejante, ni tenemos nosotros idea de los cambios que se preparan en el mundo. Cien años hace la Europa vio nacer la América del Norte á la vida libre y civilizada. Ahora es el Asia la que despierta: es el Africa la que va á entrar en línea en cuanto se extienda el radio industrial del Transvaal y del Cabo. Todos aprenden ya á pasarse de la Europa, hasta hoy proveedora titular, de la tierra entera así de productos industriales como de ideas.

Pero próximo está el día en que sólo habrá que tener en cuenta tres grupos: la América del Norte, la Rusia y las razas amarillas del Asia. El porvenir es de los "grandes batallones" á los que vuestro Na-



poleón, en una frase célebre y veraz, discernía la victoria. Fuera de los Norteamericanos, los Rusos y los Amarillos, todo lo demás es demasiado pequeño, demasiado escaso. Polvo de pueblos y de naciones que tiene que renunciar á los primeros papeles. Esa ley puede parecer cruel, pero es inevitable.

La guerra no haría sino empeorar la situación presente y apresurar la crisis á que aludo arrebatando definitivamente á la Europa su hegemonía hasta hoy incontestada. Viajando por Suecia hace algunos años con el Presidente del Senado de los Estados Unidos, me preguntó: ¿Quién cree usted que ganaría si hubiera guerra entre Alemania y Francia?

Le respondí que no sabía.

—Si Francia y Alemania pelean, me dijo, *el vencedor* serán los Estados Unidos.

El tiene razón. Nadie desea la guerra. Los franceses decís que no la queréis. Nosotros tampoco. La Rusia nada ganaría con la violencia. El tiempo trabaja para ella. El Occidente no la inquieta y su verdadera cuestión de Oriente es la colonización de la Siberia meridional, cuyo clima resulta mucho menos riguroso de lo que se temía, cuyos recursos son prodigiosos, cuyo suelo encierra incalculables riquezas y que, pudiendo contener más de ciento, cuenta apenas con unos ocho millones de habitantes. A la Rusia la preocupa la constitución de un vasto imperio de San Petersburgo á Vladivostok.

Ah! Yo no creo en la guerra porque creo en la ciencia. Y en verdad, el reinado de los Bismarck ha concluido....."

Estos párrafos, que leí en la mañana de hoy y que he copiado íntegramente, me trajeron al punto el recuerdo de la insinuación optimista hecha por el doctor José Gil Fortoul en su bello libro *El Hombre y la Historia*, de que el eje de la civilización pueda volver á situarse en la zona tórrida.

Las previsiones del doctor Suess son tan conformes á la lógica de los hechos que no dejan campo al consuelo fácil de encariñarse con hipótesis en contrario. El le asigna el triunfo al número y ese gran factor está en las zonas templadas: en la China y el Japón, en Rusia, en los Estados Unidos. Aparta uno los ojos del panorama para nosotros espantoso que, según él predice, ofrecerá

el porvenir y se presenta ante ellos el mapa de la civilización contemporánea.

El progreso esquiva sistemáticamente las regiones ecuatoriales y se hace más intenso á medida que se aleja del rigor de los climas tórridos y de la zona glacial. En América es el Norte de los Estados Unidos el

México despierta apenas, y el rumor de la actividad industrial sólo vuelve á oírse en las márgenes del Plata y en las arideces chilenas.

En la Africa el ímpetu del progreso aparece no más que en el Cabo y en el Transvaal, situados en la zona templada. En el extremo Oriente y Polinesia, son el Japón, cierta faja de la China y de Australia los representantes de aquellas civilizaciones.

En la misma Europa las riberas encantadas del Mediterráneo ya no son cual enantes orgullo de la tierra. Rezago arrancado á la cimitarra es la Grecia: Italia pacta con el Vaticano y devora la afrenta de Abba Garima. ¿Roma demanda paz y tregua al abisínio! Los meridionales franceses amenazan sublevarse si les prohíben asistir á las corridas de toros.

Pero ¿estuvo alguna vez el eje de la civilización en la zona tórrida?

Las más recientes conclusiones desvanecen por completo esa suposición.

Aun cuando no se acepte ninguna de las varias teorías que de Humboldt á Whitney han sido propuestas acerca de cambios climáticos ocurridos durante el período histórico, según las cuales la temperatura media del planeta es más elevada hoy que para la época de la aparición de los grandes imperios, subsiste el hecho de que el Egipto septentrional, centro del poder y la cultura de ese pueblo; el alto Pandjab, de donde surgió la civilización indostánica; la Mesopotamia, Irán, no pertenecen por razón del clima á la zona tórrida.

Las líneas isotérmicas que ligan los focos de todas las civilizaciones antiguas y modernas señalan un mínimo de 4° y un máximo de 22° (centígrado) y forman una zona templada fuera de la cual el historiador del progreso humano nada ó casi nada tiene que buscar para su obra.

Pero aun cuando el Egipto y la Caldea y la India estuviesen fuera de esos isoterms, estarían dentro de la gran ley según la cual el hombre no prospera en el sentido de la actividad productora y del desarrollo armónico de la libertad y el orden, sino allí en donde el medio físico le impone implacablemente como condición de vida el trabajo, la previsión y la economía. Olvidemos que la vecindad del Himalaya con sus perpetuas



BOHEMIA EN MARCHA. — Cuadro de F. Lematte

que representa la grandeza, la fuerza y la riqueza del continente. El Oeste aún es salvaje, el Sur aún necesita andaderas. Densidad de población, riqueza pública, grandes centros industriales é intelectuales búsqense al Norte; bosques cuasi vírgenes, yermos, gente analfabeta, escasez de capitales y de brazos, ley de Lynch, instintos bélicos, búsqense hacia las costas del golfo azteca.



nieves enfriaba una de esas regiones; olvide-mos la altura del Pandjab; rechacemos la hipótesis basada en la precesión de los equinoccios; queda en pie el hecho de las inundaciones periódicas ó cuasi periódicas del Tigris y el Eufrates, del Indus y el Ganges y del Padre Nilo, inundaciones que obligan á los moradores de esas comarcas á proveer en tiempo sus graneros y á fundar civilizaciones que no desaparecen sino al contacto de otras más fuertes y resistentes.

Sitúese el eje del mundo pre-helénico de Tebas ó Babilonia, hágasele girar luégo hasta darle la dirección de Atenas á Roma y véase qué no fue nunca paralelo al Ecuador ni estuvo comprendido dentro de los trópicos.

Según un autor ruso cuyo nombre he olvidado, pero cuyos trabajos merecieron la aprobación sin reserva de Eliseo Reclus, esa línea media es hoy el isoterma 10 en el cual están situados Chicago, New York, Londres, Odessa y Pekin.

En América la línea partía de las alturas de los Andes peruanos y pasando por las altiplanicies pobladas por los Muisecas, iba á Palenque y México.

\*\*\*  
La agencia que más eficazmente contribuiría hoy á crear una civilización latino-americana capaz de competir con las del Norte y las trasatlánticas, sería sin duda la inmigración. La asiática ó la africana aunque más adaptables no serían las más convenientes. Es, de consiguiente, la emigración europea la que debemos atraer.

Como los Estados Unidos han establecido procedimientos de selección á fin de no admitir sino la porción más apta y deseable del excedente de población europea y como las colonias del Africa intertropical según repetidos informes oficiales son cuasi inhabitables para los hombres del Norte, la época es propicia para un ensayo en grande escala.

Esa emigración prefiere el Transvaal, el Cabo, la Argentina, Chile y los Estados Unidos, á pesar de sus leyes restrictivas, á nuestras regiones intertropicales. ¿A qué apuntar las razones y cómo salir del círculo vicioso de que nuestros males se curan sólo con un incremento de población laboriosa, y que esa emigración salvadora esquivará nuestras playas mientras duren esos males?

Resuelta que fuere la cuestión en ese aspecto, sobrevendría en primer término una desilusión para los que afirman que con el cultivo desaparecería la fiebre de las regiones cultivadas. La experiencia ha demostrado que antes bien la irrigación y la vegetación hacen aparecer la fiebre en comarcas hasta entonces relativamente indemnes. En los desiertos no existe sino la "fiebre de los oasis."

Y luégo. Pobladas que fueren nuestras soledades ¿surgiría en ellas una gran civilización poderosa á cambiar el eje de las septentrionales?

En la forma tan elegante como precisa en el joven Dr. Elías Toro da cuenta en EL COJO ILUSTRADO del movimiento científico actual, nos decía no ha mucho cómo la acción del paludismo, endémica y constante, imprime fisonomía intelectual y moral característica á quien la sufre; abate la voluntad, amengua la iniciativa y "cuando el ánimo, impresionable por la neurosis..... sufre una sacudida ó una excitación, se produce en hipérbole y en exaltados juicios, rayanos en delirio, para caer en seguida en una postración superior y contraria á la reacción."

Tan profunda é interesante es esta observación, que si suprimiendo la palabra *paludismo*, diéramos el párrafo á quien lo leyera con ánimo desprevenido, de fijo creería que era una definición del carácter ó del temperamento intertropical.

Efluvios de la tierra, rayos del sol, tóxico ambiente, tiranía del medio..... esas líneas, levemente atenuadas, pintan y definen la raza. Y así como ella es, son y serían á las pocas generaciones los que se someten al medio en que nosotros nacimos y vivimos.

Y por qué habríamos de rebelarnos contra algo immanente é inexorable?

Hijo del trópico lo amo tal como él es por sobre toda otra región del globo, y prefiero la forma de civilización que el medio fatalmente le impone, á estas colosales agrupaciones de miserias ó lacrimosas ó maldicientes y de opulencias cínicamente despóticas. Unos centenares de señores y muchos millones de siervos asalariados viviendo como en un infierno en la perpetua agitación de miserias codicias ó urgidos por el miedo al hambre, hé ahí las civilizaciones de Rothschild y Krupp, salvadas sólo por el puñado de artistas y de soñadores que arrojan sobre tanta desnudez la vestimenta de luz del ideal.

En otros tiempos habría preferido vivir en Atenas á haber sido una cifra de la turba en las calles de Babilonia.

Caldeados por el sol de nuestros cielos siempre azules; orgullosos de ser americanos, esto es, señores de nosotros mismos; enamorados de lo bello, dados al ensueño, no más laboriosos de lo que las prodigalidades del suelo y las influencias del clima nos obligan á serlo, celosos de nuestra libertad porque ella nos hace felices, mantengámonos dentro del cuadro de la vida que el medio nos demarca. La civilización del becerro de oro no hace la felicidad de los pueblos.

Cultivar las ciencias, las artes bellas y las útiles, vivir y morir decorosamente por el trabajo y para el bienestar común, es programa que conforme basta á la vida del individuo, basta á la existencia de un pueblo.

La solidaridad humana pide el esfuerzo común y constante de todos los pueblos y de todas las razas, so pena de que los rezagados desaparezcan ó sean subyugados por los más fuertes. Cierto es, y cada país debe aportar al fondo común el esfuerzo que le corresponde.

Pero no es menos cierto que la civilización no es una en el planeta, que cambia de clima en clima aun bajo la acción de un mismo centro político. Los países tropicales tienen una que les es peculiar. Cualquiera que sea la raza que los pueble, esa forma de civilización es la que impera en ellos. Cualquiera que sea el esfuerzo hecho por asimilarla á las septentrionales fracasa á la postre.

Hacernos bastante fuertes para no caer bajo el dominio de los vecinos: propender sería y eficazmente á la paz, que trae consigo los demás bienes á que podamos aspirar: ligarnos todos para la defensa común contra invasiones extrañas, esos pueden ser por ahora nuestros principales cuidados.

Luégo que las zonas templadas de la América y el Africa no puedan contener más pobladores, luégo que las riquezas del Transvaal, de la Siberia, del Asia Central, del Far-West, se hayan agotado, si otros problemas más urgentes no preocupan al mundo para esa época, podemos pensar seriamente en emular á estos pueblos de la nieve.

Mientras tanto gocemos de la áurea mediocridad que, á pesar de todas sus aparentes desventajas, por razón de las cuales nos llama esta mañana nada menos el *World* de esta ciudad, "semi-civilizados," nos mantiene en un estado de sabroso y regalado contentamiento, absolutamente desconocido á los Europeos y apenas sospechado en la porción más "civilizada" de los Estados Unidos.

CÉSAR ZUMETA.

Páginas del libro titulado *Poetas Mexicanos*, por Carlos G. Amézcaga—Buenos Aires—Imprenta de Pablo E. Coni é hijos—1896.

... Manuel Acuña no se suicidó por los desdenes de una mujer. Tiempo es ya de que termine esta fábula vulgarizada en toda América por culpa del mismo Acuña con su famosa composición *A Rosario*. Estoy en posesión de datos al respecto, que me atrevo á llamar interesantísimos y que no dudo sorprenderán á todos los que de buena fe maldicen todavía á una criatura inocente del daño que se hizo Acuña.

La Rosario que inmortalizó el poeta existe en Méjico y es mi amiga.

¿Qué hombre de pluma no la conoce allá?

*Rosario de la Peña es un monumento histórico*,—me decía una tarde Manuel José Othon, el dramaturgo mejicano á quien el invicto Eche-garay ha batido palmas.

Manifeté vivos deseos de conocerla, y Othon me prometió anunciarla mi visita, agregando que desde algún tiempo atrás habitaba Rosario en el pueblo de Guadalupe, situado á algunos kilómetros de la capital y segregada por propia voluntad, casi completamente, del mundo social en que antes viviera. Pocos días después, José María Bustillos, uno de los poetas más jóvenes y aprovechados de Méjico, me presentó á Rosario por encargo de Othon, que se dirigió precipitadamente á San Luis, cumpliendo antes con anunciarme á esta dama que nunca celebraré lo bastante haber conocido.

*Guadalupe* es á Méjico lo que *Lourdes* á Francia: el lugar de un santuario donde no deja un día de ofrecerse á la Virgen el más reverente culto por los católicos . . . . .

El santuario mejicano no cede en esplendor al francés, y creí tan natural cuando me dirigía allí, que Rosario viviese prosternada ante el altar de la Virgen, doliéndose todavía de su homicida crueldad para con Acuña.

¿Qué desengaño el que me esperaba!

En una casita modesta de la villa, no muy distante del Santuario famoso, vivía nuestra heroína, acompañada de su señora madre, una joven hermana y varios sobrinos.

La madre de Rosario y su hija menor, Margarita, fueron las primeras personas á quienes hablé. A juzgar por el aspecto de la anciana y de Margarita, la hija mayor ausente no debía desdecir la singular hermosura patrimonio de aquella raza.

Bien pronto me hice cargo de que estaba en el seno de una familia hospitalaria y cordial. Respiré esa atmósfera del hogar decente no desvirtuado por la pobreza, y comprendí á las primeras razones cambiadas con los dueños de la casa, el secreto amargor que deja en los corazones más fuertes toda declinación muy rápida de fortuna.

Abriendo y cerrando con estrépito una mampara, adelantó hacia mí, de pronto, Rosario, la mujer á quien buscaba yo en mi peregrinación literaria con un fervor no menos digno de respeto que el de los fieles cristianos en *Guadalupe*.

Era una mujer de sangre española, bastante morena y de cuarenta años. Alta y erguida, tenía la majestad de una princesa reinante. Su cabello negrísimo blanqueaba en algunos puntos; sus ojos, de un pardo oscuro, centelleaban en la cavidad de sus órbitas con la inequívoca luz de la inteligencia. Una nariz correcta, unos labios muy rojos, apretados y finos completaban esta fisonomía que debió ser soberanamente hermosa diez años antes, y que produce todavía una impresión agradable por su conjunto armónico, lleno de animación y de vida, profundamente simpático. Hablamos, y desde el principio me expliqué la fascinación que ejerció esta Rosario sobre los poetas que allá en su mocedad habíánla cantado co-





AL REGRESO DEL CAMPAMENTO

mo á una diosa. No presume de literata; jamás ha compuesto un verso, pero recita admirablemente los versos de sus amigos y de otros notables bardos. Tiene un timbre de voz melodioso, una manera de decir que subyuga, porque da á cada palabra y sin aparente esfuerzo, el tono más apropiado para su efecto, cual si estuviera sintiendo idénticamente con el autor.

El resumen de mis conversaciones con Rosario, respecto á Acuña, lo daré aquí en forma de diálogo para conservar en lo posible

su exactitud. Debo sí, advertir, que estas conversaciones, las tuve algún tiempo después de mi presentación á ella, y cuando en el seno de la confianza amistosa, comprendió que no me guiaba, al hablarla sobre ciertos asuntos, por una impertinente curiosidad.

—¿Cómo hizo usted conocimiento con Acuña?

—Me fue presentado en casa con motivo de sus primeros triunfos poéticos. Mi casa, no lo atribuya usted á pretensión mía, era un centro de reunión preferido por los más distinguidos literatos de entonces. Yo recibí á Acuña

lo mismo que mis padres y mis hermanos como á un buen amigo, sin que él hubiese en el resto de su vida manifestádose de otro modo.

—La fama cuenta, y usted no debe ignorarlo, que Acuña se dio la muerte por los desdenes de la Rosario aquella á quien dedicó su *Nocturno* . . . . .

—Sí, señor, así aparece á primera vista; pero nada es más falso que aquello de que Acuña se haya suicidado por mí.

—¿Usted no le desdeñaba?



—Muy lejos de eso, yo lo quería como se puede querer á los hombres de la naturaleza de Acuña; con admiración y cierto respeto. Ahora, si mi corazón perteneció á otro . . .

—Luégo es cierto que él vivía celoso y que la desesperación le arrastró al suicidio.

—¿Cómo podía yo darme cuenta de ese cariño en un hombre que me trataba como á su hermana, que siempre estaba alegre en presencia mía, que jamás me habló de terribles pasiones ni de violencias? Para que mejor comprenda usted el carácter de Acuña, bástete saber que sus amigos todos le creían escéptico en el amor hasta el punto de concebir imposible que se apasionase exclusivamente de una mujer. Cuando vino á casa, ya sostenía relaciones estrechas con una poetisa notable. Yo no podía ignorarlo, y si de broma aludía alguna vez á estas relaciones, Acuña se manifestaba un buen muchacho contento de su felicidad y nada exigente.

—Muy extraño es lo que usted dice, y más extraño aún, que un poeta sincero y de la talla de Acuña haya querido engañar al mundo en su último trance.

—¿Usted no comprende que yo no tengo tampoco por qué mentir? Si fuese una de tantas vanidosas mujeres, me empeñaría por el contrario, con fingidas muestras de pena, en dar pábulo á esa novela de la que resulto heroína. Yo sé que para los corazones románticos no existe mayor atractivo que una pasión de trágicos efectos cual la que atribuyen muchos á Acuña; yo sé que renuncio, incondicionalmente, con mi franqueza, á la admiración de los tontos, pero no puedo ser cómplice de un engaño que lleva trazas de perpetuarse en Méjico y otros puntos. Es verdad que Acuña me dedicó su *Nocturno* antes de matarse, es verdad que conservo el original de esa composición como un tesoro inapreciable, pero es verdad también que ese *Nocturno* ha sido un pretexto y nada más que un pretexto de Acuña, para justificar su muerte; uno de tantos caprichos que tienen al final de su vida algunos artistas . . . ¿Sería yo en su última noche una fantasía de poeta, una de estas idealidades que en algo participan de lo cierto, pero que más tienen del sueño arrebatado y de los vagos humores de aquel delirio? Tal vez esa *Rosario* de Acuña, no tenga nada mío. fuera del nombre!

—Perdone usted que no dispense entero crédito á sus palabras. ¿Qué significan entonces las expresiones amargas y tan concretas de ese *Nocturno*? ¿Cómo fingir tan admirablemente bien lo que no es verdadero en el corazón de un hombre que va á matarse? Recuerde usted los siguientes alejandrinos:

Comprendo que tus besos jamás han de ser míos,  
Comprendo que en tus ojos no me he de ver jamás;  
Y te amo, y en mis locos y ardientes desvaríos,  
Bendigo tus desdenes, adoro tus desvíos,  
Y en vez de amarte menos te quiero mucho más.

A veces pienso en darte mi eterna despedida,  
Borrarte en mis recuerdos y hundirte en mi pasión,  
Mas, si es en vano todo y el alma no te olvida,  
¿Qué quieres tú que yo haga, pedazo de mi vida,  
Qué quieres tú que yo haga con este corazón?

Y luégo que ya estaba concluido tu santuario,  
Tu lámpara encendida, tu velo en el altar;  
El sol de la mañana detrás del campanario,  
Chispeando las antorchas, humeando el incensario,  
Y abierta allá á lo lejos la puerta del hogar.....

—Todo eso es fantasía pura. Yo amaba, es cierto, á otro hombre, al único á quien me he sentido obligada por el cariño toda la vida; á Flores, á quien usted seguramente ha conocido de fama . . . pero, ese poeta no me nos desgraciado que Acuña, y que ha muerto posteriormente en mis brazos, ese hombre que no sospechaba tener un rival en su amigo Acuña, se encontraba en aquellas circunstancias fuera de Méjico. Le repito á usted que Acuña no pudo estar quejoso de mí porque siempre fui amable con él y no usé de ese rigor á que alude en sus versos, porque ni

lugar siquiera me dio para tal rigor . . . Es bien difícil, amigo mío, la causa que yo defiendo, pero tengo todavía en mi apoyo una prueba que es concluyente . . .

—Veamos aquella prueba.

—Acuña nació tan inclinado al suicidio, que debía matarse más temprano ó más tarde, conociendo ó no conociendo á esta Rosario á quien condenan las apariencias. Pertenecía el poeta á una familia desequilibrada, no cabe ya duda alguna.

—Cuidado con esa afirmación que es muy grave y puede parecer calumniosa por lo difícil que es dar las pruebas . . .

—¡Las pruebas! Todos hoy en Méjico las conocen: dos hermanos de Acuña se han suicidado con posterioridad á él. Ya usted ve que eso no puede ser una casualidad sino una degeneración morbosa de que existen por desgracia muchos ejemplos.

Las razones últimas de Rosario dejéronme convencido.

Familias hay de suicidas, como las hay de físicos y cardíacos. Acuña, con poseer una inteligencia de primer orden, con ser tan gran poeta, llevaba escondida en lo más íntimo de su sér aquella desesperación muda, aquel profundo disgusto de la vida que precipita ordinariamente al suicidio, cuando se ponen determinados sentimientos en conjunción. No le acusemos de loco, porque aquello también es una injusticia. Sentir con mayor viveza que otros el dolor, no resistir á la pena que algunos sobrellevan con estoicismo, será una debilidad puramente animal, pero no un total eclipse de la razón. Hiperestesia no quiere decir locura. Ella, por el contrario, es á las veces, generadora de muchas obras sublimes de arte que significan para su autor angustia horrible, llantos é insomnio, tensión nerviosa que enferma, incubadora fiebre que mata.

Después de visitar á Rosario he reflexionado mucho en si era ó no conveniente transmitir al público las noticias que recibí de sus labios. Como esas noticias acrecen en interés á la distancia que se halla Méjico de nosotros, no he vacilado al fin en hacerlo. Perldóneme pues Rosario, que por complacer á mis lectores de Sud América, donde tiene tantos admiradores Acuña, haya trazado las anteriores líneas que aclaran un punto obscuro en la historia del infortunado poeta. . . . .

## ROMA DECADENTE

### LA FARSALIA Y EL SATIRICÓN

#### II

En los cinco primero siglos de Roma, que son casi tenidos como mitológicos, no existían ni la elocuencia militar que á tan alto grado llegó después, ni la prosa y la poesía que son hoy orgullo de los hombres y fuente deliciosa para la cultura del espíritu. Toda inspiración vino de Grecia, y puede decirse que la literatura romana fue como un eco de la literatura griega, que no llegó á perder sus acentos, y que produjo el siglo de Augusto, digno en todo del siglo de Pericles.

Fue por la poesía dramática que comenzó la literatura latina. El teatro en Roma era copia del teatro de Atenas, en donde se recitaban las piezas imitando el estilo helénico. Livio Andrónico modificó el verso saturniano, encanto de los faunos, que engendró el verso yámbico de la Musa sensual de Anacreonte. Nevio y Ennio copiaron á Eurípides y á Esquilo. Plauto, poeta pornográfico se hizo rico con sus traducciones y comedias. Terencio, agradable y malicioso copió á Meneandro. Lucilio imitó en sus sátiras á Eupolis y á Aristófanes, y dio gran movimiento á la poesía, porque, aparte de su estro inagotable, era el primer noble romano que se había dedicado con buen éxito á las Bellas Letras, y que despertó la ambición en la aristocracia á igualar la nobleza de la inteligencia.

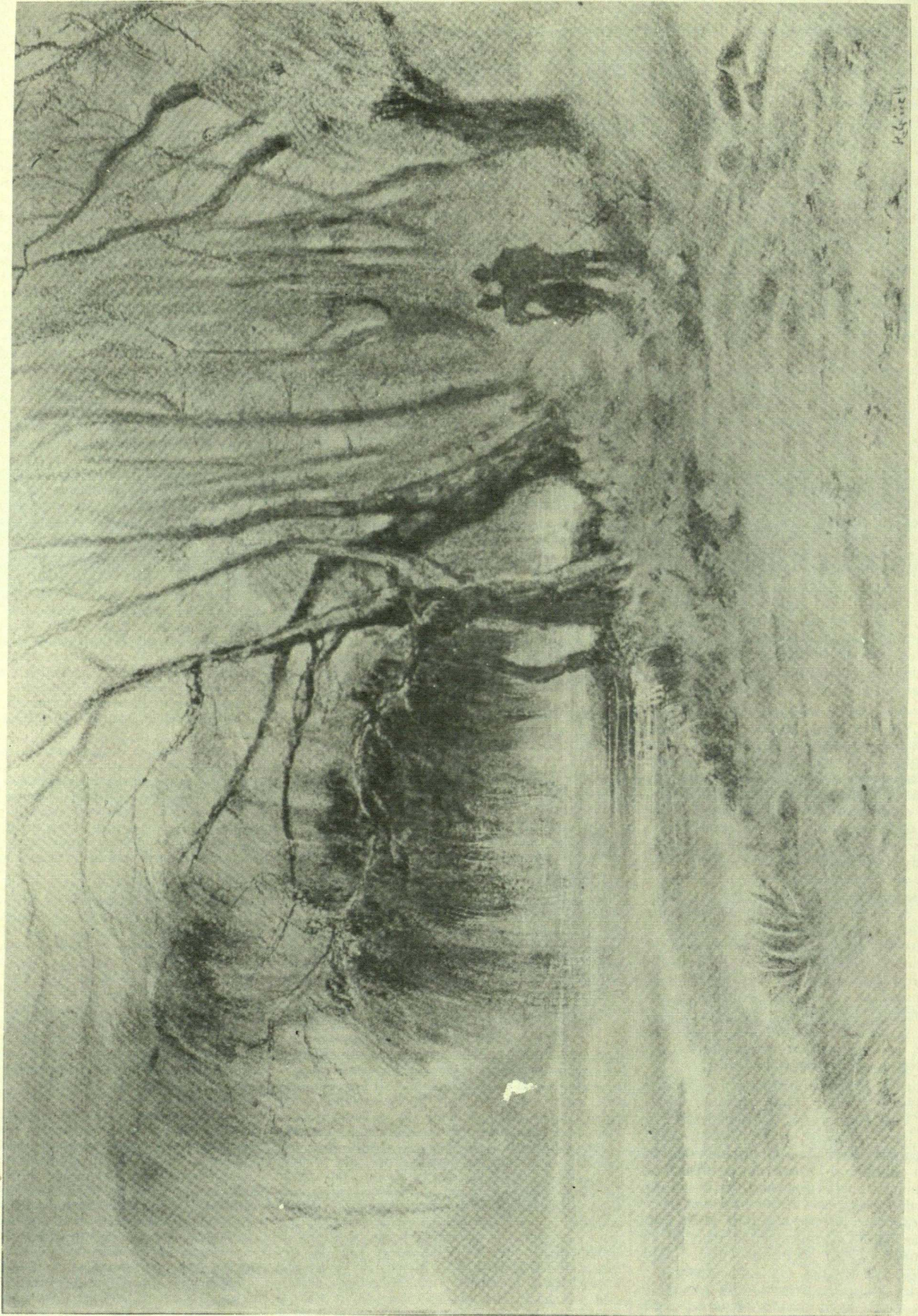
Desde entonces comenzó á evolucionar la inspiración en el Parnoso Latino, buscando nueva savia productora que llevase sangre legítima á las venas de los filósofos é historiadores, y que diese nuevas riquezas y más puros colores á la imaginación y al sentimiento de los poetas. En esa senda encontramos á Lucrecio y á Cátulo. Lucrecio, inspirado en la filosofía de Epicuro, cantó á la Naturaleza, y embelleció el materialismo en su celebrado poema *de rerum natura*; en donde el bardo de la lira excéptica niega la existencia distinta del alma, la vida futura, la Providencia, y rechaza todo lo que no pertenezca á la materia y al espacio. Su poema consta de seis libros, y abarca todo el materialismo moderno, desde los primeros pasos de la especie humana, su formación, sus luchas primitivas, hasta sus ideas sobre el amor, que explica como fisiologista y como físico. Cátulo es el contraste de Lucrecio, es un artista que vive puliendo y rimando sus frases.

La épopeya llegó á su apogeo con Virgilio, poeta que después nadie ha llegado á igualar, y cuyo nombre rivaliza con el de aquel ciego sublime que cantó á Troya, y á quien el mundo no ha cesado de escuchar á través de los siglos, á pesar de la incesante renovación de ideales. Hay una unión íntima entre Homero y Virgilio, y parece que la *Iliada*, la *Odisea* y la *Eneida* han venido á señalar el límite de grandeza á que puede aspirar la poesía. Virgilio tuvo el tacto de apartarse de los poetas de la decadencia griega, que estaban á la moda en Roma, y sólo muy de lejos siguió á Teócrito, el inspirado poeta de Siracusa, prefiriendo dirigirse por otra vía más consona con su filosofía melancólica. Las *Bucólicas* y las *Eglogas* son poesías pastorales, ramielletes de flores azules y bellas como el cielo de Italia. Las *Geórgicas* han quedado como la obra maestra de la poesía didáctica, en que el majestuoso hexámetro recorre toda la cultura de la tierra, y extrae jugo purísimo de la uva, educa las ovejas, unce el buey al arado, y recoje la sabrosa miel que las abejas preparan en la colmena. En las *Geórgicas* está vaticinado el genio que con la *Eneida* llevó la poesía latina á la altura de la poesía griega. La *Iliada* y la *Eneida* pintan las primeras luchas de dos pueblos, que como los dos poetas que los cantan, son igualmente inmortales en la historia humana; porque, quizás, la superioridad de Homero sobre Virgilio, es la misma que la del pueblo griego sobre el pueblo romano: el privilegio de haber nacido algunos siglos antes.

La poesía lírica tuvo su esplendor con Horacio, el de las odas eróticas, el del estro delicado y elegante, nuevo Píndaro, que pulsando las cuerdas más armoniosas de su lira, echa al aire sus canciones llenas de melancolía, y sus sátiras, llenas de irónico escepticismo. Su genio es caprichoso y refinado, y así como se nos presenta enamorado y sonriente, con exquisita sensibilidad, también lo vemos franco, cruel, y hasta vanidoso con sus enemigos. Es el poeta más característico del siglo de Augusto, el que mejor representa aquel medio intelectual de la edad de oro, cuando todavía no habían perecido todos los ideales, pero que no se conocía otra religión que el placer, ni otros móviles que los halagos prometidos en el suntuoso palacio del imperio. Verdadero poeta, se apasiona por Bruto el austero, y lucha con él en los Filipos; se entrega después al ilustre Mecenas, y lo sigue muy de cerca á la tumba, á consecuencias de la nostalgia en que lo deja la muerte de su bienhechor.

En la elegía aparece como el primero de los poetas, Ovidio, el cantor de Corina. Su Musa es sensual, amante apasionada de los labios rojos y de los ojos voluptuosos. Vive muy lejos de las vírgenes, pues las vestales no sirven sino para mantener el fuego sagrado y apagar en el corazón la alegría de vivir, rechazando la juventud y el amor, ideal de toda diosa decadente. Ovidio sigue inmediatamente á Propercio





ORILLAS DEL MANZANARES.—Dibujo de Hortensio Güell.— Madrid



y á Tibulo, pero los sobrepasa en inspiración y en genio. Dadle á su Musa vino generoso y excitante, un sol que queme la sangre, y una guirnalda de pámpanos para su frente, y no cesará de cantaros hasta que caiga sobre un diván, ebria de ensueños, perfumada, y con los párpados pesados de deseos.

Ovidio es ya la primera grada del decadentismo, y detrás de él siguen como una bandada de cisnes, cantando, amando, odiando y riendo, Pedro, Lucano y Petronio, Perso, Juvenal y Marcial.

\*\*\*

Lucano, sobrino y discípulo de Séneca, se afilió al estoicismo, única tendencia filosófica que había quedado en Roma como salvaguardia del honor, porque todos los ideales habían huido ansiosos de nuevos horizontes, asfixiados por falta de libertad. La tiranía lo había destruido todo, los hombres honrados escaseaban, el amor á la patria había desaparecido, y el pueblo no pedía sino diversiones á trueque de crueldades. Ni bajo las ruinas de la grandeza romana se encontraban restos perdidos de la antigua tradición. Séneca sostenía con la austeridad de sus dogmas la moral práctica, y sus discípulos luchaban por conservar en las conciencias la idea del deber. Pero todo fue en vano. Donde echa su saliva un déspota no nacen flores. Y los poetas jóvenes fueron desertando del ejercicio de la virtud, para ir á ocupar un sitio en los festines de Nerón. La poesía estaba reducida á improvisaciones de sobremesa, para alabar los vicios del Emperador. Lucano era de los muy contados que no asistían á esas orgías, y mientras sus compañeros escanciaban la copa del placer y paseaban sus Musas desgrefiadas, prostituidas, y temblorosas de miedo, Lucano, para consolar el dolor de la patria desgarrada, escribía la *Farsalia*, poema de la Guerra civil, abundante en bellezas y en colores que deslumbran, cuajado de discursos que son joyas de la elocuencia, y de maravillosas descripciones, aunque falto de unidad y de armonía.

La mayoría de los críticos, al juzgar esta obra, no han tenido en cuenta la época en que fue escrita, ni los azares del poeta, que hacía estrofas á escondidas, temiendo á cada instante ser sorprendido por los esbirros de Nerón, que le había prohibido escribir versos. Otros no consideran á Pompeyo digno de ser el héroe de un poema en que figura César, sin reflexionar, que para ese entonces Pompeyo era más grande que César, y que sólo el transcurrir de los siglos ha hecho de César el primero de los romanos, y ha ido empujando la silueta desgraciada del vencedor de Mitridate. La crítica ha insistido mucho en los defectos de un poema, que, sin duda alguna, su autor no pudo terminar ni corregir. Sin embargo Lucano, es un escritor original, que no introdujo en sus cantos dioses y personajes mitológicos, como era de rigor en toda epopeya; y negarle el título de poeta sería injusto, y humillante para los cantores que no han llegado á su altura.

Leyendo la *Farsalia* sentimos la agonía de la República. Tiempo atrás, cuando Sexto Tarquino violó á Lucrecia, la vimos vestida de novia en los brazos del primer Bruto, ahora se nos aparece envuelta en un sudario, sin velo y sin azahares. Pompeyo, fugitivo, va á buscar la muerte entre los satélites de Ptolomeo, Cornelia da gritos en medio del mar, y el viejo Cordo cava la arena á toda prisa para ocultar los manes sagrados del dominador del África. Cuando César victorioso entra á Alejandría, los vasallos del rey para ofrecerle el imperio del Nilo, le presentan la cabeza de Pompeyo. César, avergonzado, recuerda á Julia y piensa en Roma, pero muy pronto olvida al héroe infortunado ante la belleza tentadora de Cleopatra, como para hacer legítima la *Venus Victrix* que triunfó en los campos de la Tesalia. Catón conduce los restos de la armada, atravesando las peligrosas selvas de la Libia,

en donde perecen muchos de sus oficiales, mordidos por las serpientes venenosas que pueblan aquella ingrata región. Aulo, joven abandonado, pisa una dipsada; el guerrero siente que sus entrañas se secan, y que sus intestinos se deshacen; arroja el estandarte que las fuerzas de los hombres no llegaron á arrebatarle en las batallas, y vuela como alocado por la selva en busca de una fuente para apagar la sed que lo consume. Desesperado, se abre las venas para beber su sangre. Una sepsis muerde á Sabelio; el soldado valeroso la arranca de la pierna y la clava en tierra, pero la herida se alarga cada vez más, y sus huesos y sus nervios se contraen, y la piel se rompe, y el cuerpo se convierte en una enorme úlcera. Murro, herido en una mano por un basilisco, saca presuroso la espada y separa la mano del brazo de un solo corte, salvando así la vida. Se asegura que el basilisco mata hasta á las plantas que sienten su aliento, y que las otras serpientes huyen al verlo. Násido es atacado por una prester; su cuerpo se infla lleno de pus, y se convierte en un monstruo. Hasta las fieras respetarán su cadáver, que crece cada vez más. Levo es mordido por un víbora, y muere como herido por el rayo; sin embargo, fue el más afortunado, porque los romanos, en sus refinamientos, llegaron á pagar este reptil á peso de oro para darse la muerte.

De aquí puede deducirse la importancia que tienen en la *Farsalia* Pompeyo, César y Catón. ¿Cuál es el verdadero Aquiles, ó el Eneas verdadero del poema? En cada parte es alguno de ellos. Pero en el fondo de todos tres está oculta Roma, la Roma infortunada de Pompeyo, la Roma esclava de César, la Roma virtuosa de Catón. Y Lucano canta á la República muerta por sus propios hijos, á la Patria degenerada, que, ni suspira al recordar las grandezas pasadas, ni llora como una huérfana vestida de luto al seguir el féretro de la Libertad, que conducen sobre sus hombros los asesinos del derecho del pueblo.

PEDRO CÉSAR DOMINICI.

París: 1896.

## ES LA MATERIA MOVIMIENTO?

II



ADA ejerce tanta influencia en la evolución de nuestras ideas hacia una concepción exacta del mundo exterior como el conocimiento de nuestras limitaciones físicas é intelectuales: para ello hay que definir lo conocido hasta hoy en el todo y en sus partes; pero antes de hacer la reseña de cada una de sus provincias, ó entrarse por veredas que conducen por lo común al desierto donde campea el espejismo de las palabras sin sentido, papel moneda de las ideas como bien las llama un escritor, ó bien tropezar por otro lado con selvas impenetradas ó impenetrables; bueno es primero abarcar su campo inmenso, y divisar sus fronteras, que no fijarlas; pues por donde quiera nos detiene el finis-terre, no más allá de la naturaleza.

En el proceso de las cosas todo es relativo: la sensación y lo sentido; la idea y su objeto, la inteligencia y la materia, son términos que van siempre acoplados, y si uno desaparece el otro deja de existir. Debe uno guardarse contra la tendencia inveterada á dar valor absoluto á nuestras impresiones, y más si se agrega el error que lleva siempre consigo la primera impresión que recibimos, y que á despecho de ser superficial, ó quizá por lo mismo, poco nos cuidamos de verificar después. Es por eso de esencial utilidad hacer el estudio y la consiguiente atenuación ya que no eliminación completa de esa que podría llamarse aberración mental y que al igual de la aberración de las lentes no depende de estas en sí mismas sino de la conformación especial de nuestros órganos.

Dejando á un lado las limitaciones intelectuales, cuestión de muchos bemoles y que no puede tratarse así así á corre pluma, pasaremos á la que ya inicié

en mi primer artículo: nuestra concepción de la materia.

Aunque las pruebas aducidas entonces son de fuerza decisiva podrían aparecer escasas por estar circunscritas á una sola faz de la cuestión y dejan cierto vacío; las verdades de la física no nos satisfacen por completo, sentimos que falta allí algo que nos una al mundo de fenómenos que ella nos presenta. A llenar este vacío viene la fisiología con acopio de verdades nuevas que confirman con mayor énfasis el veredicto de la primera.

Ante todo, deseo aclarar un punto que puede prestarse á malas interpretaciones, y es este: al preguntar ¿será la materia movimiento? ni es mi intento probar, ni creo que TODO sea movimiento, sino que las manifestaciones de la materia serían imposibles sin el movimiento, el cual á su vez no puede existir sin un substratum causa prima de nuestras sensaciones... en fin sin *algo* que se mueva.

Si por ejemplo sostenemos un peso de diez kilogramos en la mano, un cuerpo ligero como un grano de maíz nos parece luego completamente desprovisto de peso; después de haber comido azúcar ó miel los manjares ordinarios no nos saben á nada; al acercarse una rosa á la nariz sentimos el perfume en toda su fragancia, pero á poco principia á disminuir hasta que al fin la arrojamus por inodora, bien que su perfume se ha conservado intacto. La sordera temporal y á veces definitiva que produce en los artilleros la continua práctica del tiro es otro ejemplo notable. Finalmente, los paisajes más hermosos se nos hacen á la larga indiferentes, y si no que lo digan los caraqueños ¿cuántas veces, no digo por día, cuántas veces por mes dirijimos una mirada al vuelo siquiera á la Silla, ese gigante que se levanta majestuoso, con la majestad de lo inmóvil y lo enorme? Y luego vamos á gastarnos las horas muertas en muda contemplación delante de unos malos cuadros.

El agua fría corriente produce en nuestros sentidos más impresión que el agua estancada á la misma temperatura; y del mismo modo, cuando el viento sopla sentimos más frío que si el aire estuviera en calma, aunque en este último caso el frío fuera más intenso en realidad.

La falta de fijeza en las sensaciones se observa también en los cambios que estas sufren en cada individuo, y en las diferencias de una persona á otra: una sensibilidad más ó menos defectuosa en los órganos por escasez de nervios ó de sangre, y una sensibilidad variable en los individuos según sea su temperamento más ó menos sanguíneo, más ó menos nervioso, hasta alcanzar la vaguedad y deficiencia en las sensaciones que distingue á los linfáticos y anémicos.

Los fenómenos de la luz conocidos con el nombre de "imágenes negativas" proporcionan ejemplos sorprendentes: si miramos atentamente y por largo rato un objeto que presente contrastes salientes de luz y de sombra, y luego volvemos la vista hacia un espacio oscuro, vemos una imagen negativa del objeto; por negativa quiero decir en este caso, que los puntos que en el objeto real eran más brillantes, aparecen ahora los más oscuros en el imaginario, y viceversa. Esto, como todos lo sabemos, es debido al cansancio de las partes de la retina expuestas á la luz más brillante, y á la sensibilidad relativa que conservan las otras partes expuestas á la luz más débil. Hay otro efecto no menos curioso: si contemplamos de cerca y fijamente un papel ú otro objeto de color rojo brillante, y después uno blanco, este nos parece verde, y juráramos que verde es su color verdadero si no *supiésemos* que era blanco de antemano.

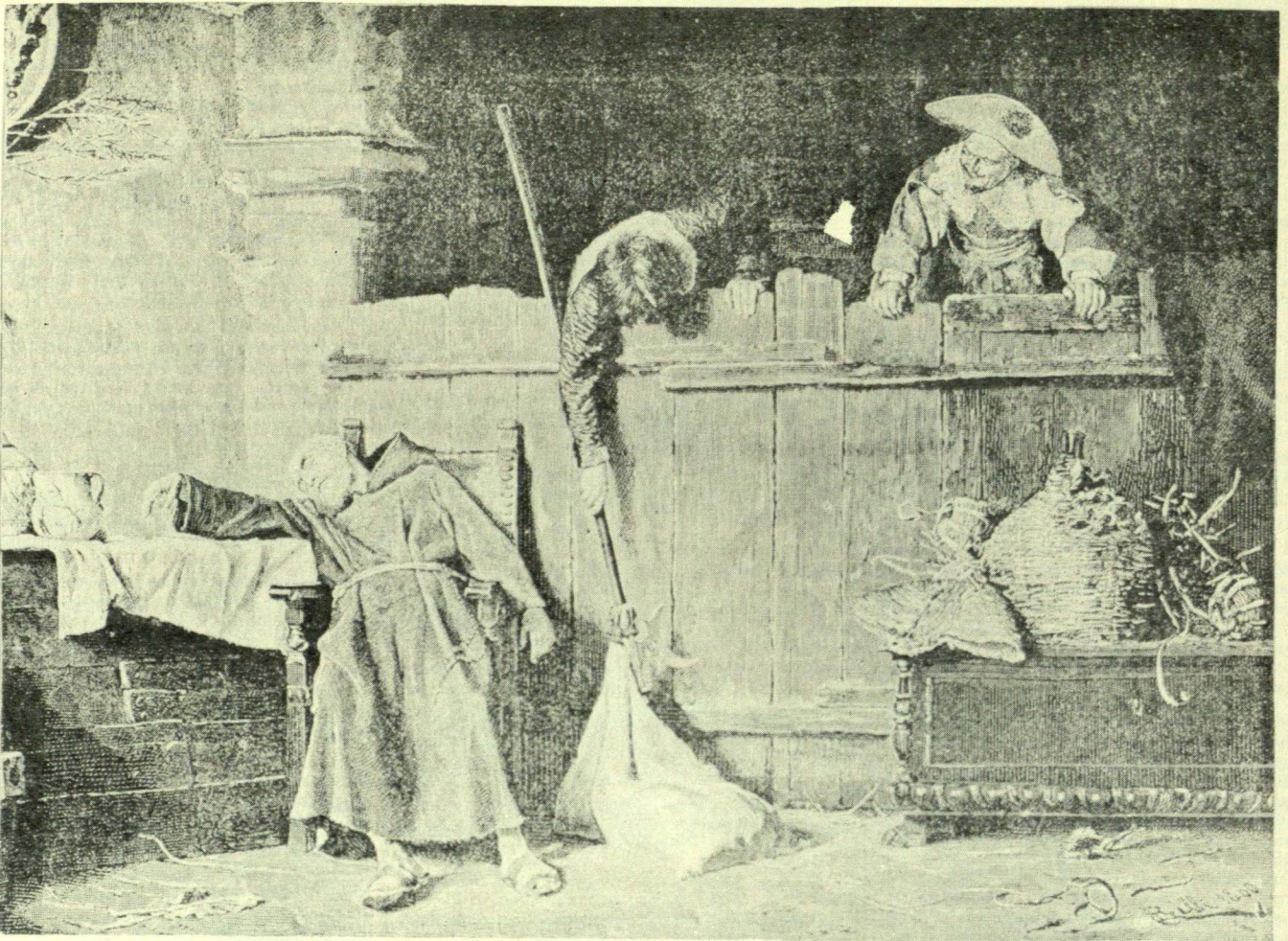
Los descubrimientos admirables de Helmholtz sobre las impresiones auditivas y que han efectuado una revolución completa en la teoría fisiológica del sonido, vienen á disipar la poca confianza en los sentidos que aún nos restaba.

Golpes iguales repetidos no más de 16 veces por segundo los percibe el oído como otros tantos ruidos separadamente; pero si su número aumenta no se los distingue ya unos de otros, y percibimos lo que se llama un *sonido*, cuya existencia como tal depende únicamente de nuestra incapacidad para percibir cada ruido separado con la rapidez necesaria.

El sonido aumenta en altura con la rapidez de las vibraciones, hasta alcanzar el número de 30,000 vibraciones por segundo en que deja de ser audible. Ahora pensemos en las series de sonidos posibles de 40, 50, 60, 100 mil, un millón de vibraciones y en las combinaciones en ese mundo de armonía *latente* en el espacio, en ese concierto de notas extrahumanas que flotan en el éter y que nunca hemos oído ni oiremos jamás!

Y todavía hay que agregar: si conjuntamente con una serie, viene otra de vibraciones más rápidas, pero de menor intensidad, percibimos un cambio en el *tímbre* del sonido; y si á estas se agregan una, dos ó más nuevas series, tendremos todas las dife-





LA OCASIÓN HACE EL LADRÓN. — Cuadro de Relli

rencias en cualidad que distingue á una misma nota producida por diversos instrumentos ó voces. Por tanto el *timbre* no existe tampoco como propiedad simple del sonido.

Si todavía nos resistiésemos á creer á Helmholtz no tendríamos sino observar que el sonido aumenta ó disminuye en altura para el mismo número de vibraciones, según que el cuerpo que lo produzca se acerque á nosotros ó se aleje—otra *ilusión auditiva* que verifica las anteriores.

Müller ha mostrado de un modo brillante que la sensación luminosa no depende en absoluto del agente que llamamos *luz*; para ello hace pasar una corriente eléctrica á través del globo del ojo, y este *ve* al momento una culebrilla de luz, especie de relámpago en miniatura. La más ligera presión en un ojo hecha de cierto modo y en un cuarto oscuro produce una impresión luminosa, como puede producir la todo estímulo que excite el nervio óptico. La luz no es monopolio exclusivo de las vibraciones transversales del éter, ni tiene tampoco existencia propia fuera del mundo orgánico.

Que la sensación sea esta ó aquella, depende del nervio irritado; tenemos por ejemplo que el amoníaco produce ardor en los ojos, olor punzante en la nariz, en la lengua un sabor acre y en contacto con la piel produce un calor que puede llegar hasta quemarlos. La electricidad, produce esa conmoción peculiar en los músculos y se traduce en acidez sobre los nervios sápidos de la lengua. Los rayos del sol producen calor solamente en la piel, y en los ojos luz sin calor, pues Tyndal ha demostrado experimentalmente que la retina es insensible á los rayos caloríficos.

De estas sensaciones diferentes producidas por un mismo cuerpo en los diferentes sentidos ó en estados diversos de un mismo órgano, cuál es la sensación real, la inherente al objeto? cuál es la que depende de su íntima naturaleza? Ninguna, porque entre las sensaciones y los estímulos exteriores no hay proporción ni en cantidad ni en cualidad.

Y si no hay propiedades (ó caso que las hubiere

serán otras desconocidas y extrañas á nuestra conciencia), qué vienen á ser las sensaciones al fin y al cabo?

Una mistificación, una pura engañifa, á lo más símbolos cuya significación es y será siempre incomprendible; no nos queda más recurso que conformarnos con que los objetos todos, sean solo signos ó marcas que, semejantes á sus nombres, sirvan para distinguirlos unos de otros.

Supongamos que nuestro sistema nervioso no estuviera más desarrollado que el de un crustáceo, ó sin necesidad de ir tan lejos, imaginemos nuestra retina desprovista de los elementos sensibles al color verde y á la vez con los necesarios para poder *ver* los rayos infra-rojos y ultra-violetados del espectro; qué resultaría? Los objetos más comunes y con los cuales nos rozamos diariamente no existirían; pero en cambio nos veríamos rodeados de seres extraños, transportados en sueños nunca imaginados, á países desconocidos, en otro mundo y bajo otro cielo.

Nuestro engaño va todavía mucho más allá: la apariencia actual no es actual, lo era sí, un momento antes; nuestros sentidos son demasiado groseros y lentos para *agarrar* el presente. Así es que vivimos en el pretérito.

La estabilidad, el sentimiento de calma que inspiran los valles extensos, los ríos, las montañas y las cosas que duran mucho tiempo.....es una ilusión: desde el infusorio hasta el paquidermo; en los líquenes de la zona helada y en la *sequoia* gigantesca de la California, y desde el átomo invisible hasta las lejanas masas estelares, todo es transformación, movimiento.....vida!

Cada segundo, cada instante es un reactivo que precipita á la naturaleza en nuevos cambios. La impermanencia es el carácter distintivo y supremo de la materia.

La obra de reconstrucción apenas comienza. El siglo XIX ha abierto la vía. Vendrá el XX luego á multiplicar los experimentos en todos sentidos, á

ensanchar el campo de la física y de la química, resolviendo en casos de movimiento las propiedades estáticas de los cuerpos; labor inmensa cuya generalización elevada á teoría, la más vasta y sublime que alcance á concebir el hombre, ha de abrir nuevos é ilimitados horizontes á la ciencia.

CARLOS DIAZ LECUNA.

Baltimore: noviembre de 1896.

DE ANDRÉS THEURIET

LA TRUCHA

—Escolástica!  
—Señor Sourdât!  
—Le recomiendo la trucha.....Mucho cuidado con la salsa y lo demás.....Me entiende usted?

—Pierda usted cuidado, señor; quedará bien sazónada, emperejillada, y con todas las yerbas..... Vaya, si entenderé yo mi oficio!

—Sobre todo, nada de vinagre, sólo unas gotas de limón.....Que el cubierto esté puesto á las once y media y el almuerzo servido á las doce en punto.....No á las doce y cinco minutos, está usted?

Después de estos mandamientos, pronunciados con voz imperativa y breve, el señor Sourdât, juez de instrucción en el tribunal de Marville, se dirigió con ligero paso á su despacho.

Era el señor Sourdât un solterón de cuarenta y cinco años, muy ágil, á pesar de que el vientre le empezaba á abultar; ancho de espaldas, rechoncho, cabezón y calvo, de ojos pardos, cejas gruesas y ásperas, mirada dura, boca grande, labios delgados y coléricos, y mejillas morenas, rodeadas de mal pergeñadas patillas; en suma, una de esas caras de dogo, que le hacen decir á uno: "Este no debe ser bueno todos los días!"

Nó, por cierto, no era bondadoso el señor Sourdât, y de ello se jactaba. Déspota y atrabilioso, trataba con aspereza á todo el mundo en el tribunal. Duro como piedra para los acusados, áspero con los



testigos, agresivo con los defensores, un verdadero cardón; el que se le acercase mucho se picaba.

Sin embargo, este hombre de hierro tenía dos flacos. Primero, era su nombre de pila *Nemorino*, lo que daba ganas de reír; y luego era glotón como él solo. Su gastrología refinada y sabia era ya manía. En la pequeña ciudad de su residencia, donde los placeres de la mesa constituyen la única distracción de la gente acomodada, las exigencias culinarias del juez, llamaban la atención. No comía sino peces, pescados al despuntar del día, porque el reposo de la noche y la ausencia de emociones hacía más delicada la carne del animal. Fue él quien imaginó meter los cangrejos en un baño de leche hirviendo, antes de condimentarlos con el guiso apropiado. Esto les daba, decía él, cierta delicadeza particular, de gusto singularmente exquisito.

El día en que participó este descubrimiento al cura de San Víctor, su amigo, el buen sacerdote hubo de ruborizarse, y juntando las manos, exclamó:

—Ya es demasiado, señor Sourdat.....es lícito gustar con discreción de las cosas buenas, pero la exagerada sensualidad es pecado mortal, y de ella tendrá usted que dar cuenta á Dios.

\*\*

A los piosos escrupulos del cura, respondía el juez con una risa mefistofélica. Uno de sus goceos malignos era inducir en tentación á su venerable vecino, y precisamente aquella mañana le esperaba á almorzar, junto con el escribano. Había recibido la víspera una trucha magnífica, pescada en agua clara y pedregosa. Era su pescado favorito, y el cocimiento de tan fino bocado le había tenido muy ocupado toda la mañana. La trucha debía servirse fría y con toda su salsa, como quien dice, en su propio jugo. Esto era para él un principio tan absoluto como el dogma, tan indiscutible como las prescripciones del Código Penal.

Había entonces pendiente un grave asunto criminal que tenía conmovida la magistratura, y cuyas dramáticas circunstancias contrastaban singularmente con las preocupaciones gastronómicas que ofuscaban el cerebro del señor Sourdat.

Una mañana de la semana anterior, habiase encontrado, en el bosque inmediato, el cadáver de un guarda-bosque que había sido asesinado. El crimen se había cometido junto á una estación de carboneros; pero de la información resultaba que esa gente estaba ausente, la noche del suceso y que los hornos habían quedado al cuidado de la hija del maestro carbonero. Sin embargo, el juez Sourdat había dado la orden de arrestar á uno de los jornaleros, sobre quien recaían sospechas, por haber tenido éste recientemente una porfía con el guarda asesinado. Además, había llamado á su despacho á la hija del carbonero; y aquí era donde empezaban á oscurecerse las cosas, porque la muchacha no se presentaba, y el juez había tenido que echarle encima los alguaciles.

Serían las diez, cuando se apareció un gendarme.

—¿Qué hay?—gruñó impaciente el juez.

—Pues nada, señor: en vano hemos registrado el bosque.....La chica ha desaparecido; y aun tiene en cuidado á los carboneros.

—Comedia pura, exclamó contrariado Sourdat. Esa gente se está burlando de nosotros.....Había que prenderlos á todos.....Sois muy torpes..... Idos!

Y vio el juez su reloj. Las diez y cuarto. Había que inspeccionar el comedor antes de que llegasen los convidados. Quitóse pues la toga, y se volvió á casa.

\*\*

El comedor, claro y alegre, con sus frescas pinturas y su mesa cubierta de limpio mantel, en que se veían blanquíssimos panes, y vinos rubicundos y rojos, contenidos en garrafas de terso cristal, estaba como para incitar á un muerto. Entre verdes y bien olientes perejiles, ostentaba la trucha su vientre plateado, con pintas rojizas, y en su puntiagudo hocico veíase una rosa encarnada. A su lado la correspondiente salsa exhalaba un aromita que recreaba las narices.

Iba aplacándose el mal humor del juez, cuando se abrió violentamente la puerta, y oyóse una voz de mujer, que decía:

—Quiero hablar al juez; él me aguarda! Y forzando la consigna entró una mujer en la sala.

\*\*

Era una jovencita, casi una adolescente, flaca, asoleada, destrenzada. Iba en andrajos. El calor y el camino habían encendido su rostro. Sus ojos brillaban de fiebre; sus narices dilatadas y su boca entreabierta estaban temblando.

—¿Qué significa esa batahola?—gruñó el juez, frunciendo las cejas.

—Es la carbonerita, respondió el portero; llegó al tribunal cuando usted acababa de salir; y me ha seguido hasta aquí como rabiosa, para que usted oiga su declaración.

—Ah!—rezongó el juez, vienes muy de prisa, muchacha, después de haberte hecho esperar durante tres días!.....Por qué no has respondido más pronto á mi citación?

—Mis razones tenía, dijo ella, devorando con los ojos la aderezada mesa.

—Apreciaremos esas razones!—repuso, airado, el juez, y la cuenta puede salirte cara!.....Sacó el reloj:—Las once menos cuarto.....Hay tiempo aún.....Secretario, escriba usted.....Vamos á interrogar.....

—Cómo os llamáis?—preguntó con dura y breve voz.

—Melina Sacaél.

—Edad y domicilio?

—Diez y seis años.....Vivo con mi padre que hace carbón en la venta de los Once-Puentes.

—Juráis decir verdad?

—Sólo para eso he venido.

—Bueno.....estábais en la venta, la noche del dos al tres; cerca de vuestro horno ha sido asesinado el guarda Seuriot.....Contadme lo que sepáis.

—Lo que yo sé, ahí va!.....Nuestra gente se había ido llevando carbón á Stenay, y yo me quedé vigilando los hornos. Hacía las dos, el leñador Manchín pasó por delante de mí.—Mucho madrugáis, le dije, están bien por allá?—No, me respondió; la mujer tiene calentura, y los chicos hambre; no hay un pedazo de pan en la cabaña, y yo me voy á matar una liebre para venderla en Marville. Le perdí de vista, pero en la mañana oí un fusilazo, luego una carrera y palabras acaloradas: "Miserable, gritaba el guarda, te he cogido *in fraganti*!—Seuriot, clamaba el otro, déjame la liebre, se mueren de hambre en casa!—Vete al diablo, dijo el otro, y se agarraron.....á poco cayó el guarda.....yo toda nerviosa me había agazapado.....Manchín se fué corriendo.....No sé más nada.

—Y por qué no habéis venido antes á decir eso?

—Porque no me interesaba; y además no quería denunciar á Manchín.

—De veras? pero hoy habéis cambiado de modo de pensar, según parece?

—Es porque he sabido que acusan á Gustín.

—Y quién es Gustín?

La chica se ruborizó, y dijo:

—Es un mozo carbonero, incapaz de matar una mosca!.....Mire usted, siguió diciendo con salvaje vehemencia, al pensar que se le quería enredar en culpas de otro, me ha dado un vuelco el corazón, y he echado á correr, y aquí estoy! No sentía cansancio.....hubiera seguido marchando hasta mañana,.....y hasta el fin del mundo, si hubiese sido menester, porque tan cierto como hay Dios, nuestro Gustín es inocente de todo! Estoy pronta á jurarlo, metiendo mis manos en el fuego.

Hablaba con tal animación, que aparecía bella á pesar de sus harapos; su selvática y apasionada elocuencia tenía un acento profundo de sinceridad, y el terrible juez se sentía dominado por la energía con que aquella niña defendía al Gustín.

—Hola!—exclamó él, de repente, viéndola palidecer y tambalearse, que tenéis?

—La cabeza me da vueltas.....ya no puedo más, balbuceó ella.

El juez, asustado, le sirvió un vaso de vino.

—Pronto, bebe!

Atolondrado y perplejo estaba el solterón en presencia de esta muchacha, que amenazaba desmayarse. No se le ocurría incomodar á Escolástica, que estaba muy afanada en la cocina; y consultaba con despavoridos ojos al secretario, que masculaba su pluma.

—Es un síncope, observó éste, tal vez necesite comer.

—Tienes hambre? preguntó el juez.

—Perdone usted, respondió la muchacha con voz débil.....no he tomado nada desde ayer; y esto me habrá aturrido.....

M. Sourdat se estremeció. Por primera vez en tantos años sintió ablandarse su pecho de solterón. Pensaba que aquella frágil niña había caminado leguas para sacar á su compañero de las garras de la justicia.....Tres leguas, por lo menos, al calor del sol, y en ayunas todavía.....Esto conmovía sus fibras más sensibles. En su confusión, miró desesperado la mesa. La trucha? La ensalada?.....comida de gentes hartas.....á fe mía! y heroica, violentamente, atrajo el plato en que se pavoneaba

la incitativa golosina y cortó una gran tajada, que puso en un plato delante de la carbonera pasmada; y haciéndola sentar:

—Come! díjole imperiosamente.

No hubo necesidad de repetirselo. Se puso á comer vorazmente. En pocos minutos quedó vacío el plato, y M. Sourdat, heroico hasta el fin volvióse á llenar.

Los ojos del secretario se redondeaban. No conocía ya al juez. Admiraba, no sin cierto sentimiento de pesar el robusto apetito de aquella carbonera, que devoraba el exquisito pescado, sin más ceremonia que si se hubiese tratado de un arenque salado, y murmuraba en sus adentros: "Sin embargo, es una lástima.....Una pieza tan hermosa!....."

\*\*

En este momento, abrióse la puerta. El tercer convidado, el señor cura de San Víctor, de sotana nueva y tricorno debajo del brazo, entró en la sala, y se detuvo, sorprendido ante el extraño espectáculo de aquella salvajita sentada á la mesa del juez.

—Demasiado tarde! señor cura, refunfuñó M. Sourdat, se acabó la trucha!.....Y le contó la historia de la carbonerita.

Suspiró el buen sacerdote, comprendió la grandeza del sacrificio; y luego, entre conmovido y sonriente, dio una palmada al juez en el hombro, diciéndole:

—Señor Nemorino Sourdat, vale usted más de lo que cree! En verdad, le digo, todos sus pecados de gula le serán remitidos en precio de esta trucha, que no hemos comido.

C. L. M.

## PSICOPATÍA

Á POMPEYO GENER



SA tarde mis amigos se habían marchado ya, y en la mesa donde yo los teníamos la costumbre de tomar el ajeno sólo quedaba el doctor Lariviere, un viejo fastidioso á quien yo no dirigía casi nunca la palabra.

Durante media hora ni el doctor ni yo despegamos los labios:—él leía *El Tiempo* con atención minuciosa,—yo recorría rápidamente todos los periódicos del día, buscando algo nuevo, algo que pudiese interesarme, algo firmado por un amigo, algo, en fin, que no fuera el eterno artículo sobre la triple alianza, sobre la alianza franco-rusa ó sobre la cuestión de Oriente y el equilibrio europeo. Pero nada, en los diarios no había nada digno de ser leído, ni siquiera la crónica de un escándalo mundano ó el relato de un crimen; nada. Y sin embargo el doctor seguía leyendo sin levantar los ojos, sin moverse, como si tuviese entre las manos un libro de Edgardo Poe ó de Balzac.

—¿Qué aventura extraordinaria lee usted con tanta atención, doctor?

Mi pregunta le pareció, sin duda, muy irónica. Su respuesta fue dura:

—Leo—me dijo—lo que me da la gana.

—Lo comprendo—repuse sin darme por enojado—pero ¿es muy interesante lo que lee usted en *El Tiempo*?

—Todos los periódicos serios—contestóme—son dignos de ser leídos con interés; y si usted no encuentra nada que le guste ni en *La Libertad*, ni en *La Gaceta*, ni en el *Diario de los Debates*, la culpa no es de usted mismo, ó mejor dicho de su enfermedad.

“¡Mi enfermedad!” La frase me pareció curiosa. ¿De qué enfermedad quería hablarle el doctor? Porque, en verdad, yo siempre había sido robusto y á nadie más que á Eliodoro de Cramentino, un escritor italiano discípulo de Lombroso; de Max Nordau y de Pompeyo Gener habíasele ocurrido llamarme



“masoquista degenerado en grado máximo” á causa de mi novela sobre los misterios carnales del ocultismo parisiense.

—¿Pero realmente cree usted que estoy enfermo?—le pregunté.

—Sin duda ninguna; y si usted desea saber de qué, le diré que de todo ó de casi todo, del intelecto, de los nervios, de la voluntad, de lo más interesante, en fin, y de lo más grave.

La respuesta del viejo sabio me hizo pensar en mi pobre amigo Marcelo, el poeta místico de las *Rimas Odiosas* que había escrito un libro entero para tratar de probar que todos los que no pensaban como él eran locos ó enfermos.

—Lo malo, doctor, es que para esas males que usted descubre en mi organismo, ningún farmacéutico vende remedios y ningún médico da recetas.

—Se equivoca usted, caballero. Hoy el estudio de esos padecimientos que hace veinte años eran calificadas de “signos característicos del temperamento,” está más adelantado que el conocimiento de ciertas enfermedades tan antiguas como la fiebre tifoidea y el cólera morbo asiático. Desde Charcot hasta la fecha, hemos andado mucho, mucho, mucho; y después de trabajar pacientemente entre la indiferencia del público en general y las burlas malévolas de los profesores rutinarios, en particular, hemos conseguido, por fin, fundar sobre bases sólidas, sobre cimientos experimentales, la más interesante de las ciencias modernas, la ciencia de las enfermedades ideológicas y sensitivas. . . . La fiebre es desagradable y peligrosa ¿quién lo duda?; también la tesis es peligrosa y desagradable, nadie lo niega; pero los tuberculosos y los calenturientos saben desde luégo á qué atenerse, conocen sus dolencias y pueden tratar de curarse con píldoras antiguas é higienes tradicionales, en tanto que los pobres hombres que como usted parecen sanos y que sin embargo sufren de males psíquicos, padecen y mueren por lo general sin darse cuenta de que llevan en el fondo de sus seres degenerados un verdadero cáncer moral. . . . Y si usted supiese lo numerosos que son en el mundo del arte y del pensamiento los que sufren casi sin saberlo! . . . Durante el mes pasado más de cien colegas de usted vinieron á mi clínica de psicopatía. . . . Pobres muchachos! . . . Venga usted también, venga usted pronto; su mal no debe aún de estar muy arraigado. . . . y además los medicamentos son tan agradables, casi sólo lecturas sanas, reacciones estéticas y morales, aventuras que obran de una manera refleja en el sistema nervioso. . . . venga usted. . . .

### III

Una mañana fui á la clínica donde el doctor ejercía sus funciones de analista espiritual y de curandero psicológico. Fui por pura curiosidad, como quien no siendo supersticioso va á que le digan la buenaventura.

Lo que primero me llamó la atención al encontrarme en la “Clínica” fue la modestia casi miserable de la estancia: en el fondo había un sofá; junto al sofá una mesa cubierta de libros; luégo unas cuantas sillas; y nada más.

Cuando yo llegué ya casi todas las sillas estaban ocupadas por personas que esperaban su turno.

—El número cinco!—dijo el doctor en alta voz.

Un caballero que ocupaba el primer asiento, levantóse y fué á sentarse al lado del viejo sabio para explicarle los síntomas de sus males ocultos:

—Yo, señor—le dijo— soy pintor; tengo treinta años y nunca he pasado un día en cama; pero desde hace algún tiempo. . . .

—Baje usted la voz—ordenó el doctor.

Durante algunos minutos sólo se oyó, en la vasta pieza desmantelada, el murmullo in-

comprensible del enfermo que hablaba, y la tos seca é impaciente de los que esperaban.

Yo me fijé en el doctor y casi no le reconocí. Parecíame transfigurado como por arte mágica. Ya no era el anciano que solía venir á tomar su aperitivo en el café de Francisco I. Al través de los lentes espesos sus ojos brillaban de un modo singular; su frente de pergamino era más vasta; sus manos se movían nerviosamente en un ritmo casi febril; su cabellera blanca, echada hacia atrás, tenía reflejos metálicos y ondulaciones juveniles; todo su sér, en fin, vibraba y se estremecía.

Cuando el “número cinco” acabó de hablar, el sabio le dijo:

—Está bien, señor Coriolis; mañana mismo recibirá usted mis primeras instrucciones.

¿Coriolis? . . . ¿En dónde había yo visto escrito ese nombre? . . . ¡ah! sí; en los catálogos de las grandes exposiciones de pintura y en los folletines de crítica de arte. . . . Pero ¿sería ese mismo el famoso Coriolis, el artista célebre, el colorista cuyos cuadros llenos de sol y de vida fecunda cegaban á los miembros del Instituto?

### III

—El número doce!

Nadie se dio por entendido.

—El número doce!

Un caballero que se hallaba á mi lado me indicó que “el número doce” era yo.

Al reconocerme, el doctor se puso de pie.

—Venga usted—me dijo;—y me llevó á una pieza vecina en la cual no había mueble ninguno.

Cuando estuvimos solos, estrechéme la mano con verdadera efusión y me dio las gracias.

—Las gracias. . . . ¿y por qué?

—Por haber venido, señor, nada más que por haber venido. Usted es uno de los casos que más interesantes se me figuran; usted representa para mí, el más intenso mal interior en la más completa robustez exterior; usted será uno de mis “casos” favoritos. Pero desgraciadamente usted ha venido tarde y ya no tenemos tiempo de hablar seriamente, por lo cual dejaremos la consulta para mañana. ¿Qué piensa usted de mi clínica?

—Me parece muy curiosa, sobre todo por los que la frecuentan; todos son personas de distinción en apariencia y ninguno de ellos parece enfermo. . . . A propósito, ¿quién es ese Coriolis que tenía el número siete? Supongo que no es el joven pintor rival de Dercamps.

—Ese es, ese mismo.

—¿Y está enfermo?

—Casi tanto como usted; no hay más que ver sus obras para comprenderlo; su titulación cerebral es aguda y profunda; le obliga é buscar matices que no existen en la naturaleza, á tratar de descubrir detalles invisibles, á combinar sus colores de manera que produzcan reflejos inverosímiles. ¿No ha visto usted su gran lienzo de. . . ? Esos prismas de luz filtrada y esas gamas complicadas de tonos puestos sobre tonos pálidos bastarían para asegurar que el autor está gravemente enfermo de titulación, de un vicio supremo, como diría ese gratomano de Peladán. Y además este mal se complica en él con la satiriasis ideológica como lo indica el cuerpo desnudo, cubierto de pompas de jabón de su figura principal, al lado del cuerpo de la negra, desnudo también y hecho con amor, con entusiasmo doloroso. Entre mis clientes sólo Durtal presenta un caso de titulación erótica tan serio como el que en usted spongo.

—Pero ¿también Durtal está enfermo; Durtal, el historiador artista, el admirable autor de la *Historia de Gil de Rez y del ocultismo en la Edad Media*?

—También. . . .

### IV

Las revelaciones profesionales del doctor comenzaban á interesarme, á preocuparme, á inquietarme.

Que Coriolis estuviese enfermo y que tratara de cambiar su modo de sentir, podría pasar; pero que Durtal, mi querido y admirable maestro Durtal cuyo estilo y cuya filosofía eran para mí sacramentos literarios, no se creyese sano de espíritu y recurriese á Larivière para curarse, me parecía un sacrilegio, casi un crimen intelectual.

El doctor prosiguió:

— . . . Sí; también Durtal. . . y no así como quiera sino gravemente. Todas sus obras son verdaderas producciones de maniático y de degenerado. En cada página escrita por él se ve sin dificultad la debilidad vacilante del intelecto con más el deseo de gustarse á sí mismo con el objeto sin consciencia de saciar una sed insaciable de fantasías diabólicas, orgullosas y obscenas. Fijese usted en sus cuadros lascivos y lea usted en seguida las más escabrosas historietas de Boissenon. . . . ¡qué diferencia tan visible! . . . lo que dice hoy Durtal es sin duda menos indecente que lo que hace un siglo dijo aquel libertino; y sin embargo cuán grande es la distancia moral que separa al cuentista del siglo XVIII de nuestro contemporáneo! Aquel escribía después de comer; escribía alegremente, como quien cuenta una anécdota verde, sin atormentarse, sin buscar medios complicados para dar perfume y color á la frase: sus cuentos son “sanos” y casi no son inmorales en el verdadero sentido de la palabra, porque hacen reír y presentan el Vicio por su lado cómico. No así las descripciones pretenciosas del cronista de *Gil de Rez* que busca en la lengua escrita sonoridades bastadas, llenas de languideces agonizantes y de pasiones sobrenaturales. . . .

### V

Luégo el doctor me habló de Claudio Larcher y de Charles Demailly, dos novelistas admirables, amigos míos, que habían escrito algunos libros adorables sobre el amor moderno.

—Los dos están enfermos—decíame Larivière;—los dos sufren de grafomanía aguda. Demailly sobre todo me apena seriamente á causa de su carácter sentimental y de su irritación nerviosa. Larcher, al menos, es lo que se llama un “sonriente,” un “espiritual,” un hombre que se deja llevar por el deseo de asustar y que en vez de dominar á la frase, se pliega ante las exigencias de la composición y del estilo. Estoy seguro de que entre Larcher y Demailly hay una gran diferencia. . . .

### VI

Un caballero abrió la puerta de la estancia y vino á saludarnos.

—Espéreme en la clínica—le dijo el doctor.

Luégo, mirándome fijamente:

—¿Ha visto usted á ese joven?—me preguntó.

—¿Quién es?

—René Vincyl.

—¿El autor del *Sigisbeo*, el poeta que fue casi genial en su primera obra, que trató de suicidarse y que ahora escribe novelas ridículas dignas de Jorge Sand?

—Ese mismo. . . sólo que sus novelas son muy estimables. . . Es el más antiguo de mis parroquianos. . . es mi orgullo. . . ¿se acuerda usted de las circunstancias de su tentativa de suicidio? Pues bien: como entonces yo era el médico de su familia, me llamaron, y le calmé físicamente, y más tarde le salvé también intelectual y moralmente. . . . ¡Pobrecillo! Su amigo Larcher le había llenado de locuras el cerebro. Yo eché al fuego todos sus manuscritos y durante la convalescencia no le permití que leyese sino libros sanos, las obras de Labiche, de Sarcy,



de Jorge Sand; luégo le aconsejé que escribiera novelas equilibradas. Y allí le tiene usted, gracias á mi regimen, siendo un literato digno de competir con el autor de *Sergio Panine*. . . Pero ya hemos hablado demasiado y es necesario que le abandone á usted. Adiós, hasta luégo . . . hasta mañana . . . mañana comenzaremos.

## VII

—Hasta mañana—le dije.

Pero naturalmente no volví nunca. ¿A qué había de volver? ¿á que me curase convirtiendo mi locura en idiotéz? No; yo he tomado ya mi determinación definitiva; y puesto que en el mundo de las letras es necesario escoger entre la burguesía y la enfermedad, me quedo con la enfermedad.

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.

## VENECIA

(FRAGMENTOS DE MI CARTERA DE VIAJES)

## EL PALACIO DUCAL



ENTRAMOS al Palacio por la Escalera de los Gigantes, á la cual dan este nombre dos estatuas colosales de Mercurio y de Marte, situadas en la parte superior.

En la dilatada recorrida que dimos por el vasto edificio, visitamos con interés las cámaras de los abo-

gados, que eran los guardianes del Libro de Oro de la nobleza veneciana.

Después entramos á la Sala del Gran Consejo, que se componía de los individuos inscritos en el Libro de Oro, y constituían la nobleza fundamental de la República.

Luégo á la Sala del Escrutinio, donde se elegían los cuarenta y un nobles que á su vez debían elegir al Dux.

Aquellos espaciosos salones están literalmente tapizados con obras maestras del Tintoretto, del Vicentino, del Veronese, y de otras notabilidades del arte.

Todas las famosas batallas ganadas por los venecianos, y todos los actos que de algún modo los enaltecen, están perpetuados por la pintura y por el cincel.

Al ver aquellos salones, al pensar en la grandeza de aquella República, tan ordenada, tan aristocrática y tan poderosa, que paseó sus escuadras por todos los mares; que hacía temblar el continente; é impuso un día su voluntad en el Imperio Bisantino; llegué á dudar de que la democracia, cuyo admirador en alto grado soy, sea el mejor sistema de gobierno.

Sólo las cosas serias perduran; y acaso, en los gobiernos sucede lo mismo. Por eso la República veneciana vivió mil y cien años, hasta cuando el funesto Napoleón, que dividía la tierra con su espada como si fuese un plato de postres, la entregó maniatada al Austria en el tratado de Campoformio.

La República de Venecia pasó, al fin, como todo lo humano, pero dejando huellas indelebiles de su sabiduría; trofeos de gloria que eternizarán su fama; monumentos que serán la admiración de los siglos.

Nuestra curiosidad nos llevó á visitar *Los Plomos*, prisiones de estado de la República.

Causa horror pensar que, entre aquellos muros de piedra, privados en absoluto de la luz del sol y de todo trato que no fuera el de un carcelero mudo é implacable, hayan expiado entre cadenas, tántos hombres ilustres, el llamado crimen de Estado, que acaso no fuera otra cosa que el culto de una libertad más amplia, elevada á dogma en el presente siglo y reverenciada por los gobiernos mismos.

Es preciso un guía con hachas encendidas para penetrar en aquellas *antesalas de la muerte*, más fías aún y más pavorosas que las profundidades del sepulcro!

Impresionados con los recuerdos que nos traían los espantosos Plomos, volvimos á los salones del Palacio.

No recuerdo en cuál de ellos están los retratos de los Dux, pero no me olvidaré jamás de que hay entre la numerosa colección un cuadro cubierto con espeso velo negro, cuadro que llamó mucho nuestra atención.

Es el retrato de Marino Faliero, aquel Dux decapitado en 1355 por haber conspirado contra las instituciones.

¡Terrible justicia la de aquel pueblo!—Tras de la muerte física la muerte moral, á que sirve de mortaja aquel velo fúnebre que despierta siempre la curiosidad, para que, aun después de cinco siglos, y eternamente, sea maldecido el nombre del magistrado que hizo traición á la República.

Los ojos se cansan de ver, el pensamiento se fatiga de evocar recuerdos, cuando se recorre la historia de aquel pueblo heroico y afortunado, escrita en lienzos, mármoles y bronce por la mano del Arte, quien á tiempo que sublima, mantiene palpitantes los sucesos al través de las edades.

Llegada la tarde nos fuimos á dar un paseo por el Gran Canal, que es el *rendez-vous* obligado de la gente de buen tono.

Era una tarde del mes de mayo. Las brisas marinas corrían dulcemente rizando la superficie de las aguas.

Millares de góndolas se deslizaban sin ruido, ya subiendo ya bajando, por ambos lados, donde lucían sus ojos negros y sus cabellos castaños las hermosas venecianas.

Notables son los ricos palacios que hacen del Gran Canal una vía monumental, donde se admiran construcciones de todos los estilos y de todas las épocas.

La luz del sol se nos apagó en aquella excursión, y fue al favor de la claridad de la luna como terminamos la deliciosa recorrida.

El gran Canal de Venecia no tiene igual en el mundo, pero yo no puedo describirlo como los novelistas y los poetas. Lo he visto á los 46 años, y en esa edad no se mira tanto el lado hermoso como el feo de las cosas. Lejos de mi compañera y de mis hijos, llevaba siempre una espina en el alma, y en el pensamiento cierta vaguedad, que no me permitía fijar la atención en el lado pintoresco; lado que resalta constantemente á los ojos nuevos y á los corazones satisfechos.

Venecia no se parece á ningún pueblo del mundo, y su rareza es lo que atrae allí gran número de viajeros que llenan sus magníficos hoteles y dan vida á su comercio.

Es una ciudad más bien triste que alegre; falta el ruido de los carruajes y de los caballos en sus estrechas callejuelas.

No negaré que es poética: donde quiera que hay aguas tranquilas y cielo claro, encuentra el alma dulce solaz, y el pensamiento imágenes risueñas.

En la edad del amor y de las ilusiones, á la apacible claridad de la luna, debe ser delicioso pasearse en góndola en compañía de la mujer amada, recoger sobre su frente los cabellos desordenados por la brisa, y hacerle ver como se reflejan sobre el fondo movidizo, aquellos palacios que parecen soñados, con sus cristales de mil colores, sus infinitas luces y sus cornizas doradas.

Pero mis impresiones tenían que ser muy distintas.

El cadencioso canto del enamorado gondolero no podía resonar en mis oídos sino como un lamento, ó como las notas tristísimas con que la paloma torcaz despidió los últimos arboles de la tarde.

F. DE SALES PÉREZ.

## COSTEÑA

Mulatica, tus labios son rojos,  
Remeda tu talle gallardo bambú,  
Y tienes tan grandes, tan negros los ojos,  
Que todas no saben mirar como tú.

Estatua de Venns en bronce tallada,  
Tu chal blanco y oro parece alnicel.  
Y quema tu larga pestafia rizada  
El fuego no extinto del sol de Israel.

Al par que una mano reposa en tu falda  
Con otra abanicas tu lánguida faz,  
Y el hombro turgente, la mórbida espalda  
Tu hamaca sostiene brindándote paz.

Un aire de fuego los campos agosta,  
Se ven á lo lejos las olas hervir,  
Y dobla su tallo la flor de la Costa  
Que anhela indolente la siesta dormir.

No duermas, mulata: mirándote inerte  
Vendrán las abejas tu boca á picar;  
Amor, cual abeja, ni avisa ni duerme  
Y quiere en tus labios sus dardos clavar.

Son griegas tus formas, tu tez africana,  
Tus ojos hebreos, tu acento español;  
La arena es tu alfombra, la palma tu hermana  
Te hicieron morena los besos del sol.

En ébano y bronce por Dios modelada  
Te esconde la playa, te arrulla la mar,  
Tus negros cabellos en trenza encrespada  
Te envuelven el rostro, reflejo de Agar.....

Feliz á quien ames..... Feliz el que vibre  
Cual la arpa islamita del rey trovador,  
Mirándote hermosa, besándote libre,  
Tendida en la hamaca, soñando en su amor.

Mulata: las flores ya pliegan su broche,  
Las olas se alejan, la playa está en paz.....  
Reposa tranquila, que el rey de la noche  
Sus besos de fuego derrama en tu faz!

No temas, dormida, las iras de Oteló.  
Si viene tu amante tu encanto á buscar,  
Serán tus antorchas los astros del cielo,  
Serán sus arrullos los tumbos del mar.

JUAN DE DIOS PEZA.

## SOL Y LUNA

(DE LONGFELLOW)

Ayer al mediodía vi la luna  
Tras una nube diáfana de armiño  
Y su pálido disco parecíome  
La cometa de un niño.

Ayer leyendo estuve al mediodía  
De un místico poeta las canciones,  
Y al ruido mundanal me parecieron  
Fantásticas visiones.

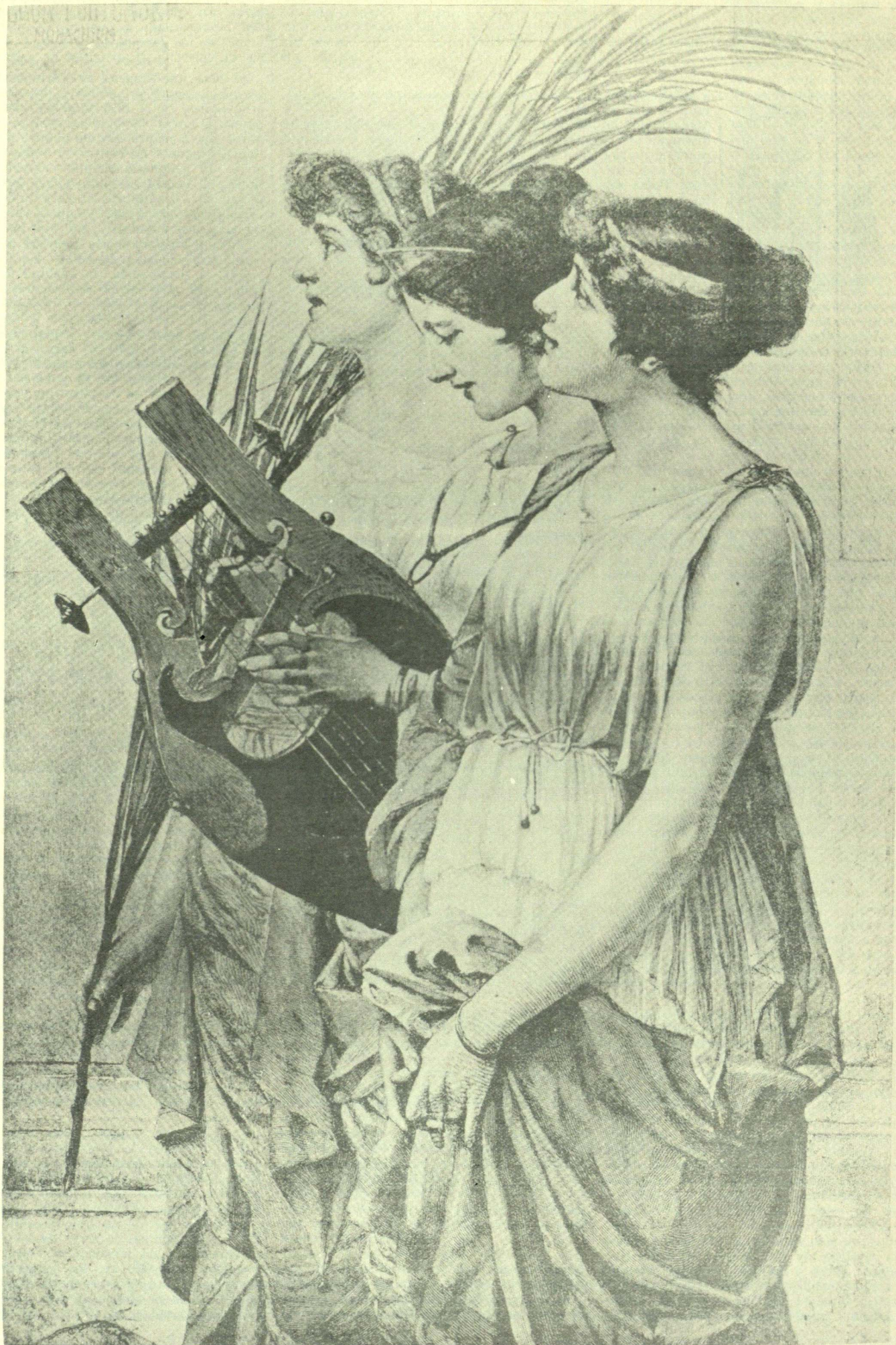
Como las ilusiones pasajeras  
El sol desapareció en el oceano,  
Y la noche tendió su negro velo  
Sobre el monte y el llano.

Miré después la majestuosa luna  
Como una faz gloriosa en el espacio,  
Vertiendo sobre el reino de las sombras  
Su lumbre de topacio.

Volví á oír las estrofas del poeta  
Y al sonar como cantos en mi alma,  
Comprendí su belleza y su misterio  
De la noche en la calma.

JUAN E. ARCIA.





LAS BELLAS ARTES - Cuadro de León Fortunski



## ESPAÑA

MISCELÁNEA LITERARIA, CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA



A actual temporada cómica en Madrid, no se distingue por la representación de obras nuevas. Pocas son las que hasta ahora se han estrenado; menos las que han tenido éxito que pueda lisonjear á sus autores.

En el teatro español continúa la buena costumbre de poner en escena obras de nuestros autores clásicos, y durante los cuatro días últimamente transcurridos, se ha representado *La verdad sospechosa*, de Juan Ruiz de Alarcón, autor que, como nadie ignora, es uno de nuestros mejores dramaturgos del siglo XVII. Una numerosa y muy distinguida concurrencia ha acudido á solazarse con la audición de aquella hermosa obra, sin rival en su género. Nuestros periódicos, al hablar de este que bien podemos llamar acontecimiento, recuerdan como circunstancia que halaga nuestro orgullo nacional, que *La verdad sospechosa*, ya desde los tiempos de su aparición, tuvo y ha seguido teniendo, celebridad europea, por haberla traducido, copiado ó imitado Pedro Corneille, el gran trágico francés, de quien se cuenta haber dicho que por ser autor de ella daría dos de sus mejores obras y por haberla Moliere alabado hasta el extremo de decir que si no la hubiese leído no se habría sentido con aptitud para escribir comedias. Corneille la tradujo ó la arregló con el título de: *Le menteur*, é hizo realmente una obra admirable; pero, fiado en datos erróneos, publicados en España por aquellos tiempos, incurrió en el error de atribuir *La Verdad sospechosa* á Lope de Vega. Creyeron los franceses de entonces—y en esto les siguen algunos de nuestros tiempos,—que el arreglo ó imitación hecha por Corneille, vale más que el original español: pero esta aseveración ha sido victoriosamente rebatida por el juicio imparcial de críticos ingleses y alemanes que han mediado en el litigio entre franceses y españoles. Son curiosos los siguientes párrafos del prólogo que el mismo Corneille puso á su comedia, arreglada ó traducida del español. “He compuesto—dice—*El Mentiroso* para contentar los deseos de muchos que, á fuer de franceses, gustan de variar, y tras tantos poemas graves con que nuestras mejores plumas han enriquecido la escena, me pedían una obra alegre á propósito para divertirlos.....No me he resuelto á bajar de tan alto sin asegurarme, tomando un guía, y me he dejado conducir por el famoso Lope de Vega, para no perderme entre la multitud de enredos que urde el tal *Mentiroso*: en una palabra, esta es una copia de un excelente original dado á luz con el título de: *La Verdad sospechosa*; y, fiándome de Horacio que permite á poetas y pintores atreverse á todo, he creído que, no obstante la guerra de ambas coronas, me era lícito negociar con España. (Corneille escribió esto estando rotas las relaciones diplomáticas entre España y Francia).—“Si tal especie de comercio—sigue diciendo—fuese delito, mucho ha que sería culpable, no sólo porque en el *Cid* me valí de don Guillén de Castro, sino también porque en *Medea* y aun en el mismo *Pompeyo*, pensando fortificarme con el auxilio de dos latinos, tomé el de dos españoles, Séneca y Lucano, cordobeses dos dos. Quien no

quiera perdonarme esta inteligencia con nuestros enemigos, aprobará á menos que los saqué, y ya que no se mire éste como hurto ó como empréstito, me ha estado tan bien, que presumo no será el último que haga en aquel país.”

*La verdad sospechosa*, inspirada en un perfecto conocimiento del corazón humano prescindiendo de las galas del lenguaje y de los admirables rasgos de ingenio que constituyen la trama del enredo, será en todos tiempos y en todos los lugares, una obra agradable y de actualidad. El mentiroso ideado por nuestro escritor en el siglo XVII, es el de todos los siglos. La obra ha sido arreglada á las necesidades de la escena moderna, y con mucho acierto, por don Rafael María Liern. Ruiz de Alarcón nació en Méjico, y vino á España; por lo tanto, no es sólo una gloria española; lo es también americana.

En el *Teatro Español* se están ensayando dos nuevos dramas: *La Tierra baja* de Guimerá; y *El señor Feudal*, de Dicenta; obras que probablemente proporcionarán trabajo á nuestros críticos hasta ahora ociosos.

Don Eugenio Méndez y Mendoza, nos presenta en un tomo editado y elegantemente impreso por la Empresa EL COJO, una serie de artículos críticos de costumbres caraqueñas, publicados de un año á esta parte en esta Revista ilustrada, honra y prez de Venezuela.

Confieso sentirme perplejo ante la obligación que de emitir mi parecer acerca de este libro me he impuesto. Fácil misión sería la mía si en él no hubiese un hermoso prólogo escrito por mi distinguido amigo y notable literato venezolano, don Manuel Fombona Palacio; con decir que se trata de un trabajo al par que ameno educativo para escribir el cual se ha acudido á los recursos que la sana razón y el buen gusto literario y artístico aconsejan, saldría de mi apuro. Diría también que no cabe mayor acierto que el mostrado por el autor de *Chanzas y Verdades*—título del libro—en la difícil tarea de armonizar la intención, siempre agresiva del que censura y reprende, con el deber de ser tolerante y de adaptarse á las exigencias de la realidad; deber ineludible en todo moralista que aplica las facultades del espíritu á tratar de cosas objetivas. El señor Fombona dice todo eso mejor que yo, con más extensión y profundidad, en los hermosos párrafos que constituyen el prólogo del libro: por consiguiente, habré de limitarme á algunas sencillas observaciones que he apuntado durante la lectura de *Chanzas y Verdades*, que no han de añadir nada substancial á lo que ya han dicho el señor Fombona y, probablemente, algún otro escritor venezolano.

Lo primero que he notado en los artículos del señor Méndez y Mendoza, es al escritor de corte castizo y puro; durante la lectura, más de una vez me he distraído del fondo del asunto para fijarme en la forma, con la deleitación que produce siempre lo bello, y, lo confieso ingenuamente, con el deseo de perfeccionarme en la difícil tarea de expresar breve, bien y claramente lo que el entendimiento concibe. Es necesario remontarse á nuestros mejores escritores en este género, para encontrar trozos semejantes á los que podría citar en algunos de los capítulos del libro del señor Méndez. Además de la corrección de la frase, hay allí estilo lleno, fuído, y entonado sin afectación. Familiarmente ligero sin ser vulgar, nuestro autor, aparece al alcance del más indocto, sin olvidar nunca las exigencias del arte; no es muy cáustico, pero á menudo dicante; es expresivo y concreto en sus des-

cripciones, sin asomo de naturalismo grosero. En conclusión, leyendo al señor Méndez he recordado á nuestro Mesonero Romanos en las *Escenas matritenses*, y á Larra en su colección de artículos de costumbres.

Se dirá que exagero, pues Mesonero abarca más, muestra propósitos é intención trascendentales, y se dirá también que no se parece á Larra en el dejo amargo y pesimista que á cuanto escribió nuestro gran crítico distingue. Es cierto: el señor Méndez no se ha propuesto ahondar en ciertas cuestiones; al encontrarse ante ellas, levanta tímidamente la punta del velo y lo deja caer como temeroso de ver lo que cubre: cuando más insinúa algo para que los demás lo vean y nuestra cierta comezón de satisfacer curiosidades indiscretas. Pero el nervio en la descripción, la facultad de penetrar en lo más íntimo del asunto que trata, cualidades que distinguen á aquellos dos autores, se revela claramente á través de los temas, aparentemente superficiales, que en *Chanzas y Verdades* se exponen. No toca, ó toca sólo muy ligeramente á la filosofía, á la religión, á la política y á la literatura; pero en lo poco que, acerca de ellas dice, muestra disposiciones y aptitudes para ir mucho más lejos del punto en que se detiene, quizás sólo por efecto de las circunstancias en que escribe. Intente el señor Méndez levantar el vuelo, ó mejor, resuélvase á ello, y ascenderá seguramente á donde otros han llegado.

Mérito sobresaliente es también en el señor Méndez, el tacto con que camina por entre escollos en que puede tropezar y despeñarse. No hiere á nadie, ni á personas, ni á colectividades, y si lo hace, es con tal tino que le pone fuera del alcance de toda queja razonada. En los artículos *Falta de aire* y *La Vaca*, hay chiste é intención agresiva: en *La fiesta religiosa*, puede ver algún creyente perspicaz al volteriano de salón: en *El qué dirán*, la amarga filosofía de las deficiencias de la condición humana; pero expuesto y dicho con agradable superficialidad, á veces más aparente que real. En el artículo *Soliloquios de ahora y siempre*, colección de pensamientos sentenciosos sobre temas morales, hay algunos muy nuevos, y todos elegantemente expresados.

Trabajos como el del señor Méndez y Mendoza, son, además de amenos y educativos, muy convenientes hasta para la historia de los pueblos á que se refieren. Desde que la Historia no es la recopilación de sucesos puramente políticos y militares; desde que es en ella indispensable la contribución de lo que los ingleses llaman *folk lore*, descripción de las costumbres de cada población y de cada comarca, libros como el de que hablo, cuando están bien hechos, constituyen una labor trascendental y sería. El género es difícil porque requiere carácter observador, ilustración, gran conocimiento de la sociedad en que se vive, saber ahondar en el seno de los asuntos sin apartarse de la superficialidad de intención y de la sencillez en el estilo. Por esto en Venezuela, además de la aceptación del vulgo de las gentes, los trabajos del señor Méndez, han merecido el justo aplauso de los hombres pensadores.

En el Ateneo científico y literario de Madrid, continúan las cátedras de estudios superiores, de cuya inauguración hablé en una de mis últimas Revistas. Muy interesante ha sido la lección en que el señor Menéndez Pelayo empezó la serie de las á él encomendadas. Al exponer el objeto que se propone, “estudio de los polígrafos españoles”—explicó el concepto ó significación que da á la palabra polígrafo: el docto catedrático la aplica al estudio de los escri-



tores que más han influido en la cultura general de España, desde los tiempos antiguos; y, muy especialmente á los que, por haber cultivado diversos ramos de la ciencia, pueden llamarse polilógicos ó enciclopedistas. El orador indicó que, prescindirá de los escritores exclusivamente literarios ó científicos, por más que sus obras hayan contribuido á la general cultura. Entrando en la exposición de plan general de su estudio, el señor Menéndez Pelayo, habló de la España romana cuya cultura personificó en Séneca, el gran filósofo que ya entrevió la moral basada en la unidad de Dios y del Universo. Al llegar á la época visigoda, disertó breve pero con admirable precisión y profundidad, sobre las obras de San Isidoro, el sabio arzobispo de Sevilla que tanta influencia ejerció en la vida intelectual y política de España, en aquellos tiempos.

Hermosa fue su descripción de la cultura intelectual en la España árabe. La figura Avarroez, aparece por encima de todos los sabios de aquel tiempo, y los averroistas formando escuela aparecen así mismo, durante más de un siglo, en la cumbre del movimiento intelectual. Personificó la España judaica, en Maimonéder, á quien llamó el Santo Tomás de la raza hebrea. En los siglos XIII y XIV, en la España cristiana, la cultura intelectual aparece representada en Raimundo Lulio y en Alfonso el Sabio; y, llegado el Renacimiento, surgen Luis Vives, Arias Montano, Suárez y Nebrija, de todos los cuales hizo el docto profesor concretas pero magníficas semblanzas. Al llegar á los siglos XVII y XVIII, estimó el señor Menéndez Pelayo tan desarrollada la cultura en España, que considera difícil ó imposible personificarla en uno ó dos individuos, como había hecho al referirse á los siglos anteriores; esto no obstante, después de algunas observaciones, acabó por señalar como personificaciones de la cultura del siglo XVII al gran Quevedo, á Nicolás Antonio y al obispo Casamuel, y de la del siglo XVIII á Feijóo, Jovellanos, Hernán y Panduro. En lo tocante al siglo XIX, por razones fáciles de comprender, el señor Menéndez dijo que le era totalmente imposible señalar á nadie, razón por la cual no entraba en el estudio de nuestra época. Tal es el índice biográfico de los grandes escritores españoles que el disertante se propone estudiar en las sucesivas lecciones.

Dos conferencias acerca del interesante tema: la Antropología en España, ha dado en el Ateneo el señor Antón Ferrandiz. Habló primero de las razas, y declarándose monogenista, es decir, que considera á las razas originadas de una sola especie, en oposición á los poligenistas que sostienen la existencia inmemorial de razas distintas. Partidario del método de Quatrefages, presentó las razas en tres grupos: blanca ó caucásica; negra ó etiópica, y amarilla ó mongólica. En España no existe la negra, de ella sólo se hallan casos aislados, y si



MARIA DE NUNZIO, Primera tiple de la Compañía de la Opera Italiana

la hubo, se encuentra hoy desvanecida como otras en la masa de nuestra población. Igual ocurre con la amarilla, con la diferencia de que ésta tiene grandes conexiones étnicas con la blanca. Estudió luego las razas en el resto de Europa, afirmando que los caracteres lingüísticos van á la par de los físicos, aunque no siempre. Los esclavos, griegos antiguos, neo-latinos, germanos y los indios, hablan idiomas semejantes, por lo cual se ha sostenido la existencia de una lengua aria y de una raza aria. En Europa se hablan lenguas de flexión, exceptuando los fineses, japones y vascos, que hablan lenguas de aglutinación.

En la segunda conferencia, disertó sobre las razas blancas, pobladoras de España, y expuso las dos distintas teorías sobre el origen de la raza aria: una sostenida por los filólogos, y otra por los naturalistas. La primera supone que los arias vinieron de Asia á Europa, y la segunda que fueron de Europa á Asia; doctrina esta última que acabó por triunfar conviniendo en ella los filólogos, fundándose en la existencia de las raíces de las lenguas arias y de la de nombre comunes de animales y plantas que han vivido y abundado en nuestro continente y no en el asiático. La cuna de los arias—según las últimas investigaciones—fue en las llanuras centrales de Europa.

Disertaba ha pocas noches en el Centro instructivo del Obrero, establecido en Madrid, el señor López Muñoz, desarrollando el

tema "La moralidad pública," y exponía los rasgos generales con que se manifiesta en la realidad esta idea. Decía que el concepto de la moral no responde siempre al fin de la misma; que la relación de la moral es un elemento de orden á que se sujeta todo en la realidad, desde la acción de la naturaleza sobre los átomos que produce las cristalizaciones minerales, hasta la acción de la justicia sobre los individuos, que produce las instituciones sociales. Dijo también que la moral, aun cuando aparece relacionada con la ley divina mediante la rectitud del propósito, elemento puramente individual, no sólo se manifiesta en la esfera de la vida privada, sino también en la pública; en cada una de esas esferas nos lleva al principio eterno del bien: por lo tanto, la moral existe en las instituciones que se dan los hombres para gobernarse; pues ni individual, ni colectivamente es lícito abrigar otro designio que el adecuado al fin propio de la actividad humana: acercarnos siempre á la ley divina, que es la justicia en acción en todas las esferas en que la humanidad se mueve. Recordó con este motivo lo que son, ó mejor, lo que deben ser las grandes instituciones sociales en que se determina el poder público, y sentó la buena doctrina basada en que una sola es la moral, así en el individuo como en la sociedad, y que es absurdo en este punto tener dos criterios: uno estrecho y quisquilloso para la vida privada, y otro amplio y holgado para la vida pública.

Ello es cierto; pero el orador no ahondó suficientemente en la materia; sobre todo al descender á la realidad práctica de la vida social. De hacerlo, habría seguramente dado contra el escollo con que tropiezan cuantos quieren penetrar en el fondo del asunto. Mientras haya en todos los pueblos del mundo, hasta en los que mejor y más sabiamente están constituidos, cosas legales que no son justas y cosas justas que no son legales, los escépticos tendrán razón cuando dicen lo que un refrán popular entre nosotros:

"La justicia es lo que entre cinco quieran tres."

Nuestras Academias han vuelto á sus tareas, después de las vacaciones de verano. La de la Historia ha publicado una reproducción exacta del célebre palimpsesto, conocido por: *Breviario de Aniano ó Código de Alarico*, que data del año 506 de nuestra Era. Es un trabajo que llamará la atención de todos los centros de Europa dedicados á esta clase de investigaciones. Se trata de la escritura más antigua que existe en España. Contiene el texto visigodo, reproducido con 214 láminas, con una introducción en latín comprensiva de todos los detalles del hallazgo y además la exacta versión de dicho texto. El palimpsesto estaba olvidado en el archivo de la Catedral de León, y su descubrimiento se debe á Rodolfo Beer, un sabio extranjero que hacía estudios sobre la Edad Media. Muchos no



menos inteligentes que él, habían pasado por aquel archivo, sin fijarse en la importancia del documento. La traducción del texto visigodo se debe al ilustrado catedrático de paleografía don Jesús Muñoz, ya difunto. Invirtió en ella dos años, y es un trabajo que honra su memoria. El primer ejemplar que ha salido de los talleres en que se ha hecho la impresión, fue presentado, ha pocos días, á S. M. la Reina Regente, por los académicos que han dirigido los trabajos, señores Cárdenas, Fita, Menéndez y Pelayo, Rada, Delgado, Danvila é Hinojosa. Cuentan los periódicos que la augusta dama leyó, ante la comisión, el texto visigótico, como un paleógrafo consumado, sin acudir á la transcripción latina.

Murió en Madrid el general Riva Palacio, un literato americano distinguido y muy apreciado en España, en donde ha representado oficialmente á Méjico, su país natal, durante muchos años. Era escritor y poeta, colaboraba en nuestros principales periódicos y revistas literarias, su casa estaba abierta siempre á todos los cultivadores de las letras y, de las artes: frecuentaba nuestros centros de ilustración y era correspondiente de las Academias de Lengua y de la Historia. En Madrid era admirado y muy querido. Publicó aquí dos novelas; una titulada: *Calvario y Tabor* y otra: *Monja y casada*: además escribió infinidad de artículos y si mal no recuerdo algún libro sobre los orígenes de la raza mexicana y la dominación española en Méjico. Tiene también recopiladas en un tomo sus poesías, algunas de ellas muy notables y en otro, artículos de amena literatura titulado: *Cuentos del general*. Era gran admirador de nuestro Teatro moderno, y no faltaba á ningún estreno de drama, comedia ó sencillamente se tratase de un entretenimiento literario. Como diplomático procedió siempre con gran tino; entusiasta por la cordialidad de relaciones entre España y las Repúblicas americanas, trabajó mucho en este sentido. Toda la prensa madrileña dedica estos días sentidos párrafos á la memoria del señor Riva Palacio, considerando su pérdida como si de uno de los nuestros más distinguidos repúblicos se tratara.

J. GÜELL Y MERCADER.

### A UN ANGEL CAIDO

DEDICADA A FERNANDO PÁRRAGA

Reíste..... y no sabías,  
que temblando en los átomos de aire  
del suspiro que dí en mis agonías,  
iban, como fulgor de astros que mueren,  
tus últimos ensueños de inocencia  
y las postreras esperanzas mías!

Y reíste de penas que hoy te hieren  
al reír de las penas que me oprimen;  
que de tu sér cediendo á la violencia,  
cuando el crimen te atrajo y fuiste al crimen,  
un cielo perdí yo, y tú la palma  
de mi pasión, mi orgullo y tu conciencia.

Abrió el abismo para tí sus puertas  
obedeciendo á rudo fatalismo.  
Entre ese antro y tu imagen puse el alma  
y al alma pisoteaste por lanzarte,  
víctima de pasiones al abismo.

Llevaste allá, con esperanzas muertas  
de tu inocencia rastro,  
las remembranzas de virtud perdida;  
que siempre deja, cuando muere el astro,  
un espectro de viaje por los mundos  
y un reguero de luz en su caída.....

Y te contemplo aún; alguien adhiere  
á mi memoria en raros embelesos,  
no tu recuerdo de mujer que hiera  
y que al herir se hunde,  
sino tu imagen de mujer que quiere  
botar la gloria repartiendo besos,  
porque á la gloria y al placer confunde.

Tu altiva imagen de mujer liviana  
es la imagen que veo;  
tu altiva imagen de mujer que funde,  
á un mismo tiempo sierva y soberana,  
todo un pasado al fuego del deseo!

No te condeno, que no sé, cobarde,  
anteponer el mío á tu egoísmo;  
y sé que tras la lucha en la existencia,  
no eres la misma tú, ni soy el mismo.

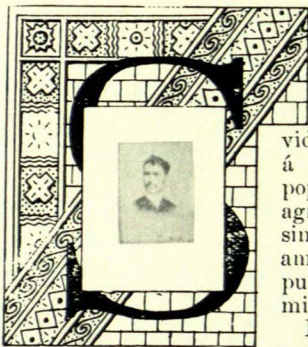
Si algo conservas del que fuera un día  
cielo de mis anhelos, de mis ansias  
y mis goces honestos  
vén y unamos de nuevo, vida mía,  
los pétalos que aun vivan de esas flores;  
desde el día en que sufres y yo dudo,  
inolvidables restos  
de un cielo por la suerte derrumbado.  
Vén á mentirme amores  
y con esas reliquias por escudo,  
juntemos mi pasado y tu pasado.

Valencia.

JACINTO AÑEZ.

## CRONICAS LIGERAS

### INSTRUCCION PUBLICA



SIEMPRE recordaré con orgullo la época de mi vida consagrada á la instrucción popular, y tendré agradecimiento sincero para el amigo que me puso en ese camino.

Era el tal Director en el Ministerio del ramo, y como yo le manifestara que deseaba meter la cabeza por alguna parte, ofrecíome hacerme nombrar Preceptor de una Escuela, con el sueldo mensual de cuarenta pesos, y la condición de darle á él la mitad.

Acepté, vino á mis manos el nombramiento, y ese mismo día tomé posesión del establecimiento docente, bajo inventario que conservo, y á la letra copio: tres bancos, una mesa, un tintero, un retrato del Presidente de la República, y un grabado de "La Ilustración Española," pegado á la pared, con engrudo.

El plantel funcionaba en la casa de una isleña que alquilaba piezas, y éramos inquilinos el ex-preceptor que suscribe, en la sala; en la pieza inmediata, una de esas bellezas livianas, de chancletas, sin medias, y en la habitación siguiente, un carretero con su adjunta. El último cuarto se lo había reservado la propietaria.

De manera que estábamos como en familia, aunque sea mala la comparación.

No recuerdo el número de los alumnos, á los cuales jamás vi reunidos, por la sencilla razón de que, únos en la mañana, y á medio día ótros, se dedicaban á la venta de sabrosas golosinas, tales como arepitas, majarete y conservas.

Antes de dar comienzo á mis tareas me recreé un momento en el período de holgura que la Providencia me deparaba. Descontando del sueldo veinte pesos para mi protector, y ocho para alquiler del local, me quedaban doce y la gloria del magisterio por delante.

Solo que tenía que adaptar mi plan de enseñanza á los libros de que se servían los educandos y que eran tres ó cuatro Mandevilles, un ejemplar de "El Bien General" de Telmo Romero, y una "Ordenanza militar," perteneciente á un chico, hijo de un Alférez.

A Dios gracias, nunca tuve oportunidad de echar de menos los textos oficiales. Porque cuando iba yo, no iban los muchachos, y viceversa. O bien el carretero y la propietaria armaban una de palos y pedradas, y alumnos y maestro teníamos que ponernos fuera de tiro.

A decir verdad, el instituto no prosperaba nada; pero la decadencia propiamente dicha no comenzó sino á partir de un incidente que todavía deploro.

No entraba en mi sistema de educación otro correctivo que la amonestación cariñosa; pero un día quise ensayarme como educacionista enérgico, y acerté á elegir nada menos que á un hijo del Comisario de la parroquia.

Era el tal Comisario un *hombrón*, que no llevaba nada por malograr á un apóstol de las letras.

De manera que, ver á su hijo lesionado, y volar á la escuela, fue todo uno.

—¿Usted es el maestro? rugió poniéndoseme delante.

—Servidor, contesté poniéndome de pie, y mirando con inquietud la puerta, á tiempo que el respetable funcionario desvainaba un "cola de gallo," con la atroz intención de partirme por la mitad.

Pero.....¡lo que corre un Preceptor en ciertas emergencias!

No recuerdo cuanto tiempo estuve sin dejarme ver en el plantel, ni dentro de los límites de la parroquia.

A la Tesorería de Instrucción sí concurría con regularidad.

Llegó el período de los exámenes, notificómelo el Fiscal fijándome día, conseguí algunos muchachos prestados, con varios colegas, porque mis alumnos se habían reducido á tres, y afronté el solemne acto.

¡Día memorable!

En la puerta del instituto ondeaba el pabellón nacional, bondadosamente ofrecido por el pulpero de la esquina, junto con un paquete de triqui-traquis, que fue quemado en el momento de entrar la Junta parroquial. Después de dos horas de riguroso examen, declaróse el Fiscal satisfecho del acto, y en breves, pero elocuentes frases hizo el elogio de mi labor escolar, á lo cual contesté, muy conmovido, declinando la honra en el Ministro del ramo, á quien llamé servidor egregio de la santa causa de la instrucción, columna de la actualidad, foco de luz, y coloso.

La isleña entusiasmada obsequió á la concurrencia con un excelente carato de maíz, que le valió las congratulaciones de la Junta, en tanto que los chicos gritaban ¡Viva el maestro!

A poco de este triunfo pedagógico, del que todavía me enorgullezco, en mi calidad de ex-maestro, abandoné la Escuela.

Hoy vivo de otra cosa.

JABINO.







ENTRADA AL PUEBLO DE TINAQUILLO—Fotografía de Avril



El último libro de M. Díaz Rodríguez—Anotaciones psico-fisiológicas—Harmonías científico-literarias.

Leemos con frecuencia juicios é impresiones diversas del sentido estético que el valor literario del libro último de Díaz Rodríguez ha despertado y merecido en centros de cultura intelectual extraños al nuestro, y no obstante permanecemos, si no mudos, sí indiferentes ante nuestros propios triunfos, concediendo, si acaso, al mágico filtro de "Confidencias de Psiquis" los honores de un aplauso confidencial y tímido. Y porque no queremos hacernos reos de ese que consideramos delito; delito cometido por la genial indiferencia que suele caracterizar nuestros actos cuando se trata de algo que no palpita en el azaroso juego de una política tornadiza; delito de pusilanimidad ó timidez de ideas—símbolo de vacilante fe—para los que en la lectura de la frase cincelada ven un pecado, ó un ultraje á una limitada concepción de su moral, y delito de leso patriotismo para quienes asistimos, espectadores

soñolientos, al ajeno teatro donde al patrio autor se disciernen las coronas de un justiciero triunfo, es que nos permitimos desviarnos, un sí es no es, de la genuina índole de estas publicaciones, esquivando así la tácita complicidad del silencio en ese delito, si bien más de una brillante analogía habrá de volvernos al perdido derrotero.

Porque, en efecto: ¿quién podrá negar ó dejar de conocer al menos, la íntima relación que ya va estableciéndose entre la verdad científica, comprobada por una sucesión nunca fallida de experiencias, y esa tendencia vaga y multiforme del humano espíritu á la concepción de la belleza artística? La ansiomanía de investigar las secretas causas, de encajar en la turquesa de la razón hasta las más imperceptibles palpitaciones de la vida moral, ha pedido al método experimental, al procedimiento científico, al postulado cierto, un auxilio para la investigación de su verdad propia, fundiendo así en una misma alianza, en una misma armonía, colaboradora de grandes fines, la fisiología, el conocimiento mecánico de la función orgánica y la psicología el conocimiento del mecanismo psíquico.

La psico-fisiología existe, pues, como procedimiento científico-literario, pésele á quien le pesare; y porque el libro en cuestión ha seguido los rumbos de ese procedimiento, realizando exquisitos análisis de alma; y porque no podemos concebir á su autor sino como un alumno también de la ciencia, que ha analizado con el escalpelo de la disección, tegidos, aponeurosis y nervios en la fría desnudez de los cadáveres, es que invocamos analogías científicas que no habrán de desviarnos del trazado camino.

Al llegar á nuestras manos una obra nueva, en el sentido recto de la palabra, es

decir, de reciente aparición, buscamos primero con avidez el nombre del autor. Inégo, con cierta interesada desconfianza, leemos el título de ella impreso en caracteres notables sobre el fondo satinado, á la rústica, de la empastadura, y hojeando después con rapidez las primeras hojas, más ó menos en blanco, que corresponden á los finales de la impresión, tropezamos al fin con el prolegomeno, prefacio ó prólogo, sobre el que arrojamus desatentas hojeadas de rapidísima lectura, aun suscrito que vaya por autorizada firma.

Pero al tomar en las manos el nítido volumen en cuyas immaculadas páginas ha confiado Psiquis sus primorosas y delicadas Confidencias, no es posible pasar con la acostumbrada premura por sobre el estudio crítico que, á manera de prólogo, ha hecho Pedro Emilio Coll sobre la obra y el temperamento artístico de su autor, con la acostumbrada maestría de su lenguaje; estudio que sirve como de portada griega, esculpida en el mismo immaculado mármol del estilo de Confidencias, á ese gracioso templo del arte más refinado.

Todo prólogo, prefacio ó como quiera llamársele, es siempre un estudio crítico de la obra á que sirve de heraldo.

Coll tituló el suyo con el nombre del autor mismo cuya obra analiza; de modo, pues, que él la ha considerado como esencialmente subjetiva, como instantes objetivados del yo del autor, y partiendo de esta idea ha pensado, que estudiando el temperamento artístico del autor estudiada quedaba *ipso facto* la obra misma.

Cierto y mucho que la impersonalidad que quería Flaubert para la obra de arte es imposible de verificar; pero siendo *todo libro una confesión*, trabajo sumo costará desentra-



fiar la parte del yo que en él ande revuelta ó necesariamente diluida en el elixir de refinado lenguaje; por lo que creemos no será siempre este criterio el más luminoso en el juicio que quiera formularse, so pena de dar tácita prueba de que clasificamos al autor en cuestión en el género de los egotistas, que nada toman y nada deben al fenómeno externo.

Y no es esta, por cierto, la única prueba que el autor del prólogo da de que califica al del libro en aquel mencionado género. La necesidad de viajar que ha sentido Díaz Rodríguez y que en varias ocasiones lo ha impulsado á extrañas tierras, la atribuye Coll, aunque indirectamente, á cierta imposibilidad de adaptación al propio medio; y ya sabemos que esta dificultad de adaptación es uno de los rasgos característicos del egotista.

Nos permitimos disentar á este respecto de las ideas del brillante prologuista y creemos al contrario que Díaz Rodríguez, en *Flor de Voluptuosidad*, es eminentemente altruista. Y á robustecer nuestra opinión iremos, estudiando el íntimo proceso diferencial, que tan radicalmente distingue estas dos maneras de producirse en obra de arte una misma idea.

Si de las varias condiciones del medio físico surge para la especie hombre la diversidad de razas, de la mayor ó menor parte que en la inefable armonía del universo tome el individuo, surgen también gerarquías intelectuales diversas, según fue de perfecta la concepción del mundo externo ó mayor la amplitud y supremaeía del yo. De aquí dos grandes clasificaciones del hombre basada en los términos seriales de estas dos ideas, el *yo* y el *no yo*.

De la amplia concepción del *no yo*, de la aceptación del mundo externo como fuente de fenómenos ajenos á nuestro propio sér, pero que en él penetran, se modifican y se transforman produciéndose en ideas, nacen los altruistas, los que se funden en la naturaleza, en el paisaje, en el panorama universal.

El predominio intelectual de la conciencia del *yo* constituye la *cenestesia*, que de abstracción en abstracción y restringiéndose más y más llega á constituir en síntesis el *egotismo*, carácter común á los de la serie individual llamada por Nordau degenerados.

Para elevarnos al conocimiento ó mecanismo del desarrollo en el individuo de estos dos órdenes de ideas complejas, el *yo* y el *no yo*, esplanaremos las ideas generales del célebre autor alemán. "La conciencia del "yo" no es sinónimo de la conciencia en general; esta es un atributo común á toda la materia viviente, en tanto que la primera es el resultado de la acción combinada y recíprocamente subordinada de elementos nerviosos fisiológicamente distintos. Esta conciencia del "yo" no aparece sino muy tarde en el proceso evolutivo de los organismos y constituye el fenómeno vital más elevado que hasta el presente se conoce; se origina en la serie de experimentos que va efectuando el organismo en el curso de la actividad natural de sus partes constitutivas. Cada uno de nuestros ganglios, fibras y células nerviosas tiene una conciencia subalterna de los fenómenos que en su seno se verifican; y como nuestro sistema nervioso, todo entero, tiene numerosas comunicaciones entre las partes que lo constituyen, él percibe en su totalidad una pequeña parte de las excitaciones parciales y de la conciencia sensorial que las acompaña.

De esta manera nace en el centro receptor de todas las vías nerviosas, en el cerebro, una conciencia total compuesta de conciencias parciales innumerables, pero únicamente destinadas á la percepción del fenómeno que en el seno mismo del organismo se verifica.

Desde que la vida se inicia distingue la conciencia dos especies de percepciones com-

pletamente diferentes; las unas imprevistas, las otras precedidas de anteriores fenómenos.

La excitación de los sentidos no va precedida de ningún acto de la voluntad, pero la voluntad sí precede cada movimiento consciente. Antes de verificarse la percepción de alguna cosa, nuestros sentidos no tienen noción alguna de lo que habrán de percibir; pero el cerebro ó la médula espinal elaboran la imagen del movimiento que habrá de producirse antes que los músculos ejecuten ese movimiento.

Existen, pues, en los centros, representaciones anteriores del movimiento que habrá de ejecutarse y percepciones manifiestas de que la causa inmediata del movimiento reside en nosotros mismos, en tanto que en lo relativo á la impresión de los sentidos no tenemos la misma sensación.

Finalmente, por el sentido muscular obtenemos la percepción de que los movimientos elaborados por nuestra conciencia se realizan, mientras que lo inverso se verifica en lo que respecta á los sentidos, cuyas percepciones no van precedidas, como en el caso anterior, de una elaboración previa de la percepción.

Ahora bien, cada célula, cada filete nervioso tiene su conciencia particular de la sensación que ha recibido, conciencia derivada de los fenómenos físicos y químicos de la nutrición, de la asimilación, en una palabra, de los procesos vitales que tienen lugar en el seno mismo de la célula.

Pero las excitaciones que proceden de los fenómenos químicos y biológicos, fenómenos que constantemente se están verificando y que duran lo que la propia célula, no tienen valor é importancia sino para la célula misma, ninguna para el organismo en totalidad; en tanto que las excitaciones producidas por agentes externos no obran, como en el caso anterior, de una manera permanente, sino periódica, determinando cambios de impresión que excitan más y más la percepción, sutilizándola. Así el órgano cerebral se acostumbra, en el primer caso, á traducir en sensación impresiones ó excitaciones que obran de una manera constante en virtud de las funciones que la célula realiza por obra de su propia fuerza vital sin necesidad de intervención alguna cerebral.

Si hay, pues, predominancia de esto que podríamos llamar *sentido celular*, tan manifiesto en los casos patológicos en los que la enfermedad llama de tan notable manera nuestra atención sobre el sufrimiento celular, si en los centros predomina esta percepción, tendríamos constituida la supremaeía del "yo," la *cenestesia*.

Y si de la cenestesia, de esta concepción orgánica, *oscurementemente consciente*, se elevan los centros á una conciencia más clara y definida del "yo" en virtud de las excitaciones venidas del mundo externo, claro está que esas excitaciones, no emanadas de la propia célula, han de partir de otras fuentes; y como á la casualidad no podrían atribuirse, por fuerza han de tener su origen en el mundo externo; y reconocido éste como fuente de excitaciones, ajenas al organismo, queda así formada de hecho la conciencia del "no yo."

Resumamos: de la sensación de los procesos vitales en todas y cada una de las partes de nuestro organismo nace la conciencia del "yo," y de las transformaciones sensoriales se origina la concepción del "no yo."

Y si abandonando el terreno de estas especulaciones, más ó menos metafísicas, nos aventuramos en el campo de la ciencia, admitiríamos como asiento anatómico de la conciencia del *yo* el sistema del gran simpático, y el sistema cerebro-espinal como centro representativo de la concepción del *no yo*.

La síntesis del primer término se resuelve en el egotista, sér anti-social, pesimis-

ta, misántropo ó anarquista, según permanezca encerrado en el claustro de la idea pasiva ó impulsen al músculo las acciones delictuosas.

Y los representantes del segundo grupo son los altruistas, los buenos elementos sociales, los motores poderosos de la mecánica intelectual.

Estas dos especies de almas manifiestan en literatura sus distintos caracteres, originándose así escuelas ó sectas literarias diversas.

En el grupo de los altruistas nos permitimos clasificar al autor de *Confidencias*.

No es Díaz Rodríguez ni parnasiano, ni decadente, ni simbolista, ni diabólico, porque no es egotista.

¿Pagano, porque rinde culto á la forma?... Como artista delicado que es, por fuerza ha de serlo, porque los arquetipos de la belleza nacieron en el blando regazo de aquella brillante teogonía y no han sido superados, como arquetipos que son.

En "*Flor de Voluptuosidad*," ese afligrado y exquisito estudio de alma, distinguimos tres tendencias principales: la influencia del medio psíquico ambiente, despertando latentes energías vitales, ó modificando, quebrantando y destruyendo las más arraigadas ideas ó rutinarios prejuicios, nacidas al calor secular de educaciones y de herencias: un voto de adhesión al eterno insoluto problema de la igualdad social, envuelto en el brillante ropaje de una apología, más ó menos aceptable, del amor libre; la amplia significación dada á un vocablo, cuya idea restringida por el vulgo á sólo las manifestaciones sexuales del amor, sabe referir también á él, desde las concepciones del artista, hasta "la florescencia refinada y monstruosa de la mística medio-éval," y finalmente la deificación de un sentimiento, el sentimiento del amor; no bajo la forma exclusivista y limitada del instinto sexual que une los seres; sino bajo la forma panteísta que abraza en su seno la Idea y la Humanidad; es decir, bajo la forma más altruista de ese sentimiento, ora como la blanda Tolerancia, ora como el Perdón sublime pedido por Jesús, desde las alturas del suplicio, para los que no sabían lo que hacían..... Estas varias tendencias de la obra, que encarnan brillantes generalizaciones, no serán otras tantas pruebas del altruismo de su autor?.....

Rafael en sus crueles vacilaciones interiores, "paseaba su nostalgia por entre los árboles medio desnudos, y gozaba el amargo deleite de sentir una armonía más y más acentuada entre su estado de alma y el aspecto de la naturaleza, entre sus propias luchas íntimas y la tristeza y melancolía de las cosas;" y cuando identificándose con la naturaleza, espaciándose en su seno, fundiéndose en el paisaje, le parecía ser "un árbol más que padecía suspirando por los renuevos tardíos y la primavera lejana," cuando las hojas de otoño y las nieblas grises le parecían hojas y nieblas desprendidas del árbol de su vida en el otoño interior de su alma, cuando de tal manera disolvía el autor el estado de alma de su protagonista en la azulada tinta de la atmósfera, en la tibia luz de los crepúsculos y en el gemido de las hojas amarillas, entonces fue que prestó á su creación, á Rafael, su propia alma, lo que él haría en idéntico estado, abrazarse á la naturaleza, echarse en su seno, beber á sorbos el amargo deleite de aquellas analogías, convertirse en árbol, en hoja, en girón de niebla, en rayo dorado de mortecina luz, para no caer en el pecado de egotismo, para expiar su *yo*, aniquilado por internas luchas, en el seno amante de la naturaleza.

No consideramos á Díaz Rodríguez "como un ateniense que hubiese llevado vasos de perfumes y velos azules al altar de la invencible Afrodita;" como altruista que es,





UNA CALLE DE TINAQUILLO — (Fotografía de Avril)

lo consideramos capaz de una más alta concepción del amor; ni en la necesidad que ha sentido de viajar vemos falta de adaptación al propio medio.

Vemos en Díaz Rodríguez al artista errante, que va pidiendo á todos los soles y á todos los paisajes, luz para sus cuadros y color y medias tintas para sus inimitables acuarelas.

ELÍAS TORO.

Caracas: enero de 1896.



### Pérfida!

[DE CÉSAR ZUMETA]

A *Jubivo*.



ONTEMPLARLA era perpetua fiesta.

Más aún que con los labios, ligeramente pronunciados y rojísimos, sonreía con los ojos y hasta con las transparencias color de rosa de su tez morena. Una voluptuosa gracia iba de modo inseparable con cada gesto de ella, con cada ritmo de su esbeltez.

Mientras más se las contemplaba más se ennegrecían aquellas pupilas y tumultuoso y alegre se hacía el oleaje de llamas que de ellas brotaba, en luz y fascinador como el fulgar del diamante.

Dormía aún su corazón. Como adora el devoto los seres extrahumanos y divinos, era ella idolatrada de su esposo, y rendida por tiernísima piedad á una adoración que la divinizaba, la devolvía en respeto como de hija, en solfícito cariño, en inefable gratitud.

Uno á uno fueron á llamar á su puerta galanes y seductores. Uno á uno fueron ca-

yendo en confusión, condenados al silencio por aquella franca risa impertinente que le salía de la desdeñosa frialdad con que por igual miraba á los hombres todos.



Las atenciones tan respetuosas de Luis sí la turbaban. A pesar del matrimonio subsistía en ella la niña, loca por bailes, teatros y partidas campestres; lo único que en el mundo la ponía seria y la arrancaba de la serenidad de su vida hasta sumirla en ensueños de indefinible pesadumbre, era la mirada suplicante, tímida é insistente de aquel amigo de la infancia.

Lo evitaba.

Poco á poco fue alejándose de Helena, hermana de él, la predilecta de sus compañeras de colegio.

Aquel día en que se encontraron solos y en el que, tras largo silencio, se atrevió él á balbucir frases ferventísimas que sonaron en los oídos de ella como una plegaria tan santa que los labios eran casi indignos de pronunciarla, Berta tuvo miedo de traicionarse, hizo un esfuerzo supremo por vencerse, por simular indiferencia y una risa que por primera vez estremecía sus labios, risa nerviosa que descompuso sus facciones, fue la sola respuesta que alcanzó á formular. Pero como las lágrimas le saltaban á los ojos, y se le anudaba la voz á la garganta, se levantó, vivamente abandonó la sala y encerrada en su alcoba lloró del dolor inmenso y de la inmensa desgracia que acababan de desplomarse sobre ella.

Su vida había cambiado de súbito. La fidelidad al deber, orgullo de su conciencia, trocábase en martirio sin consuelo de su existencia. Revelóse en ella la mujer, nació al amor, y se supo condenada á irrevocable tortura.



Meses pasaron y á instancias de su esposo hubo de visitar á Helena.

Luis se moría.

—Ven, porque quiero decirte adiós, la dijo su amiga al verla entrar.

Y segunda vez se encontraron los dos, solos, frente á frente.

La misma mirada tímida, suplicante que hasta en sueños la perseguía se clavó en sus ojos pidiendo perdón por su irreverencia y narrando el pesar sin nombre que abrumaba aquella alma. Advirtió él en los ojos de ella un rayo de conmiseración ó de esperanza y sus labios encendidos repitieron la plegaria.

—“Berta! Pon tu mano sobre mi frente, tus labios en mis labios y lleve yo al cielo la luz de esa ventura, ó al infierno las serenidades de esa piedad . . .”

Y los ojos del agonizante se humedecieron. Berta se inclinó sobre el lecho: sus manos apretaron las sienas de Luis, sus labios se confundieron con los de él, y se incorporaba el moribundo por beber de aquella boca en un solo aliento las delicias todas de la vida.

Desplomóse luego en la convulsión postrera; pero de pie, apartando las cortinas de la puerta, apareció lívido de dolor y de indignación el marido de Berta.

—Pérfida! gritó. Y rudamente rechazaron sus brazos á la desventurada que corría á acogerse en ellos y, derribada por un síncope, rodó á sus pies.

Enero—1897.

### Semejantes

(POR JESUS MUÑOZ TÉBAR)

IV

### EL ENVIDIOSO Y EL TISICO

Son los pulmones asiento propicio para el desarrollo de los tubérculos; y el corazón del hombre, terreno abonado para que nazca y prospere en él la triste envidia.

Con áspera tos, que dura años, comienza á sentirse la terrible enfermedad de la tisis;





SESTEO DE CERDOS EN EL CAMINO DE TINAQUILLO Á VALENCIA—(Fotografía de H. Avril)

y por los graznidos de la difamación se descubre el envidioso.

Tan embozada anda la tisis, por años, que ni el atacado ni su médico se atreven á desconfiar de la esperanza; y en manto de hipocresía envuelve, también por mucho tiempo, su envidia el envidioso.

En ese período de dudas hay en el tísico como batalla entre la vida que quiere la salud y la muerte que quiere podredumbre.

Los primeros pasos del envidioso avanzan con timidez: hay lucha entre la conciencia del propio valimiento y la tristeza por el valer ajeno.

Saliva con sangre dan la voz de alarma al pobre tísico, y siguen luégo el asqueroso esputo y la inacabable fiebre.

Espantos de odios amasados, que lanza ya sin pudor ante la impasible sociedad, revelan al envidioso en su período incurable.

En medio de abundantes sudores, que postran al tísico, viene el horrible enflaquecimiento; y quien era robusto y gigante se cambia en esqueleto.

Con vómitos de inmundas desvergüenzas viene el enflaquecimiento por la envidia; y la inteligencia y el corazón que pudieron ser útiles á sus semejantes, se convierten en víboras en el cuerpo del envidioso.

En el tísico, la nariz afilada en medio de los pómulos que sobresalen, denuncia la flaqueza del cuerpo; y los labios contraídos, y las conjuntivas, teñidas con el frío azul de las perlas, revelan el abatimiento del espíritu.

La palabra siempre llena de iras y de quejas eternas sacan al balcón de los labios el alma del envidioso.

El retrete del tísico está lleno de desesperación; y la casa del envidioso, con pavimento de maldiciones.

Con la ira de su furor rompe el tísico el vaso sagrado de la resignación; y parece que en los riñones del envidioso ha clavado el ángel del abismo todas las zaetas de su aljaba.

Por falta de aire no duerme el tísico; por falta de amor, que es el aire del alma, no duerme el envidioso.

Sólo la muerte pone término á las angustias de asfixia en que viven el envidioso y el tísico.

La felicidad consiste en no tener inquietudes; por eso quiero que mis hijos no sean ni envidiosos ni envidiados.

### Espadas y tambores

Á MI HIJO JOSÉ ANTONIO

[ POR JOSÉ E. MACHADO ]

Apenas hace dos años era tan pequeñito que casi cabía en la palma de mi mano: usaba gorro y babero, calzaba esarpines de estambre y botitas de hilo, que mamá le

teñía en los ratos de ocio; tomaba magistralmente el biberón, y cuando no lo tenía se chupaba los dedos índice y cordial; hacía pinicos agarrado gravemente á las sillas y mesas, y balbuceaba papá y mamá con ese lenguaje adorable de la infancia que se asemeja á cantos de pájaros y á diálogo de estrellas.

Hoy es diferente: ha cumplido tres años y es todo un hombrecito, atento y aplicado, conoce la A, la O y la H; sabe hacer el 1 y el 4; cuenta perfectamente hasta cinco sobre los dedos de su manecita regordeta; distingue á las niñas por el corte del vestido; tiene conciencia de su fuerza y lleva de la mano á su primita Rosa Elvira cuando sale á pasear por las orillas del Anauco; come con tenedor, y si alguna vez lo desvía de la boca y lo lleva á la nariz ó á la barba, conoce que ha cometido una falta, se limpia con las mangas de la braga y prosigue imperturbable la comida; es tan perspicaz que ya sabe que son los ángeles del cielo los que traen á los chiquitines en dorados canastillos y los depositan en las camas de las mamás. Yo le había prometido una vez, en tiempo de Pascua, que si se comportaba bien le daría un regalo San Nicolás, el bueno y hermoso viejecito protector de la inocencia. Llegó el día de Reyes: él puso su zapatito en un sofá y se acostó meditando en el regalo del santo. Yo espiaba los menores movimientos de aquel diminuto sér recién entrado á la vida; ví su rubia cabeceita agitarse inquieta sobre la blanca almohada y sus ne-



gras y hermosas pestañas arrugarse bajo la presión de grave pensamiento; oí el tierno monólogo murmurado por aquella sonrosada boquita; lo sentí inquieto largo tiempo; y al fin lo contemplé dormido con la mano en la mejilla, como el Niño Jesús de Peruzzi, en *La Adoración de los Reyes*. Al otro día se levantó muy temprano y corrió á buscar el zapatito: dentro brillaba una moneda de oro con la cual compró un muñeco grande que duerme, llora y habla.

Me ha dicho que le traiga una espada y un tambor: de todo lo que ha visto lo que más le ha gustado es el uniforme de los militares en los días de parada. Sus ojillos brillaban de contento al ver pasar las veteranas compañías guiadas por elegantes oficiales con la espada desenvainada, relampagueando á los postreros rayos del sol: cuando flameó delante de nosotros la bandera nacional, acompañada de lujosa escolta, la señalaba con el dedito, diciéndome:—papá, qué bonito es eso! Al otro día á falta de fusil empezó á hacer ejercicio con una escoba vieja. Era de ver con qué arrogancia marchaba por el patio de la casa haciendo á la vez de jefe y de soldado. A veces se divierte, como Napoleón en la escuela de Brienne, alineando piedrecitas que luego lanza á las gallinas, perros y gatos, que se ponen á su alcance. Los niños son unos déspotas que todo lo estriban en la fuerza y ponen la espada sobre el libro y á Barba Azul sobre Santa Teresa. De cada ciento de ellos acaso uno juegue á cura, médico ó abogado: todos quieren ser generales, príncipes ó reyes, lo cual me hace reflexionar. ¿Es que esos tiernos cerebros se encuentran sugestionados por el ostentoso aparato del poder? ¿ó como dice la Biblia, el hombre se siente inclinado al mal desde su mocedad? Hé aquí un problema que no me atrevo á resolver.

Al fin le he comprado la espada y el tambor: él ha suplido los demás elementos de guerra fabricando bayonetas con hojas de bambú; con pedazos de tubo los cañones; las balas con paraparas, y con arena la pólvora. La casa es una ciudad sitiada donde no se oyen sino voces de mando, gritos de combate y aires marciales. Su aspecto es el de un Júpiter tonante: de un sombrero mío ha hecho un casco; papel picado son las charreteras; pedazos de cartón las polainas y el caballo mi bastón.

\* \*\* \*

Lo veo crecer á la vez con satisfacción y con dolor, y cada una de sus travesuras me hace reír y llorar al mismo tiempo. Y hay entre otras una razón poderosa para que yo sufra. El pobre niño ha perdido su madre!.....Un frío y triste día de diciembre la joven esposa se durmió para siempre en mis brazos dirigiendo la postrer mirada á la cuna de su hijo. ¡Oh! cuánta amargura, cuánto dolor, cuántas recomendaciones, cuántos temores expresaba aquella mirada. La comprendí perfectamente. Ella me dijo:—Me voy: desde ahora tú tienes que ser padre y madre, amparo y guía, depositario y consejero.

La doble potestad que sobre este niño ejerzo me apareja tremendas responsabilidades y me hace pensar continuamente en su porvenir. ¿Qué suerte le tocará? ¿será honrado, bueno, sabio? ¿alcanzará la felicidad? si es que existe la felicidad sobre la tierra, en que, como dice el poeta:

“Vecina  
Está la risa al llanto, y siempre, ¡ah! siempre  
Donde halaga la flor punza la espina.”

\* \*\* \*

Es inútil querer adivinar lo futuro, abiertamente sólo á la mirada del Omnipotente. Concédame el cielo vida y fuerzas para inculcar en su corazón el germen de la virtud

y en su cerebro los rudimentos del saber; pueda levantarse querido de muchos, estimado de todos, odiado de ninguno; y séame permitida la dulce satisfacción de verlo llegar un día, hermoso y fuerte, á decirme que necesita libros y plumas, como ahora me pide *espadas y tambores*.

### La última misa

[POR PAUL MARGUERITTE]



ON un sentimiento profundo de tristeza se despertó ese día el señor cura Bonvisaje. Medio dormido aún, oyó vibrar las últimas notas del *Angelus*. “¡Vamos! las cinco y media” pensó; luego miró á la ventana, pero no pudiendo distinguir al través de las persianas cerradas el tiempo que hacía, saltó vivamente de su pequeña cama y descalzo como había dormido, corrió, más que anduvo, sobre el enlosado rojo de su cuarto, hizo saltar la aldaba, abrió de un solo golpe la ventana, cuyas hojas fueron á traquear contra las paredes, y se quedó extasiado ante el esplendor del paisaje que le era tan familiar.

Un cielo de esas mañanas de julio en que el firmamento tiene todo el brillo del raso. Allá, debajo de la ventana, las casitas blancas y bajas, agrupadas como un rebaño, al rededor del campanario de la iglesia. Detrás de estas el tablero de los campos, con sus cuadros multicolores, más allá la llanura que se pierde á lo lejos, junto con las hileras de verjeles, las cintas amarillas de los caminos, las cercas de árboles rectos que se extienden hasta el arroyo que no se ve, pero que se adivina por la bruma azul que flota sobre él, y allá abajo, muy lejos, el fondo verde de los bosques y colinas. Los pájaros gorjeaban con alegría. Bruscamente apareció el sol, y las gotas de rocío que cubrían el césped, brillaron cual límpido diamante. El señor cura Bonvisaje respiró entonces, con la luz, el perfume embriagador del hermoso paisaje matinal, y ante esta alegría del cielo, ante este trabajo perpetuo de la vida, ante este crecimiento continuo de las cosas de la tierra, sintió en el corazón una impresión de tristeza indefinible.

El señor cura Bonvisaje iba á decir su última misa.

Al evocar este pensamiento, se oscureció todo el risueño panorama que tenía ante sus ojos, y, sufriendo, sin de ello darse cuenta, del desacuerdo irónico que existía entre su pesar y la alegría de aquel espectáculo, se alejó del marco de la ventana.

Frío, desierto y desolado como su propia vida, le pareció ahora su cuartito, con sus desnudos muros pintados á la cola, de verde claro, donde colgaba un crucifijo de pasta adornado con una cama de boj en medio de tres imágenes; con su chimenea que por único adorno ostentaba una colección de conchas, cubiertas con globo de cristal, y dos floreros chillones cubiertos con flores artificiales.

Bajó tristemente la vista al enlosado rojo, que con tanto celo fregaba todos los días Ursula, su vieja ama de llaves, tan despótica como regañona; contempló las poltronas de tapicería raída, con sus bordados descoloridos, obra en otro tiempo de su difunta madre; y cuando miró, al lado de la de todos los días, colocada cuidadosamente sobre una silla su sotana de los domingos, tan lustrosa y usada como la otra, no pudo contener sus lágrimas.

El señor abate Bonvisaje, después de ser durante veinte y cinco años cura de almas de Sainte-Flaive-aux-Loups, no era amado de sus feligreses.

Sin embargo, merecía serlo. Nombrado cura de esta aldea, á los cincuenta años, había traído á sus ovejas un espíritu conciliador, un corazón apacible. Nada había prevalecido contra las almas empedernidas de los aldeanos brutales y sórdidos. Gracias á la vecindad de París, que sólo distaba dos horas de ferrocarril, hacía mucho tiempo que estaban completamente impregnados de alcohol, bebiéndose el jornal y endurecidos en la indiferencia y la estupidez.

Después de veinticinco años de sacerdocio, veinticinco años de vida personal esencialmente pura, de cuidados, de bondad, de sacrificios, el abate Bonvisaje con la espalda ya encorvada y los cabellos blancos, era tan despreciado como el primer día. Y los pilletes del catecismo le lanzaban todavía pelotillas de papel mascado á ejemplo de sus hermanos mayores. Niños y niñas, tanto por obedecer á la tradición como por satisfacer la perversidad de su instinto natural, rivalizaban á quién se conduciría por en la iglesia ó quién le jugaría la mejor treta. En todo esto pensaba el pobre anciano al ponerse su más hermosa sotana. La pesadumbre de su injusto suplicio, soportado en silencio, se aumentaba aún más con la idea de que iba á decir, dentro de poco, su última misa en el altar de Sainte-Flaive-aux-Loups. Por crueles que sean los sin sabores, cuando se ha vivido sufriendolos durante veinticinco años, se siente uno á ellos atado como con lazos invisibles.

Haciendo crugir los peldaños de la escalera, bajó lentamente, atravesó el comedor, donde tomó su breviario que había quedado sobre el bufete con sus anteojos, atravesó la cocina, saludando con un triste:—“Buenos días, Ursula,” á su antigua criada y penetró en el pequeño jardín.

Sus estrechas calles, bordeadas de boj, se cortaban en ángulos rectos, encerrando cuadros de legumbres. Aquí el follaje, en forma de bellísimos encajes, de un diminuto campo de espárragos. Allá, hermosísimas coles, el orgullo de Ursula; más lejos una siembra de tomates, objeto de los cuidados particulares del señor cura, que esta vez no le concedió ni una mirada. Con los ojos fijos en una página de su breviario se paseaba de la reja cubierta de plantas trepadoras al banco de piedra debajo de la vid; pero las letras se le confundían al través de los anteojos y, sumido en una dolorosa meditación, no había leído la primera línea de su oración acostumbrada, cuando Ursula le gritó al pasar por la puerta: “¡Señor cura, va usted á olvidar la hora!”

Tomar su sombrero de tejas, abrir la puerta de comunicación entre el prebisterio y la iglesia, hacer la señal de la cruz, atravesar la nave donde el sacristán encendía los cirios, hacer una genuflexión ante el altar, empujar la puerta de la sacristía, todo esto lo hizo el señor abate Bonvisaje maquinalmente y no volvió al sentimiento de la realidad, sino cuando vió, en un espejo que tenía delante, el rostro de un monaguillo—el pequeño Mouchinet—que le había seguido y le sacaba la lengua, haciéndole horribles muecas.

El abate se volvió tan bruscamente, que hizo temblar al cruel muchacho por sus orejas, pero animado de nuevo al no recibir del buen anciano sino una dolorosa mirada de reproche, el joven Mouchinet—acompañado de su camarada Buvard—repitió su gesto de desprecio haciendo girar los ojos y encogiendo los hombros varias veces seguidas, con rapidez extraordinaria, mientras su víctima abría un armario para sacar una sobrepelliz.



Lentamente preparó el cura los ornamentos del culto. Inclinado sobre la gaveta, donde estaban guardadas, unas sobre otras, las diferentes casullas envejecidas con él; las miró un instante con melancolía y escogió la más nueva, una de damasco de oro bordada con rosas peonías, antigua donación de la duquesa d'Ivrande. Después, cuando se hubo revestido de la estola y el manípulo llamó á los dos sucios pilluelos, cuyos pantalones, demasiado cortos, sobresalían á las dalmáticas rojas; empuñó con noble orgullo el cáliz cubierto con el paño y el velo, irguió bajo el hábito sacerdotal su encorvado cuerpo, y con la mirada alta, el andar grave, entró en la iglesia con majestad.

Sin ver nada, sin oír nada, cumplió con los primeros deberes del ritual. La tristeza que experimentaba al decir por última vez el oficio divino, se trocaba poco á poco en un gran sentimiento de calma, de perdón y de olvido. Cuando se volvió hacia la concurrencia, abrazando con una mirada esa reunión de hombres y mujeres indiferente ú hostil, fue sin ningún pensamiento rencoroso que abrió las manos para la bendición y murmuró con fervor las palabras sacramentales: *¡ Dominus vobiscum !*

Tal vez comprendieron esos brutos lo que pasaba en el alma del cura y la sombría grandeza de su dolor, pues á medida que decía la misa hubo más recogimiento, hasta el punto de que, llegado el momento del sermón, hubiera podido oírse el vuelo de una mosca.

El señor cura Bonvisaje se adelantó entonces y con una voz trémula de emoción, dijo adiós á todos, recomendando sus fieles á su sucesor. Rogó le perdonasen todo lo que hubiera podido disgustarles en su conducta, así como él perdonaba todo el mal que le habían hecho.

Luégo, aliviado, sintiendo que á su alma descendía una dulzura infinita, en medio de ruidos ahogados de los pañuelos, de cuchicheos y hasta de sollozos de algunos, el anciano cura se volvió otra vez hacia el altar. Recogióse en los más íntimo de sí mismo, mientras la campanilla resonaba tres veces en el profundo silencio del templo, elevó al cielo, con la hostia consagrada, el humilde sacrificio de su alma y cuando, después de un instante, levantó la cabeza en medio del alegre repique y el ruido de las sillas removidas, sintió el pobre abate Bonvisaje que su corazón se ensanchaba y llenaba de una alegría sin amargura, de una alegría indefinible.

### La carta del soldado

( POR JOAQUÍN DICENTA )

Hospital de Málaga, 15 de noviembre de 1888.

Aquí me tienes, Pepa, en una cama muy blanda y muy limpia, asistido por un médico de mala cara y buenas acciones, y por una Hermana de la Caridad, que con sus tocas blancas y su ir y venir cuidadoso en redor mío, me recuerda las palomas que revoloteaban sobre las tapias de tu huerto, mientras hablábamos nosotros sentados en un montón de tierra, con las manos reunidas y las cabezas casi juntas... ¡ Si vieras cuánto me acuerdo, Pepa, y cuántas ganas tengo de volver á la aldea, y mirar otra vez sus campos, sus casas y sus campanarios y tus ojos azules!... En fin, paciencia, como dice la hermana; aguantarse, como gruñe el médico. Menos mal que la bala no ha cogido hueso y no habrá que cortarme la pierna. Díselo á mi madre para que no se apure y se pase el día llorando.

La verdad es que esto de la guerra, visto de cerca, mete miedo, y al más valiente le

pone el corazón como una avellana. Los soldados viejos, que han estado en otras, dicen que todo es hasta acostumbrarse. Puede; pero yo no me he acostumbrado aún, y á los que, como yo, llevan seis meses en fila, les ocurre lo propio.

Cuando nos dijeron en el cuartel que los moros habían insultado nuestra bandera; que íbamos á vengarla; que la patria confiaba en nosotros, y por ese estilo una porción de frases que nos *endilgó* el coronel, el que más y el que menos sentíase capaz de acabar con todos los moros de la morería; luégo en la estación, cuando nos despidió tanta gente y los hombres exclamaron: ¡ Viva el ejército! y las mujeres nos saludaron con los pañuelos, y arrancó la máquina, me pareció á mí, y debió parecerles á todos, que podíamos comernos al enemigo en un abrir y cerrar de boca. Después... No es que no hayamos cumplido... pero, vamos, que la cosa cambia... ¡ y se pasa un rato y hay un momento!... Créeme, Pepa; esto de la guerra es muy malo.

Al recordar el día de la acción se me abren las carnes. Empezó el tiroteo por la mañana; los moros eran muchos y fue preciso ir en ayuda de los compañeros. Se formó el regimiento y echamos á andar con el fusil al hombro; los jefes delante y los oficiales al lado. Así avanzamos como quinientos pasos; desplegó el primer batallón con las armas dispuestas, y salimos de frente. Aún no se divisaba á los moros; estaban más lejos, en las trincheras. De pronto los vimos. Erán muchos, muchos; ¡ y daban unas voces!... ¡ Preparen!—dijo mi capitán; y empezó el fuego.

¡ Qué fuego, chica! Las balas caían sobre nosotros como granizo, y pasaban cerca de mis oídos haciendo ¡ chist! ¡ chits!... Era un ¡ chits! terrible; no como el tuyo cuando me llamabas por la noche desde la reja de tu cuarto; aquel me hacía sonreír de gusto, y este me ponía los pelos de punta...

Fue preciso desplegar el segundo batallón; ¡ que si quieres! los malditos moros no se asustaron. Los hombres caían á mi alrededor como pájaros; y unos sin decir nada, redondos; otros prorrumpiendo en ayes y blasfemias. El regimiento dio un paso atrás.—¡ Animo, muchachos!—exclamaron los jefes; pero los moros, escondidos en las trincheras, nos fusilaban á placer. No sé lo que les pasaría á los demás; de mi sé decirte que sentí un frío muy grande por todo el cuerpo y unas ganas de apretar á correr más grandes aún; hubiera dado tres dedos de la mano derecha por estar en mi casa, lejos de aquella granizada de balas. No me atrevía á levantar la cabeza; el fusil me pesaba cinco arrobas, y las piernas me temblaban como si las tuviese hechas de azogue. Créelo; entonces sólo experimentaba un deseo; el de volver la espalda y huir. A los otros debía pasarles lo mismo, porque el movimiento de retroceso se acentuó mucho... En aquel instante llegó á mis oídos la voz áspera y enérgica del coronel que gritaba:—¡ Hijos míos vamos á morir por la patria!... ¡ A la bayoneta!

Levanté la cabeza, y vi allá, delante de todos, al coronel sobre un caballo negro, con su bigote gris erizado y la espada en la mano; á mi lado estaba un teniente con los ojos echando chispas, muy pálido, pero muy resuelto.—¡ Adelante!—gritó también.—¡ A la bayoneta!... Hubo algo así como un vaivén de hombres; luégo todos gritamos: ¡ Viva España! y el regimiento entero avanzó. Yo cerré los ojos para no ver al enemigo que estaba enfrente, y así marchamos de prisa, muy de prisa, sin disparar un tiro, entre el sonido metálico de las cornetas y un huracán de plomo que nos envolvía y nos diezmaba... Un choque terrible me advirtió que habíamos llegado. Al abrir los ojos ví á un morazo que me amenazaba con su gumiá. Eché mi fusil hacia atrás, lo empujé

con los dos brazos hacia adelante, lo hundí en una masa de carne, un chorro tibio y pegajoso salpicó mis manos, y el moro rodó como un taco á mis pies. Aquella sangre me volvió loco; se me había pasado el miedo; sólo quería una cosa: matar y matar; y me revolví de un lado á otro, dando á derecha y á izquierda, empujando atrás y adelante mi fusil, que chorreaba sangre desde la punta de la bayoneta hasta el percutor. De pronto sentí como una pedrada en el muslo; quise avanzar y caí de espaldas...

Cuando volví en mí, estaba en la plaza, acostado en una camilla. Mi coronel me miraba con los ojos enternecidos, y me abrazó diciendo:—¡ Bravo, muchacho, eres un héroe! ¡ Un héroe!... Bueno, lo seré; no me he enterado bien de lo que es eso. Si fuera por mí, me volvería á la aldea contigo; pero parece que es preciso vengar mi sangre, porque mi sangre es de la patria y la patria es como la madre: al que la abofetea hay que matarlo.

Ahí tienes lo que me pasó; según el coronel, soy un héroe. En cuanto esté sano volveré allí y pelearé con los moros; ¡ pues no faltaba más!... Pero, créeme, Pepa, esto de la guerra es muy malo.

JUAN.

### Excentricidades del genio

( POR EUGENIO MOUTON )

Alguno á quien conozco íntimamente no escribiría ni aún por un imperio con pluma que no fuese de ganso, porque parece que ha averiguado que la pluma de acero hace rígido el estilo y descarnadas las imágenes. Necesita tinta de la *Petite Vertu*, que es la única verdaderamente negra y papel satinado para que la pluma corra fácilmente y no se arruguen las cuartillas al cogerlas. No tolera sobre su mesa de trabajo otra cosa que el tintero, siempre sin la menor mancha de tinta, y una caja con tapa, sin llave ni broche, donde tiene corta-plumas, lápices, raspador, goma elástica y corta-papel. Preguntadle el porqué de todo eso y os demostrará las propiedades únicas é indispensables de cada objeto, asegurándoos que sin aquellos instrumentos su cabeza no hubiera podido producir jamás ni aún una sola línea de mala prosa.

Uno de nuestros novelistas, que al mismo tiempo ocupa elevada posición en la magistratura, no puede escribir sino sobre pequeños paralelógramos de un papel satinado verdoso y copia cada cuartilla hasta que queda sin la más mínima tachadura.

En un género distinto podemos citar una mujer de letras que sobre papel de escuela de tamaño igual al de dos tarjetas de visita escribe de un solo rasgo, sin respirar, una cincuenta de líneas que se tocan, con caracteres largos y apretados como ciruelas pasas. Cuando llena la página toma otra y así continúa hasta que ha escrito cuatrocientas, quinientas, mil! Entonces las reúne y las entrega á la imprenta sin haber leído no ya una página ni una frase, pero ni una sola palabra de su manuscrito. Y no son ellos peores que muchas novelas célebres; y aún algunos han sido muy apreciados! Si pudiésemos repetir aquí el verbo de que se servía el pobre González para calificar el procedimiento de las mujeres—autores, el lector se sorprendería menos de encontrar en ellas la fluidez del estilo, y hasta se reiría; pero tal verbo por muy francés que sea es muy poco usado.

Diametralmente opuesto á este desbordamiento inagotable colocaremos á Mérimée, que copió diez y siete veces el manuscrito de *Colomba*, y de quien puede decirse, como de la mujer—autor de que hablamos anteriormente que no era peor por eso. J. J. Rousseau sigue muy cerca á Mérimée bajo



este aspecto: basta ver en las *Confesiones* como no se cansaba de leer y releer el manuscrito de la *Nueva Heloisa*; y como cuando lo hubo terminado lo ató con lindas cintitas, aunque no podríamos precisar si eran azules ó rosadas. Por otra parte el seguía un procedimiento personalísimo, raro entre los escritores de imaginación: escribía de memoria. Como su estilo es una verdadera música análoga á las sinfonías de Mozart y sobre todo de Beethoven, componía de memoria sus períodos y los cantaba frecuentemente durante muchos días, hasta que la melodía le parecía satisfactoria; y cuando los había aprendido bien los trasladaba al papel. Seguía, además, un método que es el mejor de todos y que produce maravillosos resultados: trabajaba en el espacio, en la luz, en plena naturaleza, ya soñando, sentado ó reclinado al pie de un árbol, ya escalando las rocas al borde de un abismo ó posado como una águila en el vértice de un pico.

Cuál de esos procedimientos vale más? Indudablemente que el que produzca mejores resultados á su autor, porque ¿cómo compararlos sin son enteramente opuestos?

Hé allí á Alejandro Dumas, padre, que ha hecho, puede decirse, cien obras maestras, y que, una vez sentado á su mesa de trabajo escribía diez y siete y diez ochos horas seguidas sin detenerse, sin releer una línea y sin que el numen de su prodigiosa imaginación se fatigase un instante. Pero de repente en medio de su carrera desenfrenada la pluma se detenía de golpe. El maestro levantaba los ojos para buscar un recuerdo..... Muerte y condenación! El personaje cuya aventura refería había muerto tres capítulos atrás ó bien no podía llegar del Africa ó de la India sino en el capítulo siguiente. Y aquí eran las angustias, los sudores fríos, las rabias, hasta que encontraba de nuevo el hilo de los acontecimientos y corregía los anacronismos del relato.

En Alejandro Dumas, hijo, la decoración cambia. El medita larga y profundamente la poderosa máquina cuyos rodajes va á calcular y cuyos resortes va á animar. Paso á paso, palabra por palabra, se construye en su cerebro el drama; aparte se formula cada idea y se coloca en su sitio para volver á ser asida, amasada, retocada; y sólo cuando todas las partes de la obra están dispuestas se dedica el autor á reunir las.

Pero no todos tienen la vena inagotable de Dumas padre, ó el paciente buril de Dumas hijo. Ponson du Terrail, por ejemplo, á fuerza de verter torrentes de tinta acababa por ahogar en ella la memoria y hacía desfilar en sus novelas tantos personajes igualmente extraordinarios, que los olvidaba cuando los perdía de vista y no los reconocía cuando los volvía á encontrar. Y entonces, para no interrumpir el hilo de la narración, ponía sobre la mesa, colocados en círculo, muñecos vestidos que representaban los personajes, y una vez terminado el papel de cada uno, por muerte ó desaparición, Ponson du Terrail lo asía por el cuello y lo arrojaba en una cesta; y el novelista podía continuar tirando de la cuerda de los muñecos supervivientes sin temor de ver al muerto resucitar y ponerlo todo en confusión.

Otros, y estos son los más temibles para los editores, y aún para sí mismos, son incapaces de escribir á la pluma: terminado su manuscrito no tienen la menor idea de lo que han emborrinado sobre el papel y sólo cuando la prueba impresa llega á sus manos se dan cuenta de lo que han hecho. Caen de las nubes, no conciben que hayan podido decir tal cosa, olvidar otra, colocar tal idea aquí ó más allá; y entonces comienza una serie tal de conexiones, de adiciones, de supresiones, de trasposiciones, que

es para comenzar de nuevo. Se hace una segunda galerada: el mismo trastorno. Después de otras dos ó tres pruebas juran por todos los santos del cielo que todo está listo y por fin se resuelve á reducir á pliegos. Y vuelve á comenzar el mismo juego con la agravación de que cada vez hay que descomponer la forma y recomponer las diez y seis páginas de un pliego, todo lo cual cuesta inmenso trabajo. Fue en este juego que Balzac, en lugar de enriquecerse con la prodigiosa fecundidad de su genio, vivió en la miseria, porque las correcciones absorbían de antemano el beneficio que esperaba de sus obras maestras; fue por lo mismo que llegó Cousin, según se dice, á hacer gastar á sus editores cincuenta mil francos en una obra de filosofía.

Hay otra miseria de escritor: es la letra: Emilio Dechamps—esto dependía ¡ay! de la ceguera que le amenazaba y que le hizo morir loco de horror—tenía una letra tan prodigiosamente indescifrable que él mismo no la entendía. Uno de nuestros amigos comunes me ha contado que, más de una vez, habiendo recibido de él un billete ilegible y habiéndoselo devuelto con un signo de interrogación seguido de muchos de admiración, Dechamps, no pudiendo descifrar su propia letra, cogía el sombrero y el bastón é iba á decir á su amigo lo que había pensado escribirle.

Hay cierto modo de producir que da muy buen resultado á ciertos autores cuyas ideas necesitan ser activadas por un movimiento general del cuerpo: es no escribir. Se habla, se gesticula, se anda la novela; no es ya el autor inclinado sobre la mesa y pegado á la pluma: es el autor en escena é improvisando mientras que un escribiente reducido al papel de fonógrafo vivo, escribe al dictado. Es así como trabaja Arsenio Houssaye. Este procedimiento permite escribir mucho en poco tiempo, mas, para quien no pudiese hacer de él un uso constante parece que debe suponer muchas dilaciones é incorrecciones que será menester modificar releyéndose. Y además, no siendo el discurso escrito idéntico al discurso hablado es difícil que no haya grandes equivocaciones sobre el juicio que los lectores hagan del libro.

### Por el correo

[DE RUFINO BLANCO FOMBONA]

Señorita:

Sois bastante bella; sois muy inteligente. Vos lo sabéis; pero creedme, desearía que os pagáseis más de vuestra hermosura que de vuestro talento. Entre Venus y Doña Emilia Pardo Bazán los hombres preferimos á Venus.

Bien es verdad que no escribís para el público; á lo que creo ni para solazaros escribís; pero os mostráis tan solícita por todo lo que á las bellas letras atañe; es tan absoluta la autoridad de vuestros juicios; reveláis tan á las claras vuestra pobre ciencia de folletines; que aparecéis á mis ojos, ¡oh, señorita! como una rosa que quisiera cambiar la tersura de sus pétalos por recia concha de alerce, y la fragancia que su cáliz espira por la goma que secreta el samán.

No os diré yo, como algunos, que vuestro talento es perla enclaustrada en la hermosura de vuestras formas como en rico estuche; que sois un arpa eolia pronta á desatarse en melodías; os diré sí, que no está bien en vos la gana desahogada de ser, gracias á vuestro encanto físico deleite de los ojos, y alegría y felicidad de las almas, merced á la que decís fuerza misteriosamente avasalladora de vuestro espíritu.

¿Me creéis poco galante? Pero por Dios, sabed al menos perdonar esta lisura en la prosa de un poeta, cansado ya de tanta mentira rimada.



### Una ciudad empedrada de diamantes

Va á hacer treinta años que se descubrieron las minas de diamantes del Sur de Africa de un modo puramente casual. Un mercader que iba de granja en granja, vio una piedra brillante mezclada con los guijarros que usaban para sus juegos los muchachos de una vivienda próxima al Vaal.

Sospechando que la tal piedra pudiera tener algún valor, la envió al Dr. Atherstone, de Graamstown, que se ocupaba en asuntos geológicos y que conoció al punto que se trataba de un hermosísimo diamante. Pronto cundió la noticia del hallazgo, y la ambición condujo al sitio mencionado una legión de investigadores. Se descubrieron varias minas en aquel punto, se formó una especie de campamento y se bautizó con el nombre de Kimberley.

En las inmediaciones de las minas era muy rara el agua indispensable para lavar el terreno diamantífero. Muchos obreros trataron de prescindir del agua y de buscar los diamantes en seco; pero no pocas piedras preciosas quedaron entre los escombros por efecto de la imperfección del procedimiento.

Desarrollándose poco á poco la población de Kimberley, llegó á tener su municipio correspondiente, que se ocupó, entre otras mejoras, de empedrar las calles, para lo cual se consideró utilizable la masa de escombros que estorbaba á los mineros, y con gran contentamiento de estos últimos, la municipalidad se encargó de la extracción de aquellos.

Pasados quince ó diez y seis años, se hicieron las minas demasiado profundas para ser explotadas por obreros particulares y, por otra parte, el exceso de producción hizo bajar el precio de los diamantes. Entonces consiguieron unos tantos capitalistas comprar y reunir la propiedad de las minas, hasta entonces muy subdividida. Disminuyeron la producción para hacer subir el precio, instalaron máquinas para suplir á los braceros y quedaron muchos de éstos sin trabajo.

En tal situación, los trabajadores cayeron en la cuenta de que las calles de Kimberley contenían enormes sumas de diamantes utilizables desde que el agua, conducida del río Vaal por dos compañías diferentes, era allí abundante y barata. Los obreros sin trabajo solicitaron del municipio permiso para lavar el asfalto de las calles y extraer los diamantes que contenía. El municipio accedió á la petición, y cada año fue concediendo la explotación de una parte del pavimento. El lavado de este último producía próximamente un millón de pesetas anuales; se hallaron piedras magníficas y trozos de terrenos riquísimos, como ejemplo de los cuales puede citarse un espacio de 12 metros cuadrados que dio diamantes por valor de 50.000 pesetas.

### El arte de Sarah Bernhardt

[POR JULIO LEMAITRE]

Su modo de representar es punzante y penetrante. Para interpretar la angustia, el dolor, la desesperación, el amor, el furor, encuentra gritos que nos conmueven hasta el alma porque vienen de lo más recóndito de su alma de mujer. Verdaderamente se entrega, se abandona, se transforma, en fin; yo no creo que sea posible expresar las pasiones femeninas con mayor intensidad. Pero al mismo tiempo que es de una verdad terrible, su representación es deliciosamente poética y la distingue de las vulgares interpretaciones del melodrama. Estas grandes explosiones subsisten armoniosas, obedecen á un ritmo secreto al que corresponde el ritmo de las bellas actitudes. Nadie se coloca, se mueve, se dobla, cae, como Sarah Bernhardt. Eso es á la vez elegante, soberanamente exprevisivo é independiente.

Fijemos la atención: todas estas siluetas sucesivas parecen visiones de un pintor refinado y atrevido. Esto no sólo es sencillo, sino en extremo "divertido," en el sentido en que se emplea la palabra en los estudios de artistas.

Nadie se viste mejor que ella, con una suntuosidad más lírica, ni con una osadía más segura. Sobre su cuerpo delgado y elástico, sobre su falsa flacura, que es en el teatro un elemento de belleza, pues por ella las actitudes se dibujan con más limpidez y precisión, la "toilette" de nuestros días, insensiblemente transformada, toma una flexibilidad que no se ve en otras mujeres, y como una gracia y una nobleza de estilo histórico.

Y la representación de esta grande artista no es solamente punzante y avasalladora, sino que es personal hasta el exceso ó por decir así coloreada.

Ya he hecho notar que nada es más singular en algunos puntos de una convención que la dicción de



Sarah Bernhardt. A veces desarrolla frases y tiradas enteras con una sola nota, sin una inflexión, volviendo á tomar algunas frases en la octava superior. El encanto está entonces casi únicamente en la singular pureza de la voz: es una corriente de oro, sin una escoria ni una aspereza. El encanto está también en el timbre; se siente que este metal vive, que un alma vibra en estas sonoridades, unidas como largas oleadas. Otras veces, guardando siempre el mismo tono, la maga martillea las frases, pasa ciertas sílabas por la lámina de sus dientes y las palabras caen, las unas tras las otras, como piezas de oro. En determinados momentos se precipitan de tal modo que no se oye sino el ruido sin concebirse el sentido; esto es seguramente un defecto que mi adhesión cuasi extática no me impediría reconocer. Pero á menudo esta dicción monótona y pura de ídolo fastidiado que no se digna emplearse como el común de los mortales con inflexiones inútiles y ruidosas, tiene algo de elevado y encantador. Hay de lo infinito y de las lontananzas en esta melopea imperturbable y límpida, que parece venir en efecto del país de las nieves y de las estepas dilatadas.

En suma, puede ser este artificio y el contraste que él hace con los pasajes donde la artista habla con dicción natural, lo que constituye la originalidad de Sarah Bernhardt. Este recitado es sin duda al papel hablado lo que son al papel mímico los trajes extraños y espléndidos: da cierto color y sabor de exotismo. El uno y el otro tienen un grado de rareza y de verdad sorprendentes, y Sarah Bernhardt posee además un encanto inefable.

### Los precursores

Cuenta la revista *Medicine Moderne* que un misionero en China vio con horror que una perra rabiosa mordía á los dos hombres que transportaban su palanquín. Al expresar sus inquietudes en presencia de un grupo de chinos, éstos le tranquilizaron diciéndole:

«No tengas el menor cuidado. Los cinco que estamos aquí hemos sido mordidos por un perro rabioso en el mes de marzo, y aquí nos tienes en septiembre sin haber experimentado el menor síntoma de rabia, porque comimos el hígado crudo del perro que nos mordió.

«Tus mozos comerán crudo el hígado de la perra rabiosa y quedarán libres de rabia como nosotros.»

Ya Plinio recomendaba el mismo tratamiento que empíricamente y no con mal resultado han empleado muchos médicos modernos, entre ellos Lux, de Leipzig, en 1829; Pedro Dufresne, de Ginebra, y Burnett, de Londres, que administraba á los tísicos maceraciones atenuadas de pulmones tuberculosos, etc.

La misma revista mencionada anuncia que annamitas y tonkineses emplean desde hace siglos el procedimiento de precipitación de los cuerpos extraños del agua por el alumbre, y utilizan también de antiguo el siguiente para hacer potables é inofensivas las aguas de las charcas más peligrosas:

Recogen en grandes calabazas el agua de los arrozales tomada en medio de las aldeas y contaminada con todos los detritus é inmundicias, y la exponen al sol durante algunas horas, teniendo cuidado de ir de cuando en cuando á agitarla con más ó menos frecuencia, según la intensidad de los rayos solares.

Con el reposo y la exposición al sol, el agua deposita todas las sustancias sólidas en el fondo de las calabazas, y deja sobrenadar en la superficie una especie de espuma irisada y pegajosa que se quita antes de cada agitación y que contiene materias grasas y nauseabundas procedentes de la descomposición de las sustancias orgánicas.

Según la hora del día y el ardor del sol, pueden bastar de tres á cinco horas para obtener, por decantación, un agua purificada y potable con absoluta seguridad.

La *Revue Scientifique*, que reproduce el relato de ambos hechos, observa que, en el primer caso, los chinos practican sin saberlo la gran terapéutica científica; y en el segundo, los annamitas demuestran haber adivinado la influencia de la luz sobre las bacterias.

Ejemplos son éstos de esas situaciones que generalmente son tanto más acertadas cuanto más antiguas, en las cuales pudieran verse las huellas de tradiciones de épocas lejanas en que el hombre poseía ya las ciencias que las modernas generaciones van resucitando trabajosamente.

### Cartas dirigidas á Miguel Angel

Próximamente se publicarán en Florencia las cartas dirigidas á Miguel Angel cuyos originales se conservan en la biblioteca Laurentienne. Estas pasan de seiscientos; y la clasificación está terminada.

Cierto número de ellas son ya conocidas del público por haber sido utilizadas en las biografías consagradas al gran artista; sin embargo, esta edición completa y crítica suministrará muchas noticias nuevas sobre el carácter y el arte de Miguel Angel. Las

cartas de Fantucci y de Spina permiten reconstituir toda la historia de la fachada y de la sacristía de San Lorenzo; se expresan allí las negociaciones entre Miguel Angel y Clemente VII, con motivo de esta gran empresa, y el vivo interés demostrado por el Papa, que estudiaba é mismo los proyectos del artista, y á quien para estimular su celo le recordaba que «Los Papas no viven mucho tiempo.»

La correspondencia da menos detalles inéditos sobre los trabajos de la capilla Sixtina, para los cuales no hubo absolutamente contrato entre el artista y Julio II, quien se limitaba á dar á Miguel Angel algunas centenas de ducados cuando estaba en fondos. Empero, se encontrarán muchas cartas ignoradas hasta hoy, relativas al monumento de Julio II, que el artista llamaba la «tragedia de su vida.» Las cartas de Francisco I, de Catalina de Médicis, de los duques de Urbino y de Ferrare, haciendo á Miguel Angel el encargo de una estatua, de una pintura ó de un dibujo, son en su mayor parte conocidas; no así las de la correspondencia familiar é íntima del gran escultor, las de su padre, de su hermano, de su sobrino Leonardo, á quien él educó como su propio hijo, y las de sus pocos amigos. Ellas ofrecen una nueva luz sobre muchos episodios de la vida del maestro, particularmente sobre su rivalidad con Rafael, á quien los discípulos de Miguel Angel no economizaron absolutamente en sus cartas las más amargas y las más violentas críticas.

### Carteros. ciclistas

En Alemania, país clásico de las diligencias, la distribución de las cartas se hace hoy únicamente por carteros ciclistas. Resultado inmediato: hay en Berlín 27 distribuciones diarias. Una carta depositada en la estafeta atraviesa la ciudad, es distribuida en tres cuartos de hora, ó una hora después: menos tiempo del que se emplea en París en poner un telegrama para recorrer 800 metros.

### Historia de los botones

Uno de los capítulos más curiosos de la historia de los usos será seguramente la de los botones.

Hoy quizás no se duda del cuidado artístico con que esta modesta parte del vestido fue en otros tiempos tratada.

¿Qué diferencia entre los botones brillantes, suntuosos ó delicados que usaban en el vestido nuestros padres, y los empañados rodajos de metal ó de madera, cubiertos por insignificantes telas, que componen el nuestro. El botón ¡ay! se democratiza, se industrializa!

Botones de cobre, de marfil ó de vidrio; botones de plata adornados de filigrana y realzados con perlas al estilo italiano; botones de seda bordados, impuestos por orden de Luis XIV; botones de acero repelentes á la moda holandesa; botones á la *Montgolfière* y á la *Necker*; botones Buffon, resguardados bajo débil cristal, ó bajo plumas brillantes de colibrí ó de tuacán; botones de perlas; botones de cristal de espejo, de los cuales se servían los jugadores poco es crupulosos para descubrir las cartas de sus contrarios; botones pintados, en miniatura, y grabados; botones de pasta de porcelana; botones de Sévres ó de Saxe; botones políticos; botones revolucionarios; botones que recuerdan la toma de la Bastilla,—¡qué admirable colección se ha podido hacer de estas pequeñas obras de arte, y de un arte tan delicado, tan gracioso y tan francés.

¿Pero esta colección existe; ha sido vista, admirada, alabada, catalogada y descrita; ha adornado á menudo el museo de artes decorativas; figura en fin y quizás por la última vez, en completo estado en una sala de exposición? No, sino en el hotel Drouot de París donde no muy tarde se dispersará «bajo el fuego de los remates.»

### Sagacidad de las palomas

La escena pasa en América y ha sido observada en todos sus detalles por el propietario del palomar. Las palomas vuelven á sus casillas en bandadas, después de sus excursiones por el campo. Preséntase un gavilán. Por instinto ó por experiencia las palomas saben que es peligroso tener un gavilán por sobre sus cabezas. De repente y como de común acuerdo la bandada se levanta en círculo y evoluciona para situarse más arriba del enemigo. El gavilán se mantuvo en sus posiciones; él hizo mal; porque las palomas cerrando todas las alas á la vez, se dejaron caer inertes como piedras pasando debajo del pico del animal sorprendido, con una rapidez vertiginosa. El ave de rapiña comprendió la maniobra aunque un poco tarde, y á su turno siguió el ejemplo; pero las palomas se habían adelantado y desplegando sus alas, huyeron á sus casas. Cuando el gavilán llegó, todas las palomas habían entrado. Y el gavilán se fué por otra pesca.

Moraleja:

De nada sirve correr, es necesario partir á tiempo.

### El miedo

M. Déroulède le ha consagrado coplas famosas al miedo, y los hombres más grandes de la guerra han declarado que ellos lo han sentido. Ney, montando á caballo para dar una descarga desesperada apostrofaba sus piernas temblorosas; Skobeleff declaraba que «en el fondo del alma él no era sino un cobarde;» el general Horace Porter decía que durante la guerra de Sucesión, no había conocido sino dos hombres que no inclinaban nunca la cabeza; y este movimiento es tan instintivo que después de una batalla los hombres que han entrado al campo saludan todavía, al menor ruido. Nadie es insensible en el peligro; y la intrepidez consiste en dominar el miedo antes que ignorarlo. Esta bravura es bella y no se adquiere sino por la acción. ¿Pero cómo enseñar el valor en tiempo de paz? Semejante pregunta es la que hace M. H. W. Wilson en el «United Service.»

Un general ruso ha propuesto «saler» las tropas durante las maniobras, cargando de cada diez fusiles, uno con bala. M. Wilson opina que este medio radical tiene pocas probabilidades de ser acogido por las naciones civilizadas y «esto es perjudicial, añade, porque un escuadrón ejercitado de esa manera sería invencible. La *Revue Bleu* acertadamente advierte que sería al menos abusivo herir á un gran número de pobres desgraciados para preparar á su compañeros á una guerra que quizá no estalle nunca. Precoriza procedimientos más humanos, como las subidas á las montañas, la caza; en una palabra, todos los ejercicios físicos y todos los sports que previenen al hombre en la continua perspectiva de un peligro que la prudencia y la habilidad no pueden completamente evitar. Este medio es menos heroico que la «salaison» del general ruso.



UN SACA-MUELAS SIN DOLOR

## MISCELANEA

### Pequeño Tratado de Error Judicial

(POR ERNEST LA JEUNESSE)

No crea usted, me dijo el magistrado, que el error judicial tenga por objeto dar vida al producto de la acalorada fantasía de un autor de *vaudeville*, en colaboración con dos ayudantes del verdugo. No; el error judicial es de esencia divina y de tan buena ley como el quid pro quo y la maldad. A todos conviene y para todos sirve: las mujeres que necesitan enternecerse é indignarse, los actores melodramáticos que quieren asombrar á sus oyentes, los autores de folletín, los enemigos del poder, los periodistas, los criminales y los gobernantes, todos lo celebran. Si no por los códigos, admitido al menos por los filósofos: «Prefiero una injusticia á un desorden,» dijo Goethe. Una injusticia preventiva nos puede salvar de un desorden, yo lo creo; y además ¿no tendrá derecho la Prefectura de policía para arrestar á medio París, cuando se trata de salvar á la otra mitad? Más diré: ¿ese temor á la policía, que es la que hace respetar las leyes, la fortuna, la virtud y la inocencia, ese temor á los agentes de seguridad, no será causado por el sentimiento profundo del error judicial, del error posible, del cual pudiera ser víctima el individuo?

El magistrado continuó con voz más grave: «Sí, señor; todos creen que pueden ser víctimas de un error—y eso no es más que un vano temor.



¿Ha observado usted con atención las cabezas de los presuntos inocentes ó de los reconocidos como tales? ¿Cuán indignas! Con sólo verlas podría atribuírseles cualquier atentado. Puede también alguno ser criminal por casualidad; pero los condenados injustamente tienen antecedentes, atavismos y predestinaciones: tienen tras ellos otro crimen, y sólo por alguna casualidad no han cometido el delito de que se les acusa. He visitado muchas prisiones y muchos presidios, y me han sido presentados varios asesinos incontestables: todos me parecían tristes, de carácter suave, y gozaban de la estimación de sus guardianes. He visto otros que se decían inocentes, y de cuya rehabilitación se trataba, inocentes defendidos á porfía por todos los periódicos, mas no por los guardianes, que me decían horrorizados: "Mucho cuidado! ése es el peor de todos: vea usted lo que es el error judicial!"

Y si aquéllos tuvieran un poco de delicadeza y de grandeza de alma, no se enorgullecían por haber sentido la rara voluptuosidad del sufrimiento, sino tener que molestarse en cometer el crimen, y no se imaginarían acaso que son mártires, y que con tan poco trabajo han llegado á redentores de la humanidad? Y después de todo, lo esencial no es castigar al culpable, sino castigar. Condenar á alguno es ofrecer un sacrificio expiatorio: todos los seres tienen derecho á ser sacrificados."

Detúvose un instante, dejándome confuso y atónito ante sus crueles sutilezas. Pasó después á las siguientes conclusiones:

"Si se quiere acabar con el error judicial hay un medio muy sencillo. Acusar á los jueces de haberse engañado es ultrajar á la magistratura; y ese es un delito; en cambio, si apliquémos la ley á los periodistas, que tanto empeño muestran en hablar de los errores judiciales, nosotros los haríamos callar, sí, á vuestros periodistas, y ya no se pensaría tan á menudo en los errores de los magistrados."

Aquí empezó á refirse mi interlocutor, con aquella risa de quien ha leído á Nietzsche y á Poe, y sabe permanecer contento y tranquilo. Miróme de hito en hito como un gendarme observa á su prisionero y dándome un golpecito en el hombro, con mucha dulzura, como M. Clément cuando arresta á alguno en nombre de la ley, me dijo:

"Pero nosotros sí queremos á esos periodistas que denuncian los errores judiciales. Nosotros, los jueces, necesitamos más que nadie los errores judiciales, los necesitamos más que las mujeres sensibles y los actores melodramáticos: si á veces nos equivocamos, eso prueba ¿no le parece á usted? que no nos equivocamos siempre.

#### Aumento del cáncer

Si los esfuerzos desplegados por los higienistas en la lucha contra las enfermedades contagiosas se conocen actualmente por la disminución sensible de ellas, tales como la tuberculosis y la difteria, parece que en cambio existe un mal terrible entre todos, el cáncer, cuya frecuencia es cada vez mayor.

Una estadística llevada en Inglaterra establece que en 1840 el cáncer ocasionaba una defunción por cada 129 fallecimientos generales, es decir, 177 por cada millón de habitantes.

Según esto, actualmente en Inglaterra se cuenta una defunción por el cáncer por cada 23 fallecimientos generales, ó sea 713 por cada millón de habitantes.

Este es el estado de la mortalidad que ocasiona el cáncer en Inglaterra, y hay motivos para creer que hace ya 50 años sucede lo mismo en otros países mucho más importantes. Si esta progresión continúa es evidente que este mal será pronto una de las causas más frecuentes de mortalidad.

Algunos médicos ingleses atribuyen este hecho al exagerado consumo de carne que caracteriza nuestra época; pero para otros, el aumento de los casos de cáncer es simplemente el resultado de la disminución de la tuberculosis. Cierta número de personas fallecidas á causa del cáncer habrían muerto en otras condiciones por la tuberculosis. De allí esta paradoja: que cuando mayor es la mortalidad motivada por el cáncer, mayor es el indicio, en cierto sentido, de buenas condiciones sanitarias.

#### Colleras neumáticas

La *Gazette Agricole* francesa da cuenta de la invención de los señores Senechal y Roy, que consiste en aplicar á las colleras de los caballos de tiro, cámaras neumáticas como las que se aplican á las llantas de las bicicletas modernas.

Según la revista aludida, el sistema de colleras neumáticas ofrece las tres ventajas siguientes:

1.º Peso mucho menor que el de las colleras de lona y de cuero.—2.º Perfecta flexibilidad que ahorra al animal de tiro los dolores y rozaduras que le proporcionan los arneses ordinarios.—Y 3.º Gran elasticidad que alivia los esfuerzos de tracción y permite al caballo arrastrar mayor carga.

#### Flores y plantas luminosas

*Una particularidad de la naturaleza.—Fosforescencia nocturna de ciertos vegetales.—Explicaciones de tan extraño fenómeno presentado por los sabios.*

No puede negarse que el fulgor fosforescente que se desprende durante la noche de ciertas flores ó plantas constituye uno de los fenómenos más curiosos del reino vegetal. El primero que hizo conocer al mundo científico ese hecho singular, desconocido hasta entonces, fue el ilustre naturalista Linneo, que, paseándose en una hermosa noche de verano por el jardín de su padre, observó con admiración que las flores de un cuadro de *tropaeolum majus* ó capuchina común resplandecían en las tinieblas con coloraciones irisadas.

Cautivado por la novedad del espectáculo que á su vista se ofrecía, renovó repetidas veces sus visitas nocturnas, y pudo cerciosarse de que se desprendían de las flores extraños fulgores en toda la noche; comunicó sus observaciones á un electricista de su época, llamado Wilcke, y este atribuyó dicha particularidad á una acción puramente eléctrica, opinión que ha sido también la de casi todos los escritores que han tenido que ocuparse de tan interesante asunto. Creen otros que esa fosforescencia es sólo aparente, especie de ilusión óptica.

La emisión del fulgor de las plantas se produce especialmente en las noches cargadas de electricidad, con tiempo tempestuoso, lo que contribuye á dar la razón á lo afirmado por Wilcke y otros muchos botánicos. Sea de ello lo que fuere, han observado los sabios, desde esa época, el fenómeno de la fosforescencia en multitud de vegetales del antiguo y del nuevo mundo. Erasmó Darwin ha estudiado con especialidad una de estas plantas, llamada *lirio de los pantanos*, originaria del África, que tiene un fulgor especial, y que ha sido designada por él como el tipo más perfecto de los vegetales luminosos. El *tornasol vulgar*, tan común hasta en los jardines más modestos, es también muy fosforescente en las hermosas noches del estío, lo mismo que la fraxinela.

Un naturalista sueco, M. Haggren, llevó á tal extremo su deseo de investigación, que encargó especialmente á un guarda, recorriese durante toda la noche los cuadros de su jardín, y le avisase en el acto cuáles eran las plantas ó flores que despedían destellos luminosos, pudiendo comprobar de ese modo que no se producía la fosforescencia sino después de un día de sol, mientras que el fenómeno no existía sino muy rara vez con tiempo lluvioso ó nublado. Pudo también observar este botánico que en los meses de julio y agosto se aumentaba el brillo y la intensidad de los destellos inmediatamente después de la puesta del sol, continuando con el mismo fulgor hasta el amanecer.

Todavía llevó más lejos sus investigaciones el botánico Haggren: sometió las flores al examen microscópico, con el objeto de averiguar si la singular fosforescencia provenía de la presencia de insectos ó organismos, y sus repetidos experimentos le demostraron la inexactitud de tal idea. No encontró en las flores ningún corpúsculo extraño, de lo cual dedujo que podía ser cierta la opinión emitida por Wilcke de que la electricidad de la atmósfera tenía un papel importante en la producción de la extraña luz. Ocurrióse también que el polen de la flor tenía gran parte en la fosforescencia, pues la flor de la capuchina y las de otros vegetales luminosos en la obscuridad, adquirían mayor brillo en la época de plena florescencia.

El mismo hecho fue observado por Dowden y otros tres sabios en diversas ocasiones y sus informes se publicaron en el *Journal de Botanique* que se edita en Londres. Más tarde observó idénticos fenómenos Canon Russel; sus escritos prueban que la fosforescencia estudiada por él se extiende hasta las hojas de ciertas plantas, en especial las de la capuchina, y demuestran que los fulgores de estas hojas continúan aun después de separadas de la planta madre. Esos hechos tan precisos destruyen la teoría errónea de la ilusión óptica como causa del fenómeno.

Una especie de euforbio, *euphorbia phosphorea* posee en alto grado, como lo indica su nombre científico, las curiosas propiedades luminosas durante las noches calurosas del estío, en los inmensos bosques del Brasil. En este mismo país se encuentra un césped especial que los habitantes designan con el nombre de *Khus-Khus*, y es también fosforescente. Cuentan algunos viajeros dignos de fe que en muchas ocasiones sus caballos y bestias de carga, al ir á comer dicha hierba, se detenían espantados al ver que el césped lanzaba llamas en medio de aquella obscuridad.

Entre los criptógamos llaman principalmente la atención por su brillante fosforescencia en la obscuridad de la noche, el helecho, el musgo y las cetas. En los pozos y galerías de alguna mina de carbón en Dresde, pulula una especie de agarico pequeñísimo.

de la familia de los hongos, y centellea con tal brillo que se puede leer cerca de él una carta ó un periódico. El extranjero que ve por primera vez esos millares de puntos luminosos en las paredes de las galerías subterráneas, se asombra al contemplar tan extraño y maravilloso espectáculo. Creyóse por mucho tiempo que esos hongos pertenecían á una especie particular mal determinada, mientras que hoy se ha reconocido que forman parte de la familia de los agaricos.

Hay otra especie de hongo muy común en el sur de Francia el *agaricus olearius*, que es también muy luminoso; crece en las pequeñas grietas que presenta la corteza del olivo, y cuando abunda esta parásita, parece durante la noche como si un fuego interior consumiera lentamente el tronco del árbol. Cree el eminente botánico Joseph Hooker que esa fosforescencia de los agaricos es debida á una alteración molecular, á una ligera oxidación de la micelia. Pero el criptógamo que, sin contradicción, tiene el brillo más extraordinario, es una parásita de la palmera, un hongo que los naturalistas llaman *agaricus Gardneri*. Su luz blanca, con reflejos azulados, es comparable con la que emiten al volar los cocuyos de los países tropicales.

El naturalista Talstone, que ha hecho experimentos notables sobre la fosforescencia vegetal, ha comprobado que la luz producida por los hongos desaparece totalmente en el vacío ó cuando se dejan en un lugar que no contenga sino gases irrespirables, de lo cual deduce que su luz se debe á una combustión lenta y sin calor, producida por una combinación química del oxígeno atmosférico, que es absorbido por el agarico, con una sustancia especial de esta planta. Tal es la explicación más verosímil y generalmente admitida por los sabios, del extraño fenómeno presentado por multitud de vegetales que se vuelven luminosos en la obscuridad de la noche.

CH. MARSILLON.

#### Los experimentos del Dr. Baraduc

(POR SERGINES)

.....Raro!.....Muy raro!.....

Los antiguos sacrificaban palomas para sacar augurios de la sangre humeante. En lo moderno inclínase el Dr. Baraduc á observar la paloma sacrificada que palpita y muere, para buscar la prueba de su alma. ¡El alma de una paloma!

Es sabido ya á qué género de investigaciones se entrega con toda buena fe el Dr. Baraduc. En su laboratorio, tan lleno de aparatos para producir la benéfica electricidad, hasta el punto de hacerle creer á cualquiera que se halla en casa de Mesmer—cuya batería ha encontrado, aunque concebida de muy distinto modo—no se limita á reanimar con duchas los órganos debilitados, ni se ocupa tan sólo en saturar de luz el cuerpo que se exalta en la gloria intensa de los rayos, sino que va más adelante y penetra sutilmente en el dominio hasta entonces inexplorado de la fuerza vital.

Está convencido de que el alma particular no es más que una participación del alma universal de las cosas; esta alma universal es, según él, como una madre cuidadosa de lo que ha creado, en virtud de leyes armónicas; y alimenta, por un cambio incesante de relaciones entre ella y nosotros, nuestras energías vitales.

Cuando nos faltan esas energías las atraemos, y las rechazamos cuando están de sobr.

La aguja de un pequeño aparato llamado *biómetro* es atraído cuando le presentamos las manos, siempre que estemos débiles, deprimidos y con necesidad de recobrar fuerzas; y, por el contrario, es rechazada cuando tenemos exceso de fuerza.

Lo que el aparato presentaba á las miradas de los más excépticos, había de complementarlo la fotografía. Colocando en plena obscuridad una plancha sobre la región del corazón ó sobre la frente, se hace la impresión como si nuestro cuerpo fuese un tubo de Crookes, dando expresamente su luz catódica para estos clisés.

Lo más admirable del caso es que las impresiones fotografiadas están en relación con el alma del sujeto; así es que la energía, espontánea ó cultivada, normal ó psíquica se traduce por una especie de proyección que cubre toda la plancha con manchas como perlitás, que á veces llegan á perforar el gelatino. El éxtasis y el dolor, los sentimientos tranquilos, se manifiestan en torbellinos, estrías, nubes, así como vapores ó los humos de un ensueño.

¿Sería acaso el hombre, entre todos los animales, el único que, como sér pensante, pudiese dar la prueba del fenómeno? ¿Qué marcaría la plancha fotográfica colocada sobre el corazón de un animal? Un redactor de *L'Éclair* ha pedido á M. Baraduc la explicación de ese procedimiento, que es el último hecho por él hasta ahora.



Sobre una tablilla, dijo, coloqué una paloma abierta en cruz, sujetándole las alas y las patas, y le apliqué sobre el corazón una plancha fotográfica; tapé la plancha y la paloma con un recipiente, teniendo además el cuidado de no trabajar sino con la luz roja. Desarrollada la plancha, vi que estaba acribilada de manchitas en forma de perlas ó granos.

Espantado el animal, con un instinto supremo de conservación, llamaba en su auxilio toda su energía, y proyectaba al exterior, en esa manifestación activa, toda la fuerza vital de que podía disponer. Mientras estuvo dominada por el terror y tratando de defenderse, presentaron las planchas las mismas señales; pero acostumbrado al fin á la molesta posición, recobró el corazón su movimiento normal, peligró la tensión vital, y la plancha tradujo realmente, junto con la fatiga de aquel pequeño sér, ya pasivo, la desaparición del terror.

Parecióme propicio el momento—ya que la víctima presentaba al cuchillo su blanco cuello—para ver lo que sucede en el momento de la muerte, y degollé la mansa paloma.

Colocada la plancha en este segundo estado, sobre el corazón del animal, sacudido este por un estremecimiento mortal, presentó luego las olas en torbellino que se encuentran en toda plancha situada sobre un miembro herido. Ya no se proyecta la fuerza; es atraída del exterior; el sér, en su debilidad, invoca la naturaleza materna, y así como los pulmones buscan el aire que necesitan, trata él de buscar vida para su vida. Es una llamada inconsciente á lo invisible.

Sobrevino la muerte. Recogió la plancha los últimos suspiros—últimos fluidos de la vida local. Dibujáronse también, perfectamente distintos de las otras imágenes, pequeños estratos, velos diáfanos y vaporosos.

La última prueba se hizo sobre el cadáver frío, manchado de sangre coagulada. Pero ya la vida había desaparecido de la envoltura de carne; y el alma, la pequeñísima alma de la paloma, había volado, y nada se marcó en la plancha.

Los clisés de este experimento hecho en Belfait, cerca de Vichy, se expusieron en Nancy, en donde estaba reunido un congreso de fotógrafos. Este detalle carece de importancia, pues si las señales que presentaban los clisés hubieran sido sólo accidentales, lo hubieran observado los de la profesión; y ellos reconocieron, por el contrario, que el origen de esas pruebas fotográficas se escapaba á toda explicación vulgar.

Aventurarse á una conclusión sería locura; pero pueden intentarse y multiplicarse los experimentos. Por haber fotografiado la agonía de una paloma, ¿podrá acaso el Dr. Baraduc descubrirnos algún día el misterio del alma?

## NUESTROS GRABADOS

### Santa Cecilia

Ornato de la galería de pintura de S. Luca, en Roma, es el cuadro de A. Pozzi, que reproducimos en estas páginas, y que corresponde en mérito y fama á los que la sublime mártir inspiró á Rafael, al Veronés, Van Dyck y Rubens.

Fuente de delicadas inspiraciones siempre ha sido para el arte la vida de aquella doncella que respondió al tirano: "me llaman Cecilia; pero tengo otro nombre más noble: soy cristiana." Una inmortal escultura de Esteban Madero, la representa en el momento de caer en el *caldarium* de Almaquio, donde en vista de que no perecía por la afixia, cayó á los golpes del hacha del verdugo.

### José Jesús Martínez Mata

Los apuntes biográficos que acompañan el retrato de este distinguido y reputado institutor, van autorizados con la firma del Dr. Nicolás E. Navarro, Redactor de nuestro estimado colega *La Religión*.

### Cervecería de Puerto Cabello

Las cuatro vistas que ofrecemos hoy dan idea aproximada del vistoso edificio que á la vez que demuestra la importancia de la industria establecida por primera vez en aquella plaza sirve de ornato á la población.

Las máquinas que posee son perfectamente acabadas y de las más modernas que se conocen. Entre ellas sobresale una, poderosa, que mueve todos los aparatos, produce la luz eléctrica necesaria á todo el establecimiento, desde las cavas hasta la parte más elevada de la fábrica; destila y filtra el agua que ha de emplearse en la fabricación de la cerveza y la enfría hasta helarla, llevándola desde sus grados normales en nuestro clima hasta ocho grados bajo cero.

La cervecería de Puerto Cabello está montada á la altura de las mejores de su clase.

El 24 de Enero último fué inaugurado este nuevo establecimiento, á cuyo acto fuimos atentamente invitados por la Junta Directiva.

### Rafael Bolívar

El donoso costumbrista venezolano aparece en efígie en el presente número, y moral é intelectualmente en la carta auto-biográfica que gustosos publicamos al pie de su retrato.

### María De Nunzio

La joven diva que desde los comienzos de la temporada impresionó gratamente al público, por su delicada belleza, privilegiadas dotes vocales y correctas maneras en la escena, nació en Buenos Aires el 23 de enero de 1875, comenzó sus estudios de solfeo y canto á la edad de 10 años bajo la dirección de reputados profesores, cantó por primera vez una ópera—*Cavalleria Rusticana*—el 9 de marzo de 1891, interpretó luego *La Favorita*; pero al decir de los críticos argentinos, el verdadero triunfo de la señorita De Nunzio fué en el *Meñestefeles* de Boito.

Además de este brillante éxito, cuenta los alcances en Montevideo, Santiago de Chile, Turín, Pará, Bergamo y Bolonia.

### La ocasión hace al ladrón

Es de los cuadros que no necesitan título. A primera vista se adivina la intención del autor. El viejo adagio está allí fiel é ingeniosamente traducido. Mientras el fraile duerme, los criados se dan á la tarea de despojarle. La historia de siempre, hasta tanto no sufran modificaciones los instintos de la humanidad.

### Las Bellas Artes

La vigorosa fantasía de León Fortunski las humaniza y viste de gala con los atributos que les son peculiares.

Tienen en la radiante alegoría la belleza ideal de las Gracias que immortalizó la poesía griega y marchan á llevar al espíritu de la humanidad la nota, el color y la rítmica.

### Al regreso del campamento

Bizarro es el militar; y la hermosa napolitana, distraído su labor, escucha sonreída las nuevas protestas de cariño que le hace el dueño de su corazón. El ovillo rueda por la falda, la aguja permanece inactiva; y mientras el soldado aguarda una contestación de su amada, ésta baja los párpados y deja ver la blancura de sus pequeños dientes.

### Bohemia en marcha

Real, sugestivo y de enérgica factura es el cuadro de Francisco Lematte: recuerda la animada descripción de Paul de Saint Victor y los magníficos versos de Baudelaire sobre el mismo asunto.

Lematte nació en Saint-Quentin (Francia) el 26 de julio de 1850 y sus principales estudios los hizo en la Escuela de Bellas Artes de París bajo la dirección de Cabanel. Ha producido innumerables obras; y obtuvo medallas de primera clase en 1873 y 1875.

### Orillas del Manzanares

El dibujo al carbón que aparece con este poético título, se debe á las felices disposiciones artísticas del joven español Hortensio Güell, hijo de nuestro colaborador literario señor José Güell y Mercader.

### Tinaquillo

Las dos vistas que de la industriosa ciudad zamorana ofrecemos en el presente número, representan la entrada á la población y una calle de la misma.

### Sesteo de cerdos

Camino de Valencia á Tinaquillo, pasa esta escena campestre que pinta una de las tantas fases de nuestra industria pecuaria. La reproducción en grabado la hemos obtenido de una fotografía de los señores Avril.

### Música

*Bogando en el Manglar* es el título del valse que publicamos en la presente edición. Su autora, la señorita Angelina García Meza, lo dedica al señor Dr. Eduardo Calcaño.

## SUETOS EDITORIALES

**El Condor.**—Ocasionalmente invitados por los señores J. I. Fortoult & C<sup>o</sup> para visitar su laboratorio, tuvimos el gusto de apreciar las buenas condiciones de los licores que fabrican con la marca EL CONDOR, por lo cual nos atrevemos á recomendarlos al público. Del análisis practicado en el Laboratorio Municipal, aparece que no contienen sustancias nocivas, y merecieron la nota de buenos, según consta en la *Gaceta Oficial* número 139, que nos mostró el dueño del establecimiento.

Damos las gracias al galante dueño de EL CONDOR por las atenciones con que nos distinguió.

**Ecos Valencianos.**—Correspondemos con gusto á la visita que nos hace esta simpática publicación semanal que dirige en la capital carabobeña el señor M. B. López.

Escogidos trabajos en prosa y verso ocupan las ocho páginas de que consta, algunas de ellas ilustradas con retratos; y la edición acredita á la "Tipografía Mercantil de Chambón."

**"La Revista."**—De política, ciencias, artes y literatura trata esta publicación quincenal que dirige en Villa de Cura el señor Leonardo López, hijo, y redactan varios jóvenes de talento. El programa de *La Revista* está sintetizado en estas líneas que tomamos de su prospecto: "Jóvenes, y en las postrimerías de un siglo cuyo advenimiento se anunciara á golpe de piqueta, mal podríamos permanecer impasibles ante el movimiento evolutivo que preside la marcha de las sociedades, y que de por fuerza nos encausa y arrastra en la corriente de las ideas modernas."

Celebramos la aparición de *La Revista* y aplaudiremos los triunfos que conquiste en el periodismo venezolano.

**"La República."**—Presentamos nuestros parabienes á este ilustrado colega caraqueño por haber cumplido el primer año de su existencia periodística. Desde su aparición viene dedicándole honrosos conceptos á EL COJO ILUSTRADO; y este recuerdo es motivo para que le renovemos la seguridad de nuestro reconocimiento.

**Núñez de Cáceres.**—Hemos tenido el gusto de recibir la visita que este erudito literato, amigo nuestro nos ha hecho á su regreso de Europa.

Su estadía en París ha sido de provecho para las letras patrias.

Allí dejó de un todo terminada la edición de sus textos de inglés, francés y alemán, escritos para la enseñanza de estos idiomas bajo un plan nuevo y original; y también dejó imprimiendo los últimos pliegos de *La Cachuriada*, poema éste del cual han sido justamente celebrados los fragmentos que la prensa ha dado á conocer.

Faltan á Núñez de Cáceres algunos recursos, que son de poca consideración, para poder dar al público sus obras; y lástima sería que por falta de aquéllos quedasen éstas archivadas en Europa.

Al presentar nuestra cordial bienvenida al ilustrado compatriota, hacemos votos porque adquiera pronto los medios necesarios al feliz éxito de su laboriosa tarea.

**José Padilla.**—Numeroso cortejo condujo á la última morada los despojos mortales de este honorable y modesto ciudadano que consagró á la práctica de las virtudes los mejores años de su vida y deja como legado á la familia el recuerdo que acerca al bien y el ejemplo que dignifica.

Nos descubrimos ante la tumba del buen compatriota y presentamos nuestro pésame á sus señores hijos y demás deudos.

**Centro Católico Venezolano.**—Hemos recibido la siguiente comunicación:

Caracas: 10 de Enero de 1897.

Señor Director de EL COJO ILUSTRADO.

Presente.

Tengo á honor participarle que hoy han tomado posesión de sus destinos los funcionarios del Centro Católico Venezolano electos para 1897, á saber: Presidente, doctor Agustín Avelado; Vice-presidentes, señores Luis Corrales y doctor Jorge Nevett; Tesorero, señor Juan B. Egaña; Bibliotecario, general M. V. Castro Zavala; Secretario de Actas, doctor Víctor M. Rada; Secretario de Correspondencia, el suscrito; Subsecretarios, señores Luis Felipe Parra y Facundo M. Pacheco.

Dios guarde á Ud. muchos años.

El Secretario,

PEDRO I. ROMERO.

Deseamos á los nuevos funcionarios del Centro Católico el mayor acierto en sus deliberaciones.

**Compendio de la Historia Eclesiástica.**—Esta obra escrita en francés por Ambroise Rendu, hijo, y traducida al español por las aprovechadas señoritas del Colegio "Nuestra Señora del Socorro," la hemos recibido con expresiva y honrosa dedicatoria de la Dirección de aquel plantel, al que ha dado crédito y renombre la competencia de las señoritas Limardo.

El libro que anotamos ha sido aprobado por el señor Obispo de Verzas y por la autoridad eclesiástica de Venezuela. Fue vertido á nuestro idioma para el uso de los institutos de educación de jóvenes de ambos sexos; y por su texto y por el objeto á que está destinado, es el único de su especie que existe en Venezuela.

Agradecemos el envío que se nos ha hecho de tan importante obra, que recomendamos á nuestras familias católicas y á los directores de casas de enseñanza pública y particular.



# BOGANDO EN EL MANGLAR

Al Dr. Eduardo Calcaño

WALSE

por Angelina García Mesa.

The musical score is written for piano and consists of six systems of two staves each (treble and bass clef). The key signature is B-flat major (two flats) and the time signature is 3/4. The score includes various musical notations such as notes, rests, slurs, and dynamic markings. The first five systems are marked with repeat signs (double bar lines with dots) at the end of each system. The sixth system is the final system and includes a dynamic marking of *f* (forte) at the beginning. There are two instances of the marking "8 = doble" (8 = double) with dashed lines indicating a double-measure rest in the bass staff of the fourth system.



ELEMENTOS

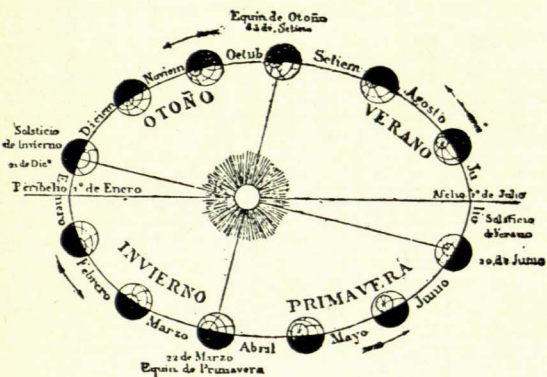
DE ASTRONOMIA

MANUAL ARREGLADO DE CONFORMIDAD CON LAS OBRAS MODERNAS Y SEGUN LAS ULTIMAS OBSERVACIONES ASTRONOMICAS

(Conclusión)

Solsticio

Significa *parada ó detención del Sol*. Nuestro planeta en su revolución alrededor del sol, presenta unas veces un Polo, otras el otro, á la acción de aquel. Imaginando un círculo que corta el globo en la posición hasta donde alcanza en él la luz solar, ó sea la *detención del Sol*, á esto se denomina *Solsticio*. En el Solsticio de Verano, ó sea la acción del sol sobre el Polo boreal, los días son más largos que las noches, y lo contrario para los habitantes del Septentrion en el Solsticio del Invierno. Cuando presenta la Tierra su ecuador, de lleno, á la acción solar, los días y las noches son iguales para todos los habitantes del planeta, y se llama entonces *Equinoccio*, es decir, igualdad de la noche.



Movimiento de la Tierra en torno del Sol.—Los meses, las estaciones y el año de nuestro planeta

Trópicos

Dos *círculos menores*, distantes próximamente cada uno  $23\frac{1}{2}$  grados del Ecuador. El uno está en el hemisferio Norte y se llama *Trópico de Cáncer*, y el otro está en el hemisferio del Sur, y se llama *Trópico de Capricornio*.

Círculos Polares

Dos *círculos menores*, distantes cada uno próximamente  $23\frac{1}{2}$  grados de su Polo respectivo y sobre 47 del Ecuador. El uno se llama *Círculo polar ártico*, y el otro, *Círculo polar antártico*.

Grados

Los *círculos* se dividen, como los *geométricos*, en 360 partes, llamadas *grados*; 180 forman un semicírculo, 90 un cuarto de círculo. Aunque la figura de la Tierra no es absolutamente esférica, se supone que los grados son iguales, y como la extensión en el Ecuador es de 111.000 kilómetros, corresponden á 25 leguas comunes ó 20 leguas marinas. La legua marina se divide en 3 millas marítimas de á 6.666 pies castellanos, ó sean 1850 metros. Las millas se llaman con respecto al grado *minutos* ó *leguas geográficas*, porque *sesenta* de esas millas hacen la extensión del grado.

Apogeo

Es la posición más distante de un astro respecto de la Tierra.

Perigeo

La posición más próxima de un astro á la Tierra.

Afelio

La distancia mayor de un planeta respecto al Sol.

Perihelio

La distancia menor de un planeta respecto al Sol.

Conjunción

Se dice así cuando dos planetas ó uno y un Satélite; ó tres astros cualesquiera, se hallan en una misma línea, por ejemplo el Sol, la Tierra y la Luna en la misma dirección.

Oposición

Cuando estando un cuerpo celeste á un lado y otro al otro lado de un tercero, por ejemplo el Sol en el centro, la Tierra á su Oriente y otro planeta al Occidente, en una misma línea, se hallan en oposición.

Atmósfera

Es la envolvente gaseosa de la Tierra. Llámense así generalmente las demás que rodean los cuerpos planetarios, aunque no sean completamente análogas á la de la Tierra por los componentes de sus sustancias. El aire se compone de *Oxígeno* y *nitrógeno*, un poco de *ácido carbónico* y agua en estado de vapor. La altura de la atmósfera terrestre se considera que es de cosa de 20 leguas. El peso total de ella se calcula en 5.000 billones de kilogramos.

Gravitación

Es la acción recíproca de los cuerpos á atraerse.

Orbita

La línea curva que describe un cuerpo celeste alrededor de otro. No son las órbitas de los cuerpos celestes, circulares, sino elípticas.

Paralaje

El ángulo que forman en el centro de un astro dos líneas rectas tiradas desde aquel, una que va á terminar al centro de la Tierra y la otra al punto que ocupa el observador.

Vector

La línea tirada desde el Sol á un planeta ó cometa. También se aplica á la línea tirada del centro de un planeta á un Satélite.

FIN

HOJAS DEL CALENDARIO



Domingo

10

ENERO

Espectáculos del día: carreras de caballos, *matinée*, y ópera en el Municipal.

Triunfaron en el Hipódromo Banderita, Sultán, Sangría y Diana, del General Crespo, y Rompe Línea, del Sindicato XXX.

El Coliseo de Veroes fue invadido por una multitud de chiquillos, atraídos por la rifa de un asno, resorte teatral de que echó mano la Empresa con éxito envidiable.

En el Municipal se puso en escena *Hernani*, á mitad de precios. La concurrencia llenó las localidades, é inundó los pasillos, como si el público hubiera querido demostrar á la Empresa que no por falta de afición suele dejar el teatro vacío.

\*

Lunes

11

ENERO

Estimado señor M. H.

Hoy ha llegado á esta Redacción la carta de usted, y la poesía, también de usted, á que se refiere la carta.

Cierto que es usted marchante de la casa; pero eso no obsta para que las décimas "A Clotilde" que usted nos ha enviado sean infumables.

Creemos que no debe usted desatender su negocio para meterse en gazapos poéticos que ninguna cuenta le tienen.

Señor J. P.

El valsecito no vale nada. Y como no hemos solicitado la colaboración musical de usted . . .

Confórmese usted con que su música sea conocida entre los miembros de su apreciable familia, y sírvase saludar á ésta afectuosamente.

Señor R. S.

¿Qué hay de extraordinario en la vida de su tío el Presbítero escrita espontáneamente por usted para EL COJO ILUSTRADO? Nada.

Un Presbítero, así, sencillo . . . en el sentido de que es un Presbítero como cualquiera otro del montón.

Deje usted que su tío se distinga más adelante por algo. Ya para entonces habrá usted soltado un poco su estilo, y puede que lleguemos á una transacción.

Señor R. R.

"¿Quién como yo te ama, ingrata?"

Mientras que usted no logre que esé y otros renglones de su soneto sean endecasílabos y versos efectivamente, no podemos hacer nada.

Señora X.

Ya sabemos que la sobrina de usted no es fea del todo. Y si no fuera por el extravismo del ojo derecho, y la nariz, que no le está bien, daría un *galazo*.

Pero no fue la mente de EL COJO ILUSTRADO, como ya en otra ocasión se ha dicho, presentar en la edición de año nuevo todas las flores venezolanas, sino un ramillete de ellas.

No se deje usted cegar por el amor á la familia, y cuente con que, en otra oportunidad, nuestro primer cuidado será solicitar la estampa de la sobrina de usted, sin pararnos en defectillos que, después de todo, cuasi no se notan en el *clisé*.

\*

Fecha magna.

A tiempo que Bolívar conquistaba para la vida independiente los pueblos occidentales, Mariño, Piar, y los Bermúdez recogían las primicias de su obra redentora en el Oriente de la República.

El 12 de enero de 1813 desembarcaron en Güiría aquellos patricios sin más elementos que su amor á la Patria, y su valor fabuloso.

A las pocas jornadas la hermosa región oriental se redimía victoriosa de las garras de Cerveris, Antoñanza y Zuazola, trinidad encargada de interpretar cerca de nosotros el cariño maternal de España.

\*

Por no dejar en blanco este miércoles, que parece hecho á propósito para desesperación de los cronistas, traemos á esta hoja el tema que alimenta la garrulería en los corrillos callejeros: la acuñación fraudulenta de moneda feble.

Martes

12

ENERO

Miércoles

13

ENERO



El patriotismo indignado se desahoga en todos los tonos. Los optimistas ven ya á los culpables camino de la Penitenciaría de Puerto Cabello, condenados á diez años cabales de presidio cerrado, que es el *máximum* de la pena; en tanto que los pesimistas se imaginan á los mismos personajes recorriendo los Campos Eliseos en elegante faetón, y en espera del primer remolino democrático que los ponga en la Plaza Bolívar, enguantadas las manos pecadoras, alta la frente, y ostentando la aureola de prestigio que adquieren los pillos de mayor cuantía pasados por agua.

Más aún; hablan estos enfermos de pesimismo del baile con que los reos reanudarán sus amistades á su regreso de Europa.

¿Quiénes están en posesión de la verdad? Allá *veredes*, como decía, no sabemos si el viejo Luna ó Perico el de los Palotes.

\*

Jueves

14

ENERO

Hoy avisa la Empresa del Teatro Caracas que, deseando tomar un cuerpo de coros del país, *aceptará, en clase de aprendices, á las señoritas y caballeros que quieren, siempre que el Maestro Director encuentre que reúnen las condiciones de voz necesarias.*

El embridón de corista ganará desde el día en que sea aceptado B. 60 mensuales, por los tres primeros meses, B. 120 en los tres meses siguientes, y B. 180 en lo sucesivo.

Correlativo del proyecto de Teatro Nacional presentado por el Ministro de Fomento es el propósito de la Empresa de Veroes, con la ventaja sobre el plan ministerial de que el corista, en estado de grenda artística, comienza á devengar sueldo desde que lanza el primer gallo, con tal de que el Director crea que lleva en sí el germen de un Capetillo, ó de un Farfán.

\*

Viernes

15

ENERO

Hoy celebra su primer aniversario *La República*, diario político de combate.

Con tal motivo resume en su editorial la labor cumplida, y se complace en ella. Felicitamos al colega.

\*

Sábado

16

ENERO

Después de larga permanencia en Europa, á donde fue con el objeto de imprimir varias de sus obras literarias, ha regresado á la Patria Núñez de Cáceres, el amado maestro de gran parte de la nueva generación, colaborador distinguido de esta Revista, y amigo nuestro muy estimado.

Presentámosle nuestro cordial saludo de bienvenida.

Accidentes inesperados conspiran contra los esfuerzos de los Directores de la Empresa del Teatro Municipal. Cuando no es uno de los artistas principales que resuelve enfermarse momentos antes de la función, es el barítono que regaña á la concurrencia, ó el cambio obligado á última hora en el reparto de la obra, ó la jugarreta pesada de la luz eléctrica.

De manera que á cada paso tenemos algún sujeto en el proscenio, sirviendo de órgano á la Empresa para impetrar del público un poco de indulgencia.

\*

**LOS POLVOS DE TALCO-BORATADO-AZUFRADOS DEL DR. ROSA**

Son los mejores para el Tocador y para los Niños.

**PORQUE**

Son un TÓNICO para el cutis.  
Son MEDICINALES.  
El Borato es SALUDABLE.  
El Azufre es PURIFICADOR.  
Curan todas las ERUPCIONES.  
Curan todos los GRANOS.  
Son recomendados por todas las EMINENCIAS MÉDICAS.

Deliciosa amente perfumados.  
Nuestro libro "LO QUE LAS ESTRELLAS NOS DICEN" porte pagado.  
Preparados por el Eminente Parisien, Dr. Rosa, en su laboratorio americano de Montclair, N. J., E. E. UU.

Los mas blancos de todos los Polvos.

**JABON HAMAMELIS SULFUROSO**  
del Dr. Rosa conserva las MANOS SUAVES y BLANCAS y en el baño lo usan las reinas.  
Vigoriza el Cabello y evita su caída.

Fabricado por Dr. Rosa, C. G. N. J., E. E. UU. Montclair, N. J.



**PARA LOS NIÑOS.**

Pedid á nuestros abuelitos y amiguitos de edad con quienes tengais relaciones, que os den los SOBRES VIEJOS de las cartas que guarden y enviad los sobres con sus sellos á la direccion abajo indicada. Por cada DIFERENTE CLASE TODOS, SI NO NO SIRVEN, que me enviéis os remitiré franco de porte un bonito libro con ilustraciones. Ved que sean diferentes, si no son así aunque mandeis sellos no se mandará nada ni se os contestaran las cartas. Por 100 Sellos de diferentes clases, sin sobres, remitiré un bonito libro con ilustraciones. Direccion:—Henry Jones, 136 Liberty St., New York, E. U. A.

Frasco 5fr.  
**PUREZA DEL CUTIS** en Paris  
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.  
Pone y conserva el cutis limpio y terso  
CANDES 67-C  
5fr. St-Denis-44

**AU PRINTEMPS**

CASA DE MODA DE PRIMER ORDEN

Especialidad en la confección de Trajes y Sombreros

GRAN DETAL DE MERCANCIAS

SUR 2, NUM. 35. — PAJARITOS A LA PALMA

TELEFONO NUEVO 52—VIEJO 298

C. Blanco Joud & Ca.

**LA TRASATLÁNTICA**

**Capital responsable**  
**B\$ 37,500,000.**

Acepta seguros contra incendio bajo condiciones muy módicas

**CESAR MÜLLER**

Agente General en Venezuela



**Domingo****17****ENERO**

Hoy celebra la Iglesia el Dulcísimo nombre de Jesús. "Nombre de valor en los combates; nombre de luz en los peligros; nombre de consuelo en los trabajos y tribulaciones; nombre de salud á la hora de la muerte, para todos los que le tie-

nen grabado en el corazón."

En la mañana recibió el Dr. Luis R. Romero, la orden del Presbiterado, la cual le fue conferida por el Illmo. y Rdm. señor Dr. Durán, Obispo de Guayana. Efectuóse el acto en la Capilla del Palacio Arzobispal con el imponente ceremonial que prescribe la Liturgia, y asistieron al ordenado los Presbíteros José B. Barrios y José Fortucci.

Por lo que hace á la crónica mundana, nada que se aparte un ápice de la rutina tenemos que registrar hoy.

\*

**Lunes****18****ENERO**

La Sociedad "Tributo á los Pobres" ha verificado la elección de los funcionarios que han de dirigir sus piadosas labores en el año que comienza, y fueron nombrados los señores Agustín Avello, Presidente; Agustín Valarino, Tesorero, y Pedro

Manrique, Secretario.

Altamente cristiana es la misión que han de cumplir aquellos honorables caballeros, y por ende muy acertada la elección hecha en ellos.

\*

**Martes****19****ENERO**

Tras largo padecer ha rendido la jornada de la vida la señora Octavia Sánchez de Calcaño, matrona de singulares virtudes.

La educación de sus hijos dice cómo supo ella ser madre.

EL COJO ILUSTRADO envía el pésame á las familias Calcaño y Sánchez.

\*

**Miércoles****20****ENERO**

A la hora presente (12 m.) y salvo error ú omisión, no hay un maiquetieño dentro de su casa.

Ya el Patrón del pueblo había saludado con un centenar de cámaras, que es el medio de expresión más ruidoso de que disponen la fe

y el entusiasmo patriótico de los pueblos pequeños.

Antaño no daban Simón Torres y Víctor Lacombe la ganancia de este día por un puñado de esterlinas, como que desde el menudear de los gallos comenzaba el tragin de mulas alquilonas en la subida de San Chorquís.

Ahora no se acuerdan del antes festejado San Sebastián sino los que tienen la fe de bautismo en el pueblo helénico.

\*

**Jueves****21****ENERO**

El Dr. Bruzual Serra ha dado la nota simpática de esta quincena, en lo que á lo social se refiere, celebrando el bautizo de su hija Ana Joaquina, con una rumbosa fiesta.

Banquete, concierto, y como corolario de buen gusto, baile: todo rumboso, correcto, chic.

Resplandecía de luz la suntuosa morada.

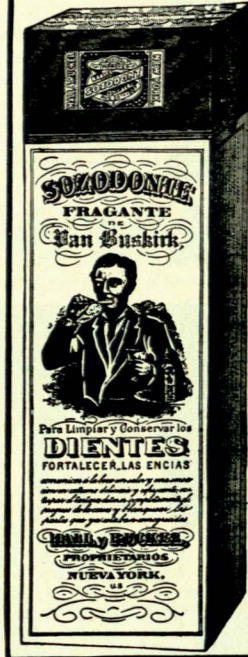
En el selecto concurso de damas y caballeros contábase el señor Presidente de la República, y su respetable familia, varios Ministros del despacho, y algunos miembros del Cuerpo Diplomático.

\*

# Sozodonte

PARA LOS  
DIENTES Y EL ALIENTO.

(DE VAN BUSKIRK)



Esta es la figura exacta del paquete según se vende.

Es el dentrífico favorito del público de todo América así como tambien de todo Europa, desde el año de 1859. Es la preparación mas antigua del nuevo mundo.

La célebre actriz Sahara Bernhardt dice del **Sozodonte** que "es el único dentrífico de reputación universal."

El **Sozodonte** preserva la dentadura de su decaimiento, endurece las encias y perfuma el aliento, dándole el olor mas delicioso que ninguna otra preparación puede conceder.

El **Sozodonte** se vende en todas las Perfumerías, Droguerías y Farmacias. Se manda por correo un libro diciendolos la manera de cuidar vuestra dentadura y una pastilla de **Jabon Sozoderma** de muestra á quien la pida dirigiendose á los propietarios

**HALL & RUCKEL,**

215 Washington St., New York, EE. UU. de A.



**BRANDY "DERVOS" ★★★ EL MEJOR QUE SE TOMA EN VENEZUELA**

Unico importador, L. de MONTEMAYOR. — Caracas

Sólo garantizo como legitimo el que lleve la firma de mi casa

**ANEMIA****HIERRO QUEVENNE****DEBILIDAD**

Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris, contra CLOROSIS, FIEBRES, FALTA de FUERZAS, RIZOR el Verdadero. — 14, R. BEAUX-ARTS, PARIS.



**Viernes**

**22**

ENERO

A las cinco de la mañana de hoy dejó de existir el señor Guillermo Smith.

Ha muerto joven y amado de los suyos.

La jovialidad de su carácter le granjeó la simpatía de todos los que le tratamos.

Enviamos nuestro pésame á sus deudos, y en especial á nuestro distinguido amigo y colaborador el Dr. Alberto Smith.

En atenta esquila nos participa la señora María J. Martínez de Arredondo la constitución de la "Sociedad Benéfica Cubana," promovida, y llevada á su definitiva instalación por un grupo de damas, inspiradas en el patriotismo y la piedad.

Constituyen la Junta Directiva la señora Andrea S. de Mercado, Presidenta; Francisca Mendoza de Soublotte, Vicepresidenta; Rita Madrigal de García Cañizares, primera Vocal; Elvira Betancourt de Arredondo, segunda Vocal; Natividad López de García Cañizares, Tesorera; Ana Arredondo de Mola, Vicetesorera; María J. Martínez de Arredondo, Secretaria; Leonor de Arredondo y Betancourt, Vicesecretaria; Doctor Rafael del

Valle, Director; Rafael García Cañizares, Subdirector adjunto á la Secretaría.

Hacemos votos por la realización de los hermosos ideales de la "Sociedad Benéfica Cubana."

\*

A las once de la mañana de hoy efectuase la inauguración de la Cervecería de Puerto Cabello, acto para el cual fuimos invitados.

El edificio, la maquinaria y la calidad del producto, acusan la idoneidad de los encargados de llevar á cabo la obra. Bien podemos decir que hemos rendido una jornada más en la vía del progreso patrio.

\*

Después de larga ausencia ha regresado á Caracas el señor Dr. José Gil Fortoul, escritor cuyo nombre ha traspasado los linderos de la Patria.

La Dirección de EL COJO ILUSTRADO cumple el grato deber de enviarle la más cordial bienvenida.

**Domingo**

**24**

ENERO

**Lunes**

**25**

ENERO

Ha presentado su dimisión el señor Dr. Alberto Smith, Ministro de Fomento.

Durante su corta permanencia en el Gabinete Nacional exhibió el Dr. Smith amor al progreso, y tendencias al bien de la Patria. Sentimos su separación.

CLOTO.

**LAS DAMAS** más elegantes han renunciado al antiguo cold-cream que se vuelve rancio y da al rostro un reflejo lustroso. En su lugar han adoptado la **CREMA SIMON**. Los **Polvos de arroz** y el **Jabón Simón**, que constituyen la perfumería más higiénica y más eficaz.

Verificar la marca de fábrica. **J. SIMON, 13, rue Grange Batelière, Paris**, y las farmacias, perfumerías, bazares y mercerías del mundo entero.

Curaçao, octubre 20, 1893.

Señores *Scott y Bowne*, Nueva York.

Estimados señores y amigos: En mi práctica profesional tanto en mi patria, Venezuela, como en esta Isla, siempre que he escogido entre los modificadores de la nutrición el aceite de hígado de bacalao para combatir especialmente la diatesis escrofulosa, he encontrado en la "Emulsión de Scott" un agente poderoso, pues á las cualidades de aquél se agregan las de los hipofosfitos de cal y sosa, siendo además de gusto agradable y de forma oficial correcta.

Me es grato ofrecer á ustedes que siempre la indicaré á mis clientes.

De ustedes amigo s. s.

M. PALACIOS RENJIFO.

**GRAN SURTIDO DE CASIMIRES**

Franceses é Ingleses

CAMISAS ULTIMA NOVEDAD

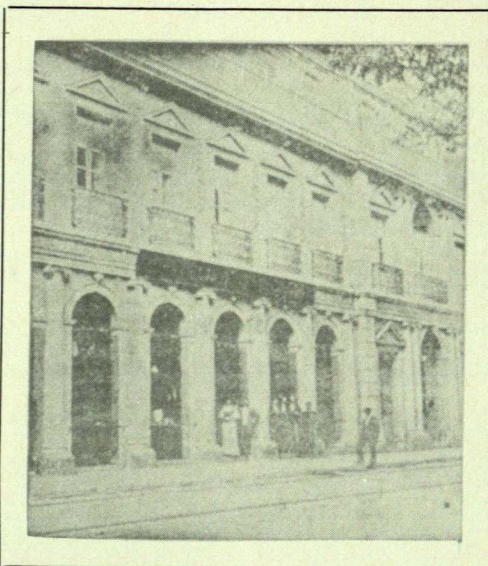
ROPA INTERIOR FINISIMA

de hilo, seda y lana

Medias Medias-Haute Nouveauté

PAÑUELOS, ELASTICAS  
PERFUMERIA

TELEFONO VIEJO, N. 1928



**CUELLOS - PUÑOS - BOTONES**

BASTONES-PARAGUAS

y artículos de fantasía para regalos

ESPECIALIDAD

en uniformes militares, levitas  
y casacas

Expediciones para el Interior

LOS CORTADORES DE LA CASA SON FRANCESES

TELEFONO VIEJO, N. 1928

GRAN SASTRERIA DE PARIS — **CAMILO SIRET** — GRAN SASTRERIA DE PARIS

ENTRE LA TORRE Y EL PRINCIPAL — PLAZA BOLIVAR — CARACAS

**LA MARMOLERIA DE JULIO ROVERSI E HIJOS**

Caracas. — Avenida Sur Núm. 63 — Esquina de Santa Teresa. — Teléfono Viejo 2159 — Apartado de Correos 236

OFRECE:

LAPIDAS LUSTROSAS DE 2 CM.

DE MARMOL BLANCO CARRARA

A \$ 22 EL METRO CUADRADO

POR ESPESOR MAYOR Ó MENOR

Precio proporcionado

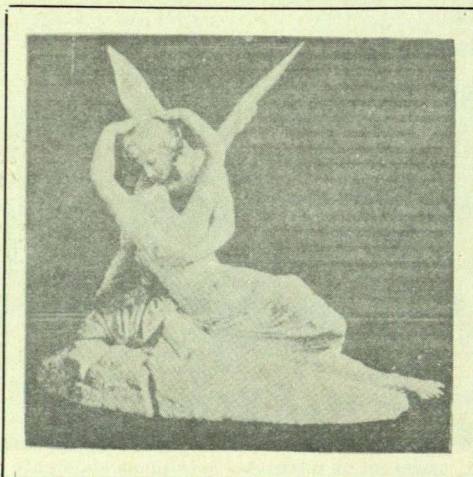
Objetos artísticos de mármol y alabastro

LAPIDAS PEQUEÑAS \$ 3

Túmulos-lápidas, colocados.....\$ 50.

Túmulos colocados, desde..... 100 en adelante

Barandas de hierro, mármol, cemento y construcciones de Bóvedas.



VEANSE LOS TRABAJOS

**VALENCIA:**

Cedeño, Montilla, Picón, Berrizbeita, Unda, Roa, Borjas, Revenga, etc.

**CARACAS:**

Velutini, Urbaneja, Clemente, Chacín, Báez, Bruzual Serra, Castillo, Martínez, etc.

**Panteón Nacional:** Cenotafio Miranda.

**MARACAY:** General Andrade.

**TOCUYO:** Peñuela.

TAMBIEN VENDEMOS

Velocipedos y sus accesorios.

**PSICROGANOMA Ó BARNIZ ESMALTE**--Barniz de Oro, Plata y Bronce.—Ofrecemos también, nuestras representaciones en los siguientes artículos: Sombreros de paja de Florencia, Sombreros de fieltro, Botones de cacho y frutas, Escaleras Aéreas Porta, Aparato higiénico y objetos de caucho de todas clases de la renombrada casa Pirelli, Loza de porcelana etc.





**"LA BONANZA" SMITH BROS & Co.**

Calle de Los Ingleses

Puerto España-Trinidad

LA CASA QUE VENDE MAS BARATO EN ESTA ISLA

Completo surtido renovado constantemente de toda clase de mercancías de las mejores procedencias.



**Wilson, Son & Ca.**

**Wholesale & Retail Drygoods and Commission merchants**  
**PUERTO ESPAÑA-TRINIDAD**